Library
Brigham Young University

From .....

Call No. 864 M36a S ..... Acc. No. 36579

Date Due

ANNEX

PRINTED IN U. S. A.

SOLD BY

FIGAROLA MAURIN
SUCESOR DE
ZABALA & MAURIN
APARTADO 1046
BARCELONA, Spain

Established
in New York City, N. Y.
United States, 1919

CABLE ADDRESS
ZABAURIN

MOVED TO
BARCELONA, Spain
OCTOBER 1925

SPANISH
AND
FRENCH
BOOKS

Member of the
"Cámara oficial del Libro"

OBRAS COMPLETAS

DE

AZORIN

I.—El alma castellana.
II.—La voluntad.
III.—Antonio Azorín.
IV.—Las confesiones de un pequeño filósofo (Aumentada.)
V.—España.
VI.—Los pueblos.
VII.—Fantasías y devaneos.
VIII.—El político.
IX.—La ruta de Don Quijote.
X.—Lecturas españolas.
XI.—Los valores literarios.
XII.—Clásicos y modernos.
XIII.—Castilla.
XIV.—Un discurso de La Cierva.
XV.—Al margen de los clásicos.
XVI.—El licenciado Vidriera.
XVII.—Un pueblecito.
XVIII.—Rivas y Larra.
XIX.—El paisaje de España visto por los españoles.
XX.—Entre España y Francia.
XXI.—Parlamentarismo español.
XXII.—París, bombardeado y Madrid sentimental.

EL ALMA CASTELLANA

ES PROPIEDAD
DERECHOS RESERVADOS
PARA TODOS LOS PAÍSES

COPYRIGHT BY
RAFAEL CARO RAGGIO
1919

Establecimiento tipográfico de Rafael Caro Raggio.

AZORIN

Martinez Ruiz, Jose

Obras completas

Tomo 1

EL ALMA CASTELLANA

1 9 1 9

Rafael Caro Raggio: Editor
Ventura Rodriguez, 18
M A D R I D

PROLOGO

Creo que fué en una taberna de la calle de la Montera. Cenábamos de madrugada varios hidalgos, y como el mozo trajese una colmada fuente de pajarillos fritos, don Lope tomó uno en la mano, y dijo:

—¡Vean vuestras mercedes un símbolo!

Alborotámonos los presentes, y él añadió, señalando el suculento montón de pájaros:

—Esta es, señores míos, la cifra y compendio del honor castellano; esta la más cierta señal de las mudanzas y alteraciones de los tiempos.

Y paró un poco, con que los amigos, desatada por completo nuestra curiosidad, incitámosle vivamente a que pusiese luz en sus misteriosos conceptos. Hízolo él en sosegado discurso.

—Han de saber vuestras mercedes, dijo, que no acaece nada en la vida de que no podamos sacar útil y provechosa doctrina. Graves lecciones nos da a menudo la Providencia en las cosas más pequeñas y miserables, y propia condición de ánimos prudentes y valerosos es recibirlas y aceptarlas como buenas.

Así yo he considerado ahora en estas avecillas y en el gran número de ellas que se come en las tabernas de Madrid; he considerado, digo, que bien pudieran representar nuestra ignominia.

Y para que vuestras mercedes no se escandalicen y alboroten, declararé brevemente mis palabras.

Cuenta Claudio Eliano, en sus *Varias historias*, que hay una avecilla que se dice en latín *porfirion* y en castellano *calamón*; y esta avecilla ama tanto la pureza y lealtad de los casados, que criándose en sus

casas como golondrina, si ve a la mujer quebrantar la fe que debe al marido, en entrando éste se ahorca, dando notable patente de la traición que le ha hecho su mujer.

Ahora yo consideraba que todos los pajarillos de las tabernas eran los ahorcados por las traiciones de nuestras mujeres; y que tanto han mudado los tiempos y tan a menos ha venido la fiereza castellana, que, si antes matábamos a la infiel, ahora nos comemos tranquilamente las pruebas de la deshonra. ¡Miren vuestras mercedes el símbolo!

Y diciendo esto, el noble don Lope empezó a yantar con avidez de la apetitosa vianda.

SIGLO XVII

I

La hacienda

Costosas son las guerras; por las guerras nos hemos arruinado los españoles. Peleamos en Flandes, en Italia, en Portugal, en Francia; sometemos por la fuerza las Américas. Para ocurrir a tan enormes dispendios, se aumentan considerablemente los tributos y se altera el valor de la moneda. De los reinos de León y Castilla, donde en el siglo XIV aparecen, generalízanse a toda la nación las alcabalas. Estableciéronse en un principio sobre las ventas; las extienden los Reyes Católicos a los trueques y permutas. El 5 por 100 era el tipo que fijaron las Cortes de Burgos en 1342; al 14 llegó a fines del siglo XVIII. 728 reales va-

lía el marco de oro fino en tiempo de Fernando e Isabel; lo subió a 959'65 Felipe II; a 1.334'28 Felipe IV, y a 4.051 Carlos II.

Desatienden los monarcas el fomento de la agricultura. Logran privilegios la carretería, la ganadería lanar, la cría de yeguas y potros; se conceden exenciones a los empleados de la Real Hacienda, a los cabos de ronda, a los guardas, a los estanqueros de tabacos, de naipes y de pólvora, a los dependientes del ramo de la sal, a los ministros de la Inquisición, a los de la Cruzada, a los de las Hermandades, a los síndicos de los conventos mendicantes. Pesan sobre el labrador todas las cargas concejiles; le agobian las quintas, los bagajes, los alojamientos, la recaudación de bulas y papel sellado.

Los mismos derechos de la propiedad rústica son desconocidos. Creíase que la riqueza de las naciones estriba en la ganadería; y en que la ganadería prosperase pusieron su empeño nuestros reyes. No repararon en arruinar la agricultura. Dispúsose que los propietarios no pudiesen romper ni labrar sus dehesas sin permiso del Consejo de Castilla, permiso difícilmente concedido; autorizóse la entrada del

ganado lanar en las viñas y olivares después de alzados los frutos; prohibiose cerrar las tierras y arrendar las dehesas a quien no tuviese ganados; quitóse a los arrendadores la libertad de fijar el precio del arrendamiento; concediose, en fin, a los ganaderos los privilegios de tanteos, alenguamientos, exclusión de pujas, fuimientos, amparos, acogimientos, reclamos «y todos los demás nombres exóticos sólo conocidos en el vocabulario de la Mesta».

Desde el reinado de Felipe IV, la ruina nacional progresa rápidamente. Con las continuas guerras y la expulsión de los moriscos, la población amengua; con el aumento de sisas, alcabalas y millones, la industria perece. La corte arde en fiestas; celébranse funciones de comedias en huertos y salones aristocráticos, fastuosos saraos en el Buen Retiro, espléndidos autos de fe en la Plaza Mayor. Afluyen a Madrid los provincianos; rebosan las casas de los grandes y los patios de Palacio de pretendientes. Carlos II, en 1684, determina expulsar los forasteros.

Los hidalgos descuidan o malbaratan sus haciendas por alcanzar en la guerra una gine-

ta o una roja cruz de Santigo. Saavedra Fajardo, escribe que el «espíritu altivo y glorioso» de los españoles, «aun en la gente plebeya, no se aquieta en el estado que le señaló la naturaleza y aspira a los grados de nobleza, desestimando aquellas ocupaciones que son opuestas a ella». Más tarde, en 1682, Carlos II declara, en una pragmática, que se le ha informado de cómo una de las causas de la ruina industrial es «el haberse llegado a dudar si el mantener fábricas de paños, sedas, telas y otros cualesquiera tejidos de oro, plata, seda, lana o lino, contraviene a la nobleza».

Desdeñan los españoles los mecánicos ministerios. ¿Cómo pudiera conciliarse el idealismo de quien asombraba al mundo por su generosidad y su valor con las innobles artes del mercader? No es la vida del espíritu y del corazón propia a las granjerías de la industria y del comercio. Pobreza lleva aparejada esta vida, pero fieramente encubren su pobreza los que así viven. Pasan increíbles estrecheces en lo íntimo del hogar, toman noble apostura y apacible semblante en el público trato humano. No se quejan, ni descubren sus lacerías: la dignidad con que sufren los rigores de la

fortuna les ennoblece. Teresa de Jesús habla, en sus *Fundaciones,* de gentes «muy honradas, que, aunque mueran de hambre, lo quieren más que no que lo sientan los de fuera». Todos los españoles son esas gentes: más se precian de vivir pobres con dignidad, que de allegar caudales con bajeza... Enmudecen los talleres; paralízase el comercio. Sesenta mil telares reposan en todo el reino; los tres mil de Sevilla quedan reducidos a sesenta. Arruínanse las fábricas de paños de Segovia, las boneterías de Toledo, las guanterías de Ocaña, las sederías de Valencia y Murcia.

Exaltan los arbitristas la balanza de comermercio; pero imposible no traer a España lo que en España hace falta y no se fabrica. Traemos de Francia: peines, alfileres, estuches, flautas, vocacies, espejos, fustánes, coches de plomo, cascabeles, trompas de París, camas, sillas, almohadas, colchas, sobremesas, relojes; de Génova: listonería, hiladillo, papel, gambalos, botones, juguetes de porcelana, abanicos, clavazón dorada para sillas, cambrayones, medias de peso y de arrollar; de Milán y Holanda: puntas, lanas, felpas; de Inglaterra: paños, amascotes para monjas y frailes;

de Breda: sombreros, guarniciones de oro y plata, puntas para corbatas de soldados...

Los extranjeros se apoderan de los oficios que reputamos «bajos y viles». 120.000 ocupan los oficios de aceiteros, vinateros, palanquineros, esportilleros, costaleros, capacheros, giferos, carniceros, taberneros, bodegoneros, salchicheros, mesoneros, pasteleros, caldereros... Los naturales, les ponen pleitos y estorban sus empresas. «Harto mejor hubiera sido», se ha escrito, «que hubieran procurado vencerlos por el agrado y la constancia en el trabajo.» Lo escribe un economista, no un psicólogo.

Aun el comercio con América tienen acaparado. Prohibiéronlo nuestros reyes a los extranjeros; pero casábanse los extranjeros en Cádiz, Sanlúcar, Puerto de Santa María, Sevilla, y gozaban sus hijos los privilegios reservados a los naturales de España. Mandábanlos a educarse a Francia, Génova, Holanda, en casa de sus abuelos, o sus tíos, y una vez instruídos en las artes del comercio y navegación, volvían a España y hacían por cuenta de sus deudos la carrera y tráfico de las Indias.

La administración de la Hacienda está a cargo de empleados malversadores. «Absorbían las dos terceras partes de ella», dice un economista. «Roban cada año de millones, alcabalas y estancos, cuatro millones», escribe otro.

Secuela obligada de la pobreza es la usura. A fines del siglo XVIII, los *Cinco gremios mayores de Madrid* se constituyen, por protección de influyentes personajes, en lonja de estafadores y banco de ladrones. Prestaban a familias de la grandeza en urgencias de bodas, viajes u otras necesidades; incautábanse de sus rentas, y venía a suceder, que cobrado el débito con creces fabulosas, todavía quedaba el prestatario en descubierto por reparaciones que fuera preciso hacer en los bienes incautados. Prestaban otras veces en invendibles géneros averiados—que el mismo prestamista volvía a tomar a una cuarta parte de su valor—y se hacía la escritura como prestado todo en metálico. Cierto abogado de Madrid defendió a una de estas víctimas: excusose el depredador con el ejemplo de otros siete compañeros que habían hecho lo mismo.

Arruinado el erario, decadentes las artes,

pobres los ciudadanos, llega España a los primeros años del siglo XIX en estado propicio a políticas alteraciones y desmanes populares.

Fuentes:

SEMPERE Y GUARINOS. *Biblioteca española económico-política.* (Madrid, 1801-4.)

JOVELLANOS. *Informe sobre la ley agraria.*

PEDRO DELGADO. *Exposición al Congreso nacional reunido en Cortes sobre las rentas y recursos de la monarquía española.* (Madrid, 1820.)

SAAVEDRA FAJARDO. *Idea de un príncipe político christiano.* (Mónaco, 1640.)

«Papeles curiosos», en la *Revista calasancia;* Junio, Julio y Agosto de 1895.

II

La casa

... Entremos. Las puertas son de roble, fornidas puertas con puntiagudos clavos y complicadas guarniciones: plaza parece el zaguán por lo anchuroso. Pasemos al recibidor; guarda la entrada el criado de escalera arriba, el primero en la jerarquía de los domésticos; adornan sus paredes pinturas diversas: aquí la Magdalena orando de rodillas, juntas las manos, apoyado el codo izquierdo en unos sillares de piedras; más allá un viejo que, atadas las manos a la espalda, chupa la blanca teta de una mujer; en otras partes, tal vez un mapa de América o una tablilla con el plano del edificio.

Subamos por la ancha escalera de rojo mármol: el primer piso es para el dueño, el otro para sus huéspedes. Entra la luz por vidrieras que representan evangélicas historias y escenas amorosas; o muestran severos varones, tales como Homero o Mucio Scevola, con leyendas que salen de sus bocas. El salón está colgado de tapices riquísimos, cubierto el piso por mullida alfombra. Llenan la estancia escritorios de oro y concha, grandes espejos, tallados sillones, fornidos braseros de plata, con la caja de ébano y marfil; escaparates con preciosas chucherías de oro, de nácar, de ámbar, de relumbrantes piedras. De trecho en trecho, y en el suelo, vénse almohadones de roja seda para sentarse las damas.

Vienen después los dormitorios, con sus camas de pesado cielo, los aposentos para guardar joyas, la alhacena, la despensa, la cocina...

Grande es todo en la casa; espacioso, limpio, suntuosamente abastado, de paredes aljofifadas y lucientes mármoles, es el comedor. Deslumbra el pulido aparador por la brillantez y riqueza de sus pertrechos. Hay en él, cuidadosamente acomodados, copia de vasos de

oro, de plata, de cristal, de marfil, de búcaro, y otros de materias más viles, que deben su estimación a los primores del arte, como estaño, hueso, boj, barro. Hay aguamaniles grandes de plata, dorados los bordes y las armas de las fuentes, dorados los picos de los jarros; de vidrio otros, con los lavamanos de brilladora obra de Málaga. Garrafas de toda forma y calidad encierran los vinos: las de vidrio los recios y comunes; las de plata los exquisitos y olorosos.

Facilitan las maniobras de los domésticos varias mesitas con los aprestos necesarios al servicio: vajilla, cubiertos, tajadores, trinchantes, saleros, servilletas. La mesa es grande, redonda, taraceada; los sillones de caoba con caprichosos guadamaciles de oro.

Salgamos, finalmente, al balcón, y admiraremos la maravillosa labor de sus dorados hierros... Miremos a la calle: un apuesto gentilhombre pasa ahora, azulado y abierto el cuello, calza entera de obra, sombrero con plumas, espada dorada, ferreruelo aforrado en felpa, guante de ámbar y sobre los hombros una vuelta de cadena de oro. Caminan detrás unas mujeres de las que hacen maldad de su

cuerpo. Llevan monterillas de plumas, tocas con grandes puntas de Flandes, guardapiés de chamelote con seis pasamanos de oro, jubón de raso de flores, el cabello suelto y lleno de lazos, manillas de aljófar y áureas joyas.

A lo lejos las vienen siguiendo dos estudiantes: sobre la negra loba resaltan los blancos cuellos y la asimismo blanca insignia de San Juan que traen al pecho; flotan al viento sus largas capas...

Fuentes:

VIVES. *Diálogos;* traducción de Cristóbal Coret y Peris. (Valencia, 1785.)

JUAN DE ZABALETA. «El estrado», en *El día de fiesta.*

III

La vida doméstica

... A las ocho, todos los días, invariablemente, fatalmente, el hidalgo sale de casa, el rosario en la mano, la capa limpia, engomado el bigote, y encamínase a oir misa. Oyela devotamente, ambas rodillas en tierra, las manos levantadas pecho arriba, el sombrero encima de las manos. Luego, gravemente, majestuosamente, el hidalgo charla un rato en las gradas de San Felipe; asiste, acaso, a las cuatro esquinas de las calles del Lobo y Prado, uno de los famosos *mentideros;* discurre sosegadamente, si el día es bueno, por las orillas del río.

La hora de comer se acerca; la señora

aguarda; el hidalgo regresa a su posada. Los caballeros nobles no tienen nada por junto en sus casas; hay que comprar al día las vituallas. Torna a salir el hidalgo y compran para los tres—amo, señora y criado—un cuarto de cabrito, fruta, pan y vino.

Modestísima es la comida; no alcanza a más la hacienda de un caballero castellano. Por «prodigio increíble» tiene Gracián, en su *Criticón*, el ver un real de a ocho en Castilla. Cáele un escaso caudal en las manos a Lázaro—en la novela de Luna—y dice: «El tiempo que los veinte escudos me duraron, si el rey me hubiera llamado primo, lo tuviera por afrenta.»

Cuarenta y cuatro reales daba el alcalde de Córdoba a su criado Alonso para gasto de toda la semana, en *El Donado hablador*, de Jerónimo de Alcalá. Un real allega por acaso el escudero de Hurtado de Mendoza y cree que tiene «el tesoro de Venecia.» «Toma, Lázaro—dice regocijado—, que Dios ya va abriendo su mano; ve a la plaza y merca pan, y vino, y carne; quebremos el ojo al diablo.» En Valencia, en casa de una honestísima viuda, dice Alonso: «Los más días se cocían acelgas; otras veces, granadas y membrillos

36579

eran nuestro sustento, y tal vez nos aprovechábamos de las garrofas.»

Llenas están las antiguas historias de ejemplos de tan épica pobreza. ¿Hay cosa más graciosa que el lance que cuenta Luna sucedió a su héroe en una venta? Un galancete, su dama y una venerable alcahueta, encuéntranse sin dineros para dar satisfacción a sus hambres; llega Lázaro, pide un poco de cabrito y pónese a comerlo. El cabrito parece piedra imán; todos miran con avidez tragar al mozo. Poco a poco se acercan a la mesa; por fin, no pueden contenerse. «La sinvergüenza cachondilla tomó un bocado y dijo:—*Con vuesa licencia*, *hermano*; y antes de tenerla ya lo había metido en la boca. La vieja replicó:—*No le quitéis a este pecador su comida.* —*No se la quitaré*, dijo ella, *porque yo se la pienso pagar muy bien;* y diciendo y haciendo, comenzó a comer con tanta prisa y rabia, que parecía no lo había hecho en seis días. La vieja tomó un bocado para probar qué gusto tenía; el galán, diciendo:—*¿Esto les agrada tanto?*, se hinchó la boca con un tasajo como un puño...»

Siete cuartos diarios le dan de salario al

mismo Lázaro, y dice: «Comencé a comer espléndidamente, bebiendo no de lo peor.»

Los criados sirven generalmente de balde; daránse por satisfechos si logran alimentarse. Tal es, según Jerónimo de Alcalá, «el orden que suele guardarse ahora en algunas casas». Y los criados hurtan lo que pueden; escamotean de la cocina al comedor las viandas; dan lugar a que sus amos pongan candados en las ollas. Raros son los servidores que logran buen salario; D'Aulnoy habla de salarios de *dos reales diarios;* parécenos esplendidez inusitada. Tirso, en *El amor y la amistad* (acto III, escena V), asegura que treinta reales es soldada

que a un lacayo siempre dan.

El citado Lázaro—de Luna—, maltratado de una señora a quien servía, dice, ponderando sus exigencias: «Quien la oía gritar y amenazar con tanto orgullo, sin duda creía me daba *cada día dos reales,* y de salario cada año *treinta ducados.*»

¿*Cómo es* la mujer española de estos tiempos? ¿Sabemos, acaso, *cómo es* ahora?

Seria, silenciosa, humilde y recogida, en las apariencias; levantisca y andariega, en el fondo. Cuando ama, ama con pasión ardorosa; cuando la humillan, se venga.

Abundan los ejemplos. Fray Joaquín Compañy habla, en su *Vida del B. Nicolás Factor* de la pena que le produjo a doña Angela de Cardona, duquesa de Segorbe, la muerte de su esposo. «De suerte—añade—que por el espacio de más de dos meses después de la muerte de su marido no hubo arbitrio para sacarla de un cuarto obscuro, en donde, negada a toda comunicación, sólo permitía que, por una ventanilla que mandó hacer en la misma puerta, se le administrase el preciso alimento para vivir.»

Parece hazaña increíble que una mujer, por azares amorosos—como vemos frecuentemente en las comedias—corra el mundo en hábito de varón. La cosa tiene visos de certeza; a tal punto llegaban antaño en España los arrestos femeninos. Pedro Ordóñez de Cevallos, en su curiosísimo libro titulado *Viaje del mundo*, cuenta el siguiente suceso: «En la ciudad de Sevilla vivió una señora, casada con un hombre noble; sus nombres callo,

aunque el caso fué bien manifiesto; ésta enviudó y la dejó usufructuaria de la hacienda, por no tener hijos; un cuñado suyo la infamó de mala con un hombre de menor calidad que la suya; fué reprehendida de sus parientes, y muy afligida de razones, así de los de parte de su marido, como de los de la suya; apretada, juró de vengarse, y así lo hizo, amaneciendo una mañana, enclavados en las puertas de su casa, la lengua, narices, orejas y manos, y un letrero que decía cómo ella lo había hecho. Acudió la justicia a hacer sus ordinarias y debidas diligencias, y nunca pudo ser hallada. El segundo día después de llegados a Malta, púseme a ver jugar a los dados, como es uso de soldados, y vi jugar un mozuelo como capón, y reparando en él, parecióme haber visto aquel rostro en otra parte: como vió que lo miraba, me apartó y me dijo si lo conocía; y diciéndole que sí, aunque sólo de vista, se descubrió y me contó todo lo referido; y que ella y un negro, a quien dió libertad y dejó en Lisboa, lo habían hecho.»

Seria y silenciosa, he dicho antes. Un personaje de *Lorenzo me llamo*, de Matos Fragoso, dice, y lo dice en Flandes:

Además, que allá en España,
usan las nobles mujeres
una hermosura afectada
que como melancolía
a la vergüenza acompaña;
pues sólo en gravedad fundan
de su honestidad la gala;
y no se alegran tan presto
como aquí vuestras madamas.

Sí, no se alegran tan presto, pero al fin se alegran; y cuando se alegran, bien pueden henchirle las medidas al hombre más mohino. Un literato extranjero lo confirma. El testimonio es irrecusable; lo dice una mujer. «Las españolas son más cariñosas que nosotras», escribe madame D'Aulnoy, «y para quien les agrada, tienen conmovedoras y tiernas expresiones.»

«Paz sea en esta casa», dice una pobre en la *Eufemia*, de Rueda; «paz sea en esta casa. Dios te guarde, señora honrada; Dios te guarde. Una limosnica, cara de oro, *cara de siempre novia*...» ¡Cara de siempre novia! ¿Hay más cariñosa expresión, más lisonjera, más original expresión?

Por la tarde, mientras el marido refresca y

charla en alguna tienda de aloja y cerveza, la señora recibe a las visitas y gasta rumbosamente en convidarlas a chocolate. Es entusiasta la pasión por el chocolate en el siglo XVII. Lo combaten unos por «opilativo», a causa del cacao, que es «frío y seco»; lo defienden otros, como Antonio Colmenero de Ledesma, y ciertamente muy por lo metafísico y con razones «sacadas de la fuente de la Filosofía». Este Colmenero tiene una obra preciosísima sobre el aromático brebaje; documento de inapreciable valor histórico. Se titula *Curioso tratado de la naturaleza y calidad del chocolate;* publicóse en 1631. El autor, que residió largo tiempo en Indias, de donde nos vino la invención, ofrece al lector una fórmula del más puro y exquisito chocolate y reseña las distintas maneras en que se estilaba tomarlo. He aquí la fórmula, y yo, fiel cronista, la transcribo tilde por tilde, por si a algún repostero moderno le viene en gana echar un rato a dulce arqueología: «A cada cien cacaos se le mezclan dos chiles, de los que tengo dicho, grandes, que se llaman chilpatlagua, y en lugar de estos de las Indias, se pueden procurar los más anchos y calientes pimientos

de España. De anís, un puño, orejuelas, que llaman vinacaxtlidos, y otros dos que llaman mecasuchil, si el vientre estuviere astrito. Y en lugar de éste en España, seis rosas de Alejandría en polvos. Vainilla de campeche, una; canela, dos adarmes; almendras y avellanas, de cada cosa una docena; azúcar, media libra. Achicate, la cantidad que bastare para teñirlo todo. Y si no se hallare algunas cosas de las Indias, se hará con lo demás.» El autor dice que puede añadirse también pepitas de melón, de calabaza y de Valencia tostadas; y para olor, algo de ámbar o almizcle.

En cuanto a las maneras de tomarlo, son en caliente y en frío. De las primeras, la una es «deshecho el chocolote en agua fría y sacado dél la espuma en otra vasija, y el residuo que queda se pone al fuego con azúcar, y después en caliente se echa sobre la espuma que quedó aparte, y así se bebe. La otra es calentar el agua, y en la jícara o tocomate, tener echado el chocolate que fuere necesario, y echar un poco de agua y con el molinillo deshacerlo muy bien; y luego bien deshecho, echar lo restante del agua caliente

con su azúcar en el mismo chocolate, y así se bebe».

«Hay fuera de esto—añade el autor—otro modo de hacerlo, que es, echar el chocolate en una ollita, en poca agua, y darle un buen hervor hasta que esté deshecho, y luego añadirle el azúcar y el agua suficiente según la cantidad de chocolate, y cocerlo hasta que sale encima una grasa mantecosa; con advertencia que si se le da mucho fuego hervirá de manera que boze y se salga. Y advierto que este último modo no le tengo por tan saludable, si bien más gustoso, porque como se aparta la manteca de lo terrestre, que queda abajo, esto causa melancolía, y la manteca relaja el estómago y quita la gana de comer.»

En frío se tomaba de dos maneras: una que se llama *cacao*, la otra *cacao pinoli*. Para la primera se deslíe con el molinillo el chocolate en agua; se saca la espuma y se pone aparte; en el sedimento que queda pónese azúcar; y luego el tal sedimento se va echando, «desde en alto», sobre la espuma. Hecho esto, se bebe.

En el *pinoli* se hace lo mismo, sólo que la

pasta del chocolate consta de otra tanta cantidad de maíz tostado.

No es esto solo; el autor advierte que hay «otro modo más breve para hombres de negocios que no pueden aguardar». Se calienta el agua, se deshace el chocolate mientras tanto y se pone con el azúcar correspondiente en un jarrico, y cuando el agua borbolla, se echa en ella el chocolate y queda hecha la mixtura.

Hemos creído oportuno dar todos estos detalles atendiendo al frecuentísimo uso en estos tiempos, es decir, en aquéllos, del ardiente soconusco, tanto, que no faltan observadores viajeros que se escandalizan y protestan. El señor Colmenero de Ledesma también protesta y recomienda sobriedad. La sobriedad es la siguiente: «Por la mañana *cinco o seis onzas* dél, en tiempo de invierno, y si el sujeto se colérico, en lugar del agua ordinaria, se haga con agua de enduvia...»

Algo también ha de decir el cronista de otra máquina e invención que asimismo nos vino de allende los mares; hablo con esto del tabaco. De sus misteriosas propiedades hablan los historiadores de Indias. Los indios llaman a esta planta *pacielt;* en Francia, *hierba de la rei-*

na; otros, *hierba santa;* otros, *nicociana;* los españoles, *tabaco,* a causa de una isla mejicana así llamada donde se criaba en abundancia. Combaten unos su uso; lo exaltan otros. El famoso jurisconsulto Francisco Torreblanca Villalpando examina, en su obra *Juris spiritualis* (libro VIII, capítulo I, números 13, 14, 15 y 16), el aspecto jurídico de la cuestión, y dice del tabaco, entre otras lindezas, *quæ homines dementat et temulentos reddit.*

Lo mismo opinan los médicos: el doctísimo cirujano Pedro López de León, en su *Práctica y teórica de las apostemas* (libro I, capítulo VI), llama «invención de Satanás» el tomar tabaco en humo, y añade que «abrasa las partes interiores, como yo he visto en este reino con algunos que he abierto por mandado de la justicia, y halládoles el hígado hecho ceniza y las telas del cerebro negras como hollín de chimenea, que lavándolas salía el agua como tinta.»

Pero así como el chocolate tuvo un entusiasta defensor, tiénelo también el tabaco. Se trata de todo un catedrático de Medicina en la Universidad de Salamanca: Cristóbal Hayo, autor del siguiente libro, digno de que los im-

penitentes fumadores lo glorifiquen e impriman en letras de oro: *Las excelencias y maravillosas propiedades del tabaco conforme gravísimos autores y grandes experiencias, agora nuevamente sacadas a luz para consuelo del género humano.* (Salamanca, 1645.)

«Es ya tan abundante la copia de tabaco seco en estos reinos y el uso dél y en los demás reinos extraños—escribe Hayo—, que se brindan los unos a los otros graciosamente con él en banquetes, conversaciones y fuera de ellas, haciendo sentimiento si no se recibe el ofrecimiento.»

Se toma el tabaco de tres maneras: en polvo, en hoja y en humo. Lo menos frecuente es en humo, «por la dificultad del aparejo del instrumento evaporativo y del fuego que se requiere». «Suelen gastar en humo el tabaco seco en hoja gente regalona, eclasiásticos y señores.»

El docto catedrático va destruyendo uno a uno todos los cargos de los adversarios—entre los cuales adversarios está Fray Tomás Ramón, de cuya obra se da noticia más adelante—, y dice, entre otras cosas, que «usando dél no se siente soledad», y que tiene la

inapreciable «virtud de dar descanso al cuerpo trabajado y cansado...»

Aquí daría por terminada el cronista su tarea si no fuera escrupuloso. Porque, ¿no falta, acaso, otra de las más famosas novedades indianas? ¿No falta el café? Graves debates ha motivado también este brebaje en los pasados tiempos. Cuéntase entre los impugnadores a Isidro Fernández Matienzo, que en 1693 publicó su *Discurso médico y phisico, agradable a los médicos ancianos y despertador para los modernos contra el medicamento caphé.*

Matienzo llama al café «desabrida y amarga bebida»; dice que, solo, no es útil a las enfermedades de las mujeres y dolencias comunicadas del útero; que con leche no aprovecha a las calenturas; y, finalmente, recomienda con insistencia que en vez de café se tome «agua caliente». Recomendación, ¡oh, buen Matienzo!, que los que se sientan en torno de los blancos mármoles ponen en práctica, bien a su pesar, ha largos años...

Al anochecer, cansado de pasear por el Prado o de aplaudir en la comedia, torna a casa el noble hidalgo. Cena; sale acaso a al-

guna misteriosa aventura; vuelve a media noche; duerme; amanece; llaman las campanas a misa...

Fuentes:

JERÓNIMO DE ALCALÁ. *El donado hablador.* (Madrid, 1624; Valladolid, 1626.)

HURTADO DE MENDOZA. *El Lazarillo de Tormes.*

H. DE LUNA. *Segunda parte de El Lazarillo de Tormes.*

PEDRO ORDÓÑEZ DE CEVALLOS. *Viaje del mundo.* (Madrid, 1614. Hay otra edición de 1691.)

ANTONIO COLMENERO DE LEDESMA. *Curioso tratado de la naturaleza y calidad del chocolate.* (Madrid, 1631.)

FRANCISCO TORREBLANCA VILLALPANDO. *Juris spiritualis.* (Córdoba, 1631.)

PEDRO LÓPEZ DE LEÓN. *Práctica y teórica de las apostemas.* (Sevilla, 1618.)

CRISTÓBAL HAYO, *Las excelencias y maravillosas propiedades del tabaco.* (Salamanca, 1645.)

ISIDRO FERNÁNDEZ MATIENZO. *Discurso médico y phisico... contra el medicamento caphé.* (Madrid, 1693.)

IV

El amor

...Calle arriba, calle abajo, gallardo y altivo, ronda el galán a su dama. Por manos de una criada le ha remitido un billete en que declara sus ansias. Resístese ella, insiste él. Después del billete, dále nocturnas músicas; mándale luego una riquísima joya. Contesta con dulces palabras la pretendida a tales muestras de rendimiento. Menudean los billetes; hablan una noche por una celosía, y acaba por enamorarse perdidamente la dama. Toda ensimismada anda en casa; no hace cosa a derechas; en tanto se muestra cariñosa, en tanto displicente.—Mira, dice un personaje de cierta comedia *famosa;*

mira cuando una señora
trae los discursos inquietos,
cuando tiene suspensiones,
cuando se enoja sin tiempo,
cuando está alegre sin que
nadie sepa por qué, luego
desvanece su alegría
arrebatada en un ceño:
cuando no quiere tocarse,
su poco gusto cubriendo
con una pereza mansa
envuelta en un dulce dejo;
cuando otra vez se compone
con un estudiado aseo,
haciendo en mudos idiomas
de los colores misterios;
que me quemen si el amor,
duende de sus devaneos,
espiritando sus niñas,
no anda en sus ojos bullendo.

Pero el amor no vive de palabras; necesita el amor que las obras certifiquen sus protestas. A los coloquios, síguese pedir el amante a su dama que le franquée la entrada. Duda ella; y el taimado, entre tiernísimos lamentos que ablandan el corazón de la doncella, dala, en fe de caballero y para que se decida prontamente, palabra de casamiento. Conciertánse

por fin; convienen en que ella pondrá por señal en la ventana un lienzo blanco, y que él lanzará al aire agudo silbo.

¡Ay del honor de una casa
cuando estando recogidos
los criados, en mitad
de la noche suenan silbos
y las mujeres turbadas
se quitan por no hacer ruido
los chapines!

¡Ay del honor! Porque apenas ha sido advertida la seña, cuando ya tiene la dama apercibida la entrada, bien por la puerta principal, bien

por una pequeña puerta
de un patio que sale a un huerto.

¿Cómo pintar los dulces transportes de los dichosos enamorados? ¿Cómo ponderar su tristeza y enojo cuando, siendo imposible que el galán pase al cuarto de la amada, vénse precisados a darse la más alta y definitiva prueba de cariño a través de los hierros de una reja, como en *Amar por razón de Estado*,

del maestro Tirso? A la primera entrevista siguen otras. Gózanse de noche los amantes; se comunican por el día con billetes. Y si la vigilancia es rigurosa, recurren a los sutiles artificios del ingenio para participarse sus urgencias. Ya se mandarán libros en que haya ciertas palabras señaladas de modo que formen oración; ya en el mismo libro, y en el hueco del lomo, meterán cuidadosamente un papel; ya, si el galán es el poeta Lope de Vega, pedirá limosna disfrazado de mendigo, a la puerta de su adorada, y daránle un pan en que vaya oculta la tan suspirada misiva... Sirven también las flores de amorosa correspondencia. Toda flor representa la letra inicial de su nombre. La *A*, es el azahar, la azucena, el alelí, el amaranto; la *B*, la bonina; la *C*, el clavel, el cinamomo, la citronela, el caracolillo; la *D*, la damasquina y la flor de dondiego; la *E*, la escobilla de ámbar y la espuela de caballero; la *F*, la filopéndola; la *G*, la gemela; la *H*, el hisopillo; la *I*, el jacinto; la *J*, el jazmín; la *L*, el lirio; la *M*, la maravilla, la mosqueta, el mosco greco; la *N*, el narciso y el nardo; la *O*, el ojo de Cristo; la *P*, el pensies; la *R*, la rosa; la *S*, el sándalo; la *T*, el tulipán;

la *V*, la violeta; la *X* y la *Z* se suplen con la *C*; y de *Q* hará cualquier yerba olorosa.

Hasta ocho o nueve renglones
se pueden enviar impresos
en un ramo a cualquier dama.

Hay más; aun delante de un gran concurso pueden los amantes comunicarse sin ser de nadie advertidos. Nada tan sencillo como el lenguaje simbólico.

Todo cariño que quieran
decirse galán y dama,
será componiendo el pelo;
y todo desdén o rabia,
será tentarse las sienes,
como que acaso se haga;
jugar con el abanico
o estufilla, descuidada,
será acción de pedir celos;
y en el galán los señala
alzar un poco el sombrero,
la cinta o pluma que traiga;
satisfacción de los celos
será el pasar por la cara
toda la mano al descuido
como que es ilusión vana.
Preguntarse si se quieren
será en acción alternada

la dama en el abanico
y el galán en la corbata;
el no, se dirá en la oreja;
el sí, se dirá en la barba;
en la nariz se preguntan
si enojado o enojada
están: qué tiene en la ceja;
que está malo o está mala
refregándose los ojos;
toda pregunta que enlaza,
como: «quién, por qué, de qué»,
en la cabeza se haga,
discurriendo la pregunta
conforme lo que se habla.

Las entrevistas nocturnas continuan. Mientras el galán atiende a su dama, charla el escudero con la criada, y entre los dos remedan los amores de sus dueños, dándose mutuas y duraderas pruebas de cariño.

Pero he aquí que cuando más gustosas son aquellas pláticas y más persuasivos los argumentos con que los galanes tratan de demostrar su pasión a las damas, un rumor de pasos, que pone espanto en todos ellos, se percibe en la pieza inmediata; y veréis como ellas, sumamente azoradas, no aciertan a esconder a sus amantes; cómo la criada mata la luz;

cómo hacen ruido corriendo de un lado para otro, y como por fin, el galán y su escudero enciérranse en una alhacena que por acaso allí se encuentra. Cómo entra el furibundo padre de la dama o su hermano, y pregunta a la hija o hermana la causa del estrépito que allí ha oído; y cómo ella, al cabo de breve tiempo en que ha concertado diestramente la respuesta, dícele que es un bufetillo que sin duda ha venido a tierra por descuido de la criada. Tranquilízase el padre, y creen las cuitadas ya pasada la tormenta sin daño, cuando acaece que el escudero quiebra algunos vidrios que hay en el escondite, oye el padre el ruido, y arrójase a la alhacena espada en mano a vengar su honor; pero antes de que llegue, ya ha salido de ella el caballero, que con bizarría sin igual se apresta a la lucha. Oiréis a aquél, todo colérico, cómo dice a éste que se prepare a morir, pues sólo con su sangre podrá lavarse la deshonra de su casa; cómo éste le contesta que ya tiene dispuesto su acero; cómo durante la riña desmáyase la dama; cesa la lucha, acuden a socorrerla, y entonces solicita el galán del padre que les dé su bendición, pues ellos se han dado ya palabra de

casamiento; confórmase de buen grado el padre, y los dos amantes, juntamente con los criados, que asimismo tocan a himeneo, dánse la mano de esposos.

Suele suceder también que una noche halla el galán rondador a un rival en la calle de su dama, y es entonces segura la pendencia. Trábanse de palabras; crujen las espadas; cae muerto o mal herido un embozado... Y el matador, temeroso de la justicia, acógese a una iglesia o monasterio, y de allí a pocos días, toma la vuelta de Aragón, tal vez disfrazado de religioso, para pasar a Flandes; o bien, si no hay amparamiento sagrado, echa a campo traviesa y se encamina a la Peña de Francia o a donde Dios fuere servido, «hasta ver en qué para el caso».

No habría espacio en breves páginas como estas para estudiar prolijamente toda la sutil máquina y varios arbitrios del amor. No, no es la metafísica amorosa invención de estos tiempos; razonaban y sutilizaban los antiguos hidalgos estas materias como pudiera razonarlas y sutilizarlas el más acuchillado y experto amador de los tiempos presentes. Hay

reglas para hacer la corte y rondar la calle —y en *La Pícara Justina* se lee una graciosa reseña de varios novios, valentones unos, otros melífluos, cuál elegante y pulcro—; las hay para rendir corazones a fuerza de importunidades o imponerse con repetidos halagos:

¿Qué es menos desdicha para un caballero que ama a una señora: que la señora le olvide o que le haga un desprecio en público? pregunta Antonio Luis Ribero Barros en su interesante *Jornada de Madrid.*

¿Qué es más favor: que hable la señora desde el balcón, a vista de los vecinos, o que le escriba en pliego cerrado?

«¿Puede un caballero que asiste a una señora dama, con la veneración de sus atenciones, sin declararse su galán, ni haberle su señoría hablado de vos, como a galán, declararse a otra señora dama sin ofenderla?».

Penoso es el deber del cronista, porque no siempre los conciertos amorosos son tan desinteresados como el dios ciego quisiera. «Nunca los enamorados han de decir que son pobres — escribe Cervantes — porque a los principios, a mi parecer, la pobreza es muy

enemiga del amor.» Madres hay tan desaprensivas, dice Francisco Santos, que casan a sus hijas con «un hombre tan lleno el cuerpo de bubas como la bolsa de oro». Los padres, dice otro novelista, «acomodándose a los tiempos», buscan maridos ricos para sus hijas, «que tanto puede hoy la codicia, que hay quien gusta más de ver a sus hijos villanos que necesitados». El autor cree recordar que también ei grave agustino Fr. Cristóbal de Fonseca habla en su *Tratado del amor de Dios* de estas impuras pasiones...

La boda está hecha: los amantes se han unido para siempre. Puede ser celoso el marido; puede ser despreocupado. Si es celoso, ¿quién dirá las ansias y tormentos de un hidalgo posesor de gentil dama? Ya dará en los estupendos caprichos del *Curioso impertinente*, ya en las peregrinas ficciones de tal otro caballero que, según se refiere en cierta otra interesante novela *Las pruebas en la mujer*, quiso experimentar si su esposa se mudaría con aparentar perder en el juego toda la hacienda y menaje de la casa.

En efecto, el caballero don Gutierre comienza a venir a casa tarde a las horas de yantar,

y a mostrarse mohino, y a andar revolviendo bufetes para sacar dinero y mandarlo con el criado. Poco a poco los escudos van apurándose, las palabras van siendo más acedas, más breves y desapacibles las comidas. Tras los escudos salen de la casa las cadenas, tras las cadenas las joyas de la esposa, tras las joyas los vestidos. Las deudas aumentan; llueven requerimieutos de pago; extiéndese por toda la ciudad la ignominia. La esposa sufre resignada el desamor, la afrenta, la ruina. Hace más; sacrifica el resto de la hacienda para que el honor de su marido se salve. «Esposo mío —le dice—lo poco que ha quedado en casa de joyas, vestidos y colgaduras, vendiéndose bien creo que bastará para pagar esas deudas; tomadlo todo y pagadlas.» En vano la acosan seductores galanes con cartas y presentes: Casandra es honestísima esposa y verá hundirse todo y rematarse todo antes que doblegar su honra a la vileza.

En tanto la miseria llega a su colmo, y a su paroxismo la locura de don Gutierre. Carga éste, por fin de rapiña, con los cubiertos de plata, con los saleros, con las camas, con las colgaduras de las salas. Los criados desfilan;

Casandra misma se quedara muchos días sin comer si no la acudiera una hermana... ¿Puede darse mayor locura de celoso? Y, ¿quién sabe dónde hubiese llegado en sus desvaríos el puntilloso hidalgo a no interponerse gentes extrañas para acabar amigablemente la experiencia? Se dirá que esto sucede en las novelas y que en la vida no acaecen tan extremados casos. ¿Se quiere uno realísimo y auténtico de marido celoso? «Siendo ya de edad mayor —escribe Ordóñez de Cevallos en su *Viaje del Mundo*—, pues tenía los diez y siete años, como dicho tengo, pasando un día por una calle, en la esquina de una casa principal, estaba en un balcón una señora, a la cual se le cayó un ramillete, que tenía en la mano, y abajándome por él me dijo un tío mío, llamado Alonso Andrade de Avendaño, que conmigo iba: *Este ramillete ha de ser de tanta inquietud como el de Muza*. Y esto porque me vido su marido alzarle del suelo. Fué así, que con no haber culpa por parte de nadie, mandó aquel caballero que me matasen. Fuí avisado de un criado suyo que era de mi patria y lo había librado de un gran trabajo, pagándome en esto lo que por él había hecho, que

no fué de poca importancia, pues llevé siempre la barba sobre el hombro. Y no por esto me dejé de ver muchas veces en grandes peligros de muerte... Por causa de tan continua persecución, me fué forzoso el dejar mis estudios, ponerme espada, y aun irme de Sevilla.»

Pues, ¿qué será si el marido es de los remolones, como aquél de quien habla Santos, que, notando el ajetreo que en el piso de arriba traían su mujer y el amante, se estuvo tranquilamente acostado? «Y cuando la vió entrar en la cama, le preguntó qué era; y ella le respondió: *Un gato hambrón que viene a buscar qué comer.* Y así que esto oyó, volviéndose del otro lado, dijo: *Mal año para el diablo, y el ruido que hacía.*»

Otros hay que pasan a mayores excesos. Entre las cinco clases de alcahuetes que menciona el rey Sabio, «la cuarta es cuando el ome es tan vil que él alcahueta a su mujer». No eran escasos los tales en la vieja España. El prudente Felipe II mandó castigar, en pragmática de 1566, a «los maridos que por precio consintieren que sus mujeres sean malas de su cuerpo».

¿Quién no conoce el caso del buscón don

Pablos? Cuenta éste que yendo con unos cómicos camino de Toledo, aficionóse de una de las actrices. «Acertó a estar su marido a mi lado—dice—y yo, sin pensar a quien hablaba, llevado del deseo de amor y gozarla, díjele: *Esta mujer, ¿por qué orden la podríamos hablar, para gastar con su merced veinte escudos, que me ha parecido hermosa?—No me está a mi bien el decirlo, que soy su marido* (dijo el hombre), *ni tratar de eso; pero sin pasión (que no me mueve ninguna) se puede gastar con ella cualquier dinero, porque tales carnes no tiene el suelo ni tal juguetoncita;* y diciendo esto saltó del carro y fuese al otro, según pareció. para darme lugar a que la hablase».

Quede aquí esta materia: harto delicada para oídos femeniles; demasiado sabida para contada a los varones.

Fuentes:

FRANCISCO BANCES DE CANDAMO. *Cuál es el mayor aprecio del descuido de una dama.* (Valencia, 1771.)

CONDESA D'AULNOY. *Viaje por España en 1679.* (Madrid, 1892.)

FRANCISCO SANTOS. *Los gigantones en Madrid.* (Madrid, 1666.)

ALONSO DEL CASTILLO SOLORZANO. *Las pruebas en la mujer.*—En la «Colección de novelas escogidas»; tomo V. (Madrid, 1788.)

ORDÓÑEZ DE CEBALLOS. Obra citada.

ANTONIO LUIZ RIBERO DE BARROS. *La jornada de Madrid.* (Madrid, 1672.)

V

La moda

...Son las diez. La señora va a levantarse. En ancha cama de bronce dorado, altísima la cabecera labrada de finas labores, reposa la gentil española. Reclina su cabeza en diminutas almohadas, guarnecidas de lazos de seda, orladas de anchos y sutilísimos encajes. Un rico corbertor bordado en oro y seda cubre la cama.

La señora se levanta. Sus largos y negros cabellos están partidos en bandas y atados atrás con una cinta; cubre su adorable cuerpo amplia y suave camisa, cuyas mangas se abrochan en la muñeca con botones de brillantes; son los puños y el cuello de seda con caprichosas flores bordadas.

Sus criadas vánle ministrando los afeites. Una la perfuma con pastillas olorosas; rocíala otra cogiendo agua de azahar en la boca y lanzándola a través de los dientes en menuda lluvia.

En el tocador, como en todos los tocadores, hay mil chismes y variados efectos. Hay en éste, si te place, lector—y tomo la relación de un poeta de la época—, un emballenado (corsé) nuevo; treinta y seis peines, entre pequeños y grandes, diez de hueso, catorce de marfil, los demás de boj; trece cascos y medio de búcaro de la Maya; seis pares de perendengues; seis papeles de alfileres; dos pares de guantes; treinta papeles de color, a más de las salsillas y librillos para el afeite de la tez; un espejo de media luna; un papel de solimán; tres moldes y tres agujas para el pelo; seis perantones; tres abanicos pequeños «descubretalle»; una memoria para la cara y cabello; tres sortijas de azabache; seis de vidrio; unos lazos nuevos de azul claro; bocadillos, bobos, cintas.

Nuestra dama continúa aliñando su belleza, se muda el color del cabello, se pinta las mejillas, se alcohola los ojos. La empresa es de-

licada; porque así como hay modas en los trajes, hay modas en los ojos y en las bocas. Calderón lo dice:

Un tiempo que se dieron
en usar ojos dormidos,
no había hermosura despierta,
y todo era mirar bizco.
Usáronse ojos rasgados
luego, y dieron en abrirlos
tanto, que temerosos
se hicieron espantadizos.
Las bocas chicas entonces
eran de lo más valido,
y andaban por esas calles,
todas, los labios fruncidos.
Dieron en usarse grandes,
y en aquel instante mismo
se desplegaron las bocas,
y dejando lo jarifo
de lo pequeño, pusieron
su perfección en lo limpio
de lo grande, hasta enseñar
dientes, muelas y colmillos.

Viene despues el peinado: se llevan del *almirante*, del *trenzado*, de la *arandela*... Los hay en graciosas bandas que cubren las orejas y sólo dejan ver las gruesas perlas de las arra-

cadas, como en la divina Marquesa de Leganés, de Van Dyck; los hay lamidos y aplastados, como en los retratos de Sánchez Coello; los hay en grandes trenzas a uno y otro lado de la cabeza, como en la rubia y melancólica doña Mariana de Austria, retratada por Mazo.

Arreglado el cabello, la bella esposa del hidalgo comienza a vestirse. Pondráse ante todo livianas medias de seda; encerrará luego sus diminutos pies en altísimos chapines de doce puntos, fabricados de corcho y de pesada obra de plata; se pondrá a seguida las enaguas, bordadas y rodadas de encaje; ceñirá su delicado talle con el emballenado; sujetaráse a la cintura el verdugado, que sirve para ahuecar la negra falda lisa de seda con un ancho pliegue o alforza en derredor; se ajustará un corpiño de brocado, bien de alto y alechugado cuello, bien ligeramente escotado y guarnecido de encajes, que se llaman *bobillo;* adornaráse, por fin, las orejas con afiligranados zarzillos, y con recias ajorcas de oro las muñecas.

¿Desea alguna curiosa lectora más detalles? Según cuentas sacadas por Fr. Juan de Castro en su *Memorial sobre la pérdida de España,* ne-

cesitaba en general una señora para su indumentaria lo siguiente:

Cuatro camisas delgadas, a cuatro varas y media cada una, y cuatro enaguas de lienzo a cinco varas, la vara a seis reales;

Veinte varas de puntas (se gastan en dos enaguas), la vara a doce reales de plata;

Dos vestidos de seda, a catorce varas cada uno, la vara a tres pesos;

Diez varas de guarnición, bien de puntas u otra cosa, para cada uno de estos vestidos, la vara a doce reales;

Una pollera para debajo, bien de raso o terciopelo, a siete varas, la vara a dos pesos,

Un manto, diez pesos;

Un corte de puntas, doce pesos.

Los amantes de estas cosas pueden ver interesantes detalles sobre indumentaria española en la *Invectiva contra el lujo*, de don Felipe Rojo de Flores.

La moda, dice Flores, es muy varia a principios del siglo XVII. «Reinaba un humor extravagante en torcidos, entorchados, gandujados, franjas, cordones, bolillos, randas, cadenillas, pasadillos, abollados, y otros géneros

de guarniciones de oro, plata fina y falsa, abalorio y acero, que tan costosos hacían los trajes, pues era muy común gastar doscientos, trescientos o más ducados en un vestido, cosa que en aquella época causaba la mayor admiración y daba lugar a la pluma para publicar la exhorbitancia.

No era inferior el brillo en las gorras y sombreros que se guarnecían de cadenas y cintillos de oro, camafeos y perlas. Los talabartes, petrinas y escarceles se gastaban con pasamanos y caireles de plata y oro. Los zapatos y chapines con varillas de oro claveteadas con diamantes. Las capas, ferreruelos y bohemios, de seda y valonas con deshilados y encajes. En el año de 1623 se vieron las primeras golillas en España, y noticioso de la novedad el Consejo Real, mandó emplazar al artífice, y examinado, reconocidos los instrumentos de que usaba y vistas dos golillas, que allí también se llevaron, se mandaron quemar públicamente y fué desterrado el golillero. Después se contemplaron de menos gastos y más duración que los cuellos, lechuguillas y valonas, por cuyas razones se permitió continuar la moda. También lo eran los mos-

tachos o bigotes y las perillas en la barba (a imitación de los lacedemonios), las guedejas, tufos, bufos y copetes. Ultimamente se dejaron el pelo esparcido y tendido, sin que hubiese alteración hasta el año 1679 en que los españoles empezaron a vestirse a la francesa con motivo de regocijos públicos, cuyo uso fué por entonces limitado y temporal.

Los trajes y adornos de las mujeres eran a proporción del entusiasmo que tuvieron los hombres; pero, por muy especiales, mencionaremos la moda de los guardainfantes, polleras, verdugos, escotados, jaulillas, pericos, almirantes, rascadores, fallas, duques, cariñanas, mongiles, mantos de humo y puntas de tramoya.»

El autor explica ligeramente estos diversos atavíos. «*Talabarte*, *petrina y escarcel,* son ceñidores o cinturones para colgar la espada. *Virilla,* lista o guarnición de plata. *Ferreruelos* y *bohemios* son capas algo más cortas de las que hoy se estilan. *Valona* es adorno para el cuello: por lo regular estaban unidas al cabezón de la camisa. *Tufos* son especie de rizos que cubren las orejas y por estar encrespados al aire se llamaban también *bufos*. Los

usaron hombres y mujeres. *Guardainfantes* y *verdugados*, eran lo que hoy llamamos tontillo. *Pollera,* brial que se ponía encima del guardainfante. *Jaulilla,* adorno hecho para la cabeza, a modo de red. *Perica,* un adorno hecho de pelo postizo que servía para la parte delantera de la cabeza. ¿Será acaso lo que hoy llaman tiñón o erizón? *Almirante*, otro adorno para la misma parte, que tomó este nombre por haberlo introducido en España las hijas de un almirante, (anterior, añade el que transcribe, al *Criticón,* de Gracian, puesto que en este libro se nombra tal peinado). No he hallado cuál fuese su figura. *Falla,* cierta cobertura para la cabeza de que usaron las mujeres por gala y por abrigo al salir de noche de las visitas. Dejaba solamente descubierta la cara; cubría hasta los pechos por detrás y por delante: era comúnmente de tafetán de lustre negro, guarnecida de encajes, blondas, gasas o cintas: después se redujo a dos varas y media de tafetán negro, que se echaba por la cabeza y anudaba a la garganta. *Duque* era adorno que formaba una arruga en el manto para que cayese de la cabeza, prendiendo un alfiler por detrás de la cabeza en el nacimiento de las

trenzas del pelo. Hoy se prenden del mismo modo sobre poco más o menos las mantillas de toda especie. *Cariñana* se llamó un tocado para mujeres ajustado al rostro al modo de que usan las religiosas. El *monjil* era traje de lana para luto con jubón de mangas formadas en muchos pliegues por la parte superior, y por la inferior, que estaba cortada en medio arco, se unen unas con otras por las puntas. Hoy se hacen de esta figura los hábitos que las mujeres ofrecen a Santa Rita.»

La moda cambia rápidamente. El lujo toma vuelos. Cuanto mayor y más tremenda va siendo la ruina de España, tanto más se explaya la corte en fiestas y aumenta la suntuosidad en el arreo de damas y caballeros. La más simplecilla doméstica se crece de fregatriz a señora y abandona la modesta basquiña por el guardapiés encarnado, por el franjón de oro y plata, por la anguarina de felpa. «¡Oh, tiempos floridos!—exclama un escritor de la época—cuando el pasamano de Santa Isabel, el botón de vidrio y las medias de cordellete privaban en el mundo!» «Yo alcancé el tiempo—escribe otro—en que iban los ministros al consejo en mula, y era grandeza ir en

ella; y muchos hoy viven en esta corte que la conocieron con menos de diez coches, y hoy no es hombre el que no le tiene».

Los moralistas claman contra desórdenes y despilfarros semejantes. Truena Alonso de Carranza en su *Discurso contra los malos trajes y adornos lascivos* y condena la prolijidad de los apatuscos femeninos. No es sólo el coste de las enaguas, polleras y guardainfantes —dice—es también el «sumo e intolerable» gasto de almidón que estas prendas requieren, de tal modo que se gasta ahora en una enagua tanto almidón como antes «se solía gastar en un lugar entero en los cuellos de lechuguilla», «pudiendo el trigo que en esto se pierde servir para el sustento de muchos necesitados».

Son contra la moral las nuevas galas y son contra la higiene. Contra la moral, porque ahora se pone «gran parte de la gala y adorno lascivo en medias, ligas, zapatos y sus rosas»; contra la higiene porque «la pompa y anchura de este nuevo traje, *(o sea los guardainfantes)*, es llano que admite mucho aire y frialdad, que envía al útero donde se fragua el cuerpo humano. Y aforismo es de Hipócrates, y consiguientemente definición o regla

infalible en filosofía y medicina, que el útero de la mujer frío y con esto condenso y estipado es totalmente inepto para la generación».

Además, hay otro gravísimo peligro, señalado ya también por autores maliciosos y es que el descomunal guardainfante oculta los resultados naturales de los amores ilícitos y hace perder a las doncellas el temor a estas elocuentes y notorias consecuencias. «Lo ancho y pomposo del traje, que comienza con gran desproporción desde la cintura—escribe Carranza—les presta comodidad para andar embarazadas nueve o diez meses, sin que desto puedan ser notadas.»

Pues, ¿qué decir de los hombres? Ha llegado el mal a tal punto—dice Fray Tomás Ramón en su *Nueva premática de reformación*—, «que vemos hombres por las calles con abanicos en las manos haciéndose viento»; y como si esto fuera poco, los hay también, «así eclesiásticos como seculares», que llevan «manguitillos de pieles en las manos» «¿Qué más hacen las delicadas mujerillas?», pregunta el buen religioso.

Pero ni uno ni otro autor, ni acaso nadie, ha llegado en sus invectivas donde llegara el

presentado Fray Francisco de León, prior del convento de Nuestra Señora de Guadalupe en Baena. Predicó este dominico en 1635, un sermón fúnebre de Gonzalo de Córdoba, y tales horrores dijo del afeminamiento de los militares, que digno es el pasaje de ser transcrito íntegro. Habla el predicador de los hombres de antaño y dice: «Y aborrecían en aquel tiempo todo lo que olía a regalo, teniéndolo por indigno y ajeno de hombres, y propio de mujeres. No dormían, no jugaban; los repiques de los tambores eran relojes que a todas horas de la noche los dispertaban. Ahora mirad con atención y veréis si podemos temer que vengan a azotarnos en las camas los más viles enemigos de Dios y de su ley. ¿Dónde están los capitanes? ¿Dónde los soldados? ¿Dónde las armas? ¿Dónde los militares ejercicios? ¿Dónde hay hombres en España? Lo que yo veo es mariones *(sic)*, que hurtan los usos a las mujeres: de hombres los veo convertidos en mujeres, de esforzados en afeminados, llenos de tufos, melenas y copetes, y no sé si de mudas y badulaques, de los que las mujeres usan. Y siendo así que ayer blasfemavades de los extranjeros que entraban en España con

melenas y os olían mal, ¿ahora traéis las mismas y queréis oler bien? A mí me oléis a lo que os olían los extranjeros cuando las traían. ¡Lindos soldados para un aprieto de importancia! Harto mejor os pareciera a algunos una rueca que una espada; a lo menos hariades más hacienda. Yo espero que habéis de venir a misa de dos en dos dadas las manos, porque sólo eso os falta por hacer.»

La decadencia se acentúa. Degenera al finalizar el siglo XVII el noble idioma castellano en parla culterana, la braveza en fanfarronería, la honestidad en beatismo... Pues así la moda pierde sus antiguos toques de majestad y pasa de las severas ropillas a las casacas, de las recias tizonas a los entecos espadines, de la grave cortesía al remilgado cumplido. *¡Pasó el tiempo de las golillas!*, se gritaba, y desaparece de las hombrunas caras la barba puntiaguda y engomada de los letrados, la perilla de los eclesiásticos, el airoso bigote de los hidalgos, del cual, dice Feijóo, «no pueden acordarse sin dar un gran gemido algunos ancianos de este tiempo». Los peinados mujeriles se complican; adquieren algunos proporciones colosales. El catálogo de los afeites se

hincha, hácese más sabio y prolijo su manejo. Los hombres mismos dan en la flor de retocarse. «Oigo decir—escribe el sabio benedictino desde su rincón de Oviedo—que ya los cortesanos tienen tocador y pierden tanto tiempo en él como las damas.»

Hacían antes los caballeros sus visitas con noble gravedad y eran sobrios en las maneras y discretos en las palabras; éntranse ahora por casa, a la segunda visita, libres y desenvueltos los petimetres, y no paran hasta sentarse familiarmente junto a las damas. Se levantaban antes las señoras para recibir a los caballeros; permanecen ahora sentadas y hacen murmurar de su crianza a los ancianos. Se sentaban antes, aun para comer, en terreros almohadones; háse introducido ahora la «desenfadada costumbre» de acomodarse en alto. Hacía antes un caballero a una dama una reverencia inclinando majestuosamente el cuerpo; salúdanlas ahora abrazando el sombrero entre las dos manos, puesto delante del pecho, encogidos los hombros, arqueados los brazos, hacia fuera los codos, firme el pie izquierdo, arrastrando la punta del derecho hasta poner la hebilla de éste detrás del talón de

aquél, inclinando finalmente el cuerpo de tal manera que forme un perfecto semicírculo...

Eran antes duros en las fatigas de la guerra, sumisos con las damas, altivos con los fuertes; son ahora blandos en los peligros, tiranos con las mujeres, humildes con los déspotas. Triunfaban antes en toda la tierra nuestras armas, y exclamaba uno de aquellos famosos capitanes en el arranque más soberbio que tiene la lengua castellana:

¡el mundo me viene estrecho
para ponerlo a mis pies!;

pierden ahora desde las covachuelas el imperio americano, y vemos los ejércitos antes capitulados que vencidos...

¡Ah, grande y noble España! ¡Oh, Alonso Quijano el Bueno!

Fuentes:

D'AULNOY, obra citada.

AGUSTÍN SALAZAR Y TORRES. *Elegir al enemigo.* (Valencia, 1766.)

CALDERÓN. *Eco y Narciso.*

SEMPERE Y GUARINOS, obra citada; tomo III.

FELIPE ROJO DE FLORES. *Invectiva contra el lujo.* (Madrid, 1794.)

ALONSO CARRANZA. *Discurso contra malos trajes y adornos lascivos.* (Madrid, 1636.)

FRAY TOMÁS RAMÓN. *Nueva premática de reformación contra los abusos de los afeites, calzado, guedejas, guardainfantes, lenguaje crítico, moños, trajes y exceso en el uso del tabaco.* (Zaragoza, 1635.)

FRAY FRANCISCO DE LEÓN. *Sermon predicado por... A las solemnes honras que la villa hizo a don Gonzalo Fernández de Córdoba, Cardona y Aragón, príncipe de Maratea...* (Granada, 1635.)

FEIJÓO. *Theatro crítico;* tomo II. (Madrid, 1728.)

VI

La vida picaresca

¡Ah, el paisaje de España!

...Inacabables y polvorientos llanos, desesperantes y tristes, sin un árbol, sin una casa, sin una charca, sin un pájaro; despeñaderos al abismo y picachos blanqueados por eternas nieves, venero de claras fuentes que bajan saltando por acequias empedradas de menudas guijas y riegan las frondosas alamedas de calado palacio árabe; vegas de tupidos naranjos, tibio el aire y perfumado por el azahar, diáfano y transparente el cielo de azul claro; pueblecillos de casas parduzcas, agrupadas en una ladera, escalonadas, apiñadas en desarrapado conjunto de tejados, chime-

neas, paredones, esquinazos que se empinan desde la verdura de los huertos y el follaje de los almendros, hasta remontar en los muros bermejos de viejo castillo moruno; ondulantes llanuras de viñedos, limitadas por ribazos que presidían y sustentan los altos terreros, cortadas por una negruzca vereda que serpentea entre los pámpanos y se aleja, se aleja, bordeada de blancos montoncillos de piedra, estrechándose, ensanchándose, hasta perderse en el angosto paso de una montaña; cuadros de clara alfalfa y breves términos de emparradas hortalizas entre páramos salitrosos y rapadas lomas; siestas estivales de bravío y ardiente sol, que llena las quiebras de los montes, los surcos de los bancales, las copas de los árboles y ciega, a través de la movible gasa de la calina abrasadora, la lejana silueta de las montañas y abate los pámpanos, y reseca los tomillos y consume los calderones de las peñas y pinta en la tosca pared de salientes y agudas piedras de una casita que surge en un recodo del camino cebrina piel de luz y sombra; casas de labor solapadas entre los olmos en el fondo de un collado, mudas y silenciosas en las horas del bochorno; silencio-

sas las grandes y aljofifadas piezas de albas paredes colgadas de patinosos cuadros, los graneros de capaces alhorines, las húmedas bodegas, la cocina de ancha campana, por donde baja la luz y hace sobre las losas del hogar un blanco resplandor; noches, en fin, de callado y profundo recogimiento, en que se siente el fatigoso anhelo del misterio y parpadean en lo alto las *eternas luminarias* y canta la menuda fauna en coro inmenso, mientras en lejano caserío un perro aulla con ladrido largo y plañidero, y de los últimos confines de la campiña llega y retumba en todo el valle el formidable y sordo rumor de un tren que pasa...

Solapada entre los árboles está la famosa venta del Santo Cristo del Coloquio, pasado el puerto del Guadarrama y en los términos de la villa del Espinar, conforme vamos a Valladolid.

Es la venta un grande y destartalado caserón; tiene delante un desmesurado patio, con sus cuadras de terrero tejadillo, su abovedado algibe, sus rezumantes pilas; destácase en el fondo la anchurosa portalada de la vivienda.

Ardiente sol de Agosto reverbera en las paredes y caldea las techumbres. A lo lejos, por el tortuoso camino, divísase un coche de camino que avanza lentamente al paso tardo de las mulas. El coche llega; para en la puerta; apéase de él un capitán, un doctor con su criado, un oidor, un estudiante, una viuda tocada de negro, chaperonada de ancho sombrero con barbuquejo de seda... Y toda la población de la venta se ha puesto en movimiento. Sale el mesonero, gordo, grasiento, entreverado de zaino, bravo oficial en hurtar; sale la ventera, desgreñada vieja, boquisumida y acartonada; salen sus dos pimpollos, gloria de Castilla, morena la una, larga de pestaña y colorados los labios; blanca y rubia la otra, de las paradas y zazositas, más gustosas en las obras que en las palabras. Los escuderos y mozos descargan las maletas; toman posesión de sus cuartos; disponen la comida.

En la venta hay poca cosa, con ser de las más calificadas. Y aunque esté bien provista de vianda, siempre los venteros han de decir que no tienen, para encarecer el servicio. Oficio es este en que descansadamente puede

un hombre ahorrar a poco que entienda de ciertas tretas y artimañas. Ha de saber adobar la cebada con agua caliente, de modo que crezca un tercio; medir falso; raer con la mano; hincar el pulpejo. La cédula de la postura pública ha de estar colocada en alto, y no haya junto a ella silla, banco o escabel. El arca de la cebada está en un aposento obscuro, de modo que pueda mermarse sobre seguro en la medida. Por tres *us* decía un mesonero de Arévalo que se enriquecían los del oficio; por *velas*, por *barato* y por *barajas*. Brava mina es el juego; no es peor lo que toca a la comida. Den gato por liebre, pato por pavo, gallo por capón, grajo por palomino, carpa por lancurdia, lancurdia por trucha. Lo que empanaren, empánenlo holgadamente, y así parecerá más grande. Si mandare un huésped por vino, diga alto la moza mostrando un enorme jarro: *Señor: ¿cuánto quiere usted que le traigan de vino?;* porque los huéspedes, por, vergüenza de ver grande pichel, tanto como por no ser notados de mezquinos, envían por más del que necesitan. Y mozuelos de posada hay tan listos, que, enviándoles por ocho de vino, sisan doce; y es el misterio que venden

el jarro en un cuarto y dicen luego que se les ha quebrado y derramado el vino.

Mozas lindas en mesón es dinero seguro en arca; por ellas viene la abundancia a casa; por sus artes se enriquece el mesonero. Tengan con los huéspedes muchas palabras y promesas y no den cabo a ninguna. Si mientras comen alaban el guisado, diga como inocente y vergonzosa: *En verdad que compré por amor de sus mercedes un ochavo de especias y un maravedí de vinagre y ajos para que la cazuela sabiese bien a sus mercedes, y dejé en prendas la mi sortija de plata, que no tengo otra.* Cuando al alzar los manteles le dieren algo, diga: *Déjelo ahí, señor galán, en esa mesa, y presto, que me quiero ir a comer, y de camino lo daré a un pobre.* Palabras tan eficaces, que muchos, por no parecer pobretes, dejan el pan entero, el pedazo de queso, tocino, conservas.

Innumerables son los engaños del mesonero. Dispusieron los católicos monarcas, en 1480, que «no pueda ganar más del quinto»; ordenóse que sean tasados los precios de seis en seis meses; mandóse que pongan los aranceles en las puertas y partes públicas para que los vean los caminantes. Empeño inútil. «La

palabra del ventero es una sentencia definitiva—escribe Mateo Alemán—; no hay a quien suplicar, sino a la bolsa; y no aprovechan bravatas, que son los más cuadrilleros, y (por un antojo) siguen a un hombre callando hasta poblado, y allí le probarán que quiso poner fuego a la venta, y les dió de palos, o le forzó la mujer o hija, sólo por hacer mal y vengarse.»

Se acerca el medio día; tintinea el almirez y chirrían las sartenes. El sol cae a plomo; cantan las cigarras en los vecinos árboles. En la venta entran y salen viandantes; los arrieros comen haciendo mesa de la albarda; retoza el estudiante con una de las mozuelas; habla el capitán de *la toma de la Goleta;* platican gravemente el médico y el oidor.

Para un coche a la puerta; apéase un familiar del Santo Oficio. Es un caballero de noble porte: alargada la cara, morena la tez, el mostacho escaso. Camina apoyado en un paje; impídele casi ver cruelísima enfermedad de los ojos. Al verlo, levántanse los presentes y quítanse respetuosamente el sombrero. *¡Déme mi señor don Luis los brazos!* exclama el mé-

dico. *¿No me conoce vuestra merced?* Salúdanse; hablan; piden al recién llegado noticias de la corte.

—Una y notable ocurre—dice el noble inquisidor—. Anteanoche mataron al conde de Villamediana.

Escandalízanse los presentes; le instan a que cuente menudamente el suceso; y el caballero habla:

—Fué a prima noche, viniendo de Palacio en su coche con el señor don Luis de Haro, hijo mayor del marqués del Carpio; y en la calle Mayor salió de los portales que están a la acera de San Ginés un hombre que se arrimó al lado izquierdo que llevaba el conde, y con arma terrible de cuchilla, según la herida, le pasó del costado izquierdo al molledo del brazo derecho, dejando tal vateria, que aún en un toro diera horror. El conde, al punto, sin abrir el estribo se echó por cima de él, y puso mano a la espada, mas viendo que no podía gobernarla, dijo: *Esto es hecho; confesión, señores;* y calló. Llegó a este punto un clérigo que lo absolvió porque dió señas dos o tres veces de contricción, apretando la mano del clérigo que le pedía estas señas, y

llevándole a su casa antes de que espirara, hubo lugar de dalle la unción y absolverlo otra vez por las señas que dió de bajar la cabeza dos veces.

Suspiró el anciano y luego añadió:

—Anteanoche mismo lo enterraron en un ataúd de ahorcados, que trajeron de San Ginés. ¡Miren vuestras mercedes en qué vienen a parar las pompas y vanidades de la vida!

—Vuestra merced—dice el doctor—habrá recibido una grande pesadumbre.

—Yo estoy—contesta el familiar—ya desengañado del mundo. Todos son dolores; en dando lugar el despacho del hábito, volveré a Córdoba, donde aguardaré sosegado que Dios disponga de mi ánima.

La comida está a punto; puestas las mesas con blancos manteles. Y mientras los señores van yantando ricas perdices, conejos mechados, empanadas inglesas de venado, gordales aceitunas, dorado y albo pan, entonan las cigarras su incesante himno a la siesta...

En el *Lazarillo,* de Luna, llega a Madrid un carro de Alcalá de Henares. «Saltaron a tie-

rra—dice Lázaro—los que venían dentro, que todos eran putas, estudiantes y frailes».

Nobilísima facultad es esta de las cotorreras. La Historia ha conservado preciosos documentos. Clásicas son las saturnales que anualmente celebran en las riberas del manso Tormes; en Valencia, dice Timoneda en su traducción de *Los Menemnos* de Plauto, (acto único, escena V.), que las había *magnum quantitatem;* y lo confirma Giovanni Botero al estampar en sus *Relationi universali* que «no hay ciudad en Europa donde sean más estimadas las mujeres de mal vivir». En León las había extremadas frente al *Rollo;* lo certifica todo un reverendo Padre: Fray Andrés Pérez. «Enfrente de él—dice en *La Pícara Justina*—estaban unas mezquitas pequeñas, o casas de calabacero, donde estaban asomadas unas mujercitas relamiditas, alegritas y raiditas como pichones en saetera». Otro religioso, teólogo respetable afirma—y esta es justa doctrina—que no incurren en pecado los que sirvieren a las cantoneras. Decimos esto, por citar el pasaje, que es curioso. «Pueden las mozas y mozos servir a las mujeres cantoneras y malas—escribe Rodríguez Lusitano en su *Summa*

de casos de consciencia—«abriend ola puerta a sus galanes cuando ellos vienen a pecar con ellas; y cuando ellas van a casa de ellos a pecar, bien las pueden acompañar. También les pueden hacer la cama, donde saben que han de pecar; y llevar cartas a los galanes, en las cuales saben que les ruegan que vengan a verlas, sabiendo que viniendo han de pecar con ellas, y puédenlas también llevar recaudos, diciéndoles: *Mi señora os espera para que cenéis esta noche con ella;* sabiendo que acabando de cenar harán lo que suelen.»

Nobilísima institución. ¿Cómo pudiera sustentarse sin ella tanto número de bravos? Rufián, según las crónicas, vale tanto como amparador de damas que si no honra, dan provecho. Acontece venir un honrado hidalgo a pobreza; o hallarse un ingenio en apretado trance; o verse desnudo de protección un valeroso soldado; y entonces encuéntrase en la casa llana lo que la injusticia de los hombres negó al valor a la doctrina. Discuten los teólogos si el voto de no casarse hecho por mujer mala, de miedo a su rufián, es válido; y dáse con esto a entender que los tales caballeros no eran muy amorosos con sus damas. Cues-

tión delicada es esta, que a falta de mayores luces dejaremos quieta por ahora...

No siempre se encuentra una dama compasiva, y entonces el honrado hidalgo arrójase con harta pesadumbre a posesionarse de lo ajeno. En *La romera de Santiago*, de Velez de Guevara, roban unos cuantos caballeros en pleno campo y dice uno de los personajes:

> estos son algunos hombres
> de obligaciones, que pasan
> necesidad, y procuran
> de esta suerte remediarla
> saliéndose a los caminos.

Otras veces suple el ingenio la fuerza de las espadas. El hidalgo, de acuerdo con alguna noble anciana, mete en una bolsa tres doblones de oro, cincuenta reales en plata, un dedal y cuatro sortijas; carga con estos apatuscos y se va derecho a la celda de un famoso predicador. «Padre mío—le dice—yo soy un pobre forastero muy necesitado. Vine a esta ciudad con ánimo de acomodarme. Salí esta mañana y me hallé aquesta bolsa en medio de la calle; quise ver qué tenía dentro, y cuando sentí ser dineros la torné a cerrar. ¡No

permita el Señor que bienes ajenos me saquen de trabajos corporales!» Maravíllase del caso el sencillo religioso; publícalo en el próximo sermón; viene la vieja a reclamar la bolsa como suya, y llueve un diluvio de limosnas sobre el escrupuloso encontrador.

Con las cuales limosnas, el honrado hidalgo aderézase lindamente y presume salir por siempre de su estrechez. Se casa. Una hermosa cara es fecundo juro. Hállase siempre puesta la mesa a medio día; hállase a la noche prevenida la cena. El resto del día pásalo el caballero en el juego de trucos o en honestos e higiénicos paseos. Y cuando vuelve a casa, mira si la celosía está corrida, o si hay en la ventana jarro o chapín, que es la seña convenida de que hay huéspedes en la posada.

Muchos hombres se pasean por Madrid—dice Guzmán de Alfarache—que no comen de otro trato ni tienen otra hacienda; de tal modo, que «sin darse por entendidos de palabra, sabían ya lo que había cada uno de poner por obra. Y estos tales eran respetados de sus mujeres y de las visitas, a diferencia de otros que, sin máscaras ni rodeo, pasaban por ello, y aún los solicitaban, llamando y trayendo

consigo a los convidados, comiendo en una mesa y durmiendo en una cama juntos. Yo conocí uno, que, porque un galán de su mujer se amancebó con otra, se fué a él, y diciéndole que por qué faltas que le hubiese hallado había dejádola, le dió dos puñaladas, aunque no murió de ellas. Estos tales van al bodegón por la comida, por el vino a la taberna y a la plaza con la espuerta». Pero «los más honrados—añade el buen Guzmán—dejan la casa libre y no se meten en bullas». «No hiciera yo por ningún caso lo que algunos, que, cuando en presencia de sus mujeres alaban otros algunas buenas prendas de damas cortesanas, les hacían ellos que descubriesen allí las suyas, loándoselas por mejores.»

Azares tiene la vida de que no se puede librar ningún mortal. ¿Quién dirá que una u otra noche no ha de dar una cuchillada, o cometer cualquier otro notable disparate? Pues acontécele tal lance a este honrado hidalgo que vivía en paz en su casa comiendo con el dulce trabajo de su esposa...

Viene la justicia; métenlo en la cárcel; dánle tormento; confiesa de plano. En la cárcel,

como en una justa, puede manifestar un caballero su valor y buenas partes. Hácese valentón; cobra los derechos de los presos nuevos; presta sobre prendas a cuarto diario por real; estafa a los que entran; dáles culebras, pesadillas y libramientos. *Curare etiam debet custos carceris*—dice Suárez de Paz en su *Praxis eclesiastica et sæcularis—ne alimenta et reliqua necessaria deficiant incarceratis, nec permittere debet, quo aliqua molestia, vel injuria eis irrogetur.* Contéstenle al docto varón Quevedo, Espinel, Mateo Alemán...

El juez dicta la sentencia. Condenan a unos a galeras; mandan ahorcar a otros.

Si los ahorcan, procuran conservar hasta lo último, como buenos caballeros, su arrogancia y gallardía. «Hubo en mi tiempo un rufián—cuenta Guzmanillo—que teniéndole sentenciado a muerte y puesto en la enfermería para sacarlo el día siguiente a justiciar, viendo jugar en tercio a los que le guardaban, se levantó del banco y se fué para ellos, como pudo, con sus dos pares de grillos y una cadena, y preguntándole donde iba, dijo: *Acá me vengo a pasar el tiempo un rato.* Las guardas le dijeron que se ocupase rezando y en-

comendándose a Dios, y respondioles. *Ya tengo rezado cuanto sé, y no tengo más que hacer; barajen y echen por todos, tráigase vino con que se ahogue esta pesadumbre.* Dijéronle ser muy tarde, que ya estaba cerrada la taberna, y dijo: *Díganle a ese hombre que es para mí; basta, no digan más, y juguemos, que juro a Cristo que no entiendo en lo que ha de parar este negocio.*»

Si los echan a galeras, salen una mañanica en muy gentil cadena amarrados de dos en dos, camino de Sevilla o Cartagena, lacias las brabuconas caras, caídos los sombreros sobre los ojos, penitentes a la fuerza y arrepentidos forzosos. En Sevilla los recogen los esclavos moros con sus lanzones; llévanlos a las galeras; repártenlos en los bancos; pasa el barbero; les rapa las barbas y la cabeza y puesto el remo en las pecadoras manos, vuela rápida la galera por los anchurosos mares. Las horas de ocio, en los puertos, mientras las naves se proveen a remiendos, o el mar anda soliviantado, pásanlas los pobretes entretenidos en algunas curiosas niñerías, tales como labrar botones de seda o de cerdas de caballo, pulidos palillos de dientes, medias de punto y aprestos para fulleros, quiero decir, dados con

pintas y señales apropiadas a esta honrosa facultad. Ventiséis onzas diarias de bizcocho empedernido y ración de infame potaje es su alimento; remar continuamente es su faena. Y si por acaso el infeliz se insubordina o murmura, veréis cómo viene el alguacil con su escandallo y a vista del comitre, que es el amo, como el capitán es el amo del comitre, le endilga cincuenta palos, ya en la espalda, o ya, caso feroz, en la barriga; y si el delito es mayor, se dará por bien librado si no lo ahorcan de una entena o lo despedazan entre cuatro galeras.

Pero suele acontecer que llega gracia del rey para que sean remitidos de la pena tantos o cuantos galeotes y entonces perdonan a los más humildes y mansos y los ponen quitos del banco en la tierra.

¿Qué hará en este trance el desdichado galeote, olvidado de sus deudos, huído de sus amigos, abominado de todas las criaturas? Ancha es Castilla; menos amparo tienen los pajaricos del campo y viven y cantan. El desdichado galeote se gradúa de poltrón; pónese un coleto de cordobán viejo, un jubonazo de estopa, gabán largo y remendado; aprende a

pedir con voces dolorldas y conmovedores lamentos. «Dadle, buen cristiano, siervo del Señor, al pobre lisiado y llagado, que me veo y me deseo», clama unas veces. «Fieles cristianos y devotos del Señor», grita otras, «por tan alta Princesa como la Reina de los Angeles, madre de Dios, dadle limosna al pobre tullido y lastimado de la mano del Señor»; y parando un poco—cosa de gran importancia según los entendidos—añade: «Un aire corruto en hora menguada, trabajando en una viña, me trabó mis miembros, que me ví sano y bueno, como se ven y se vean: loado sea Dios».

Sabe y recita numerosas oraciones para toda suerte de males y contingencias: la acreditada del Justo Juez, la de San Gregorio, la del *apartamiento del cuerpo y el alma;* las sabe para mujeres parturientas, para las que no paren, para las mal casadas; sabe de raíces salutíferas y remedios misteriosos y hasta se alarga a procurar bebedizos para bien lograr amores, o tal vez proporciona la famosa yerba que abre las cerraduras, *herba pici*—dice el padre Victoria en su tratado *De arte mágica*—*Hispané,* el pico, *seras etiam ferreas aperit.*

Su continente es tranquilo y humildoso; gran rosario entero de quince dieces al cuello; sonora y reposada el habla. Y en resolución, tal es su arte, que coge sin fatigas ni malandanzas abundantísima pecunia.

¿He dicho arte? Arte es en efecto el de la poltronería. Es preciso saber los puntos que ha de subir la voz para pedir; a qué horas hay que pedir; cómo se ha de besar y guardar el pan de la limosna; en qué casas hay que entrar hasta la cama y en qué otras no pasar de la puerta. Hay que saber fingir lepra, hacer llagas, hinchar una pierna, teñir el color del rostro, alterar todo el cuerpo; hay que llevar la cuenta de las funciones religiosas para ocupar el primero el puesto del agua bendita o la capilla de la estación. Si se atisba a lo lejos un caballero, es toque eficacísimo pedirle de muchos pasos atrás para que tenga espacio de aperdigar la limosna, porque suele suceder no darla muchos por no detenerse. En llamando a una puerta dos veces, huelga llamar más, pues no están o no quieren estar. No se abra puerta cerrada, porque acontece salir un perro que se llevará media nalga de un bocado. Cuando pida, no se ría ni mude de tono; pro-

cure hacer la voz quejumbrosa y de enfermo, aunque rebose salud. Responda con humildad a las malas palabras; diga con devoción dónde le dieron limosna: «Loado sea Dios; él se lo dé a vuesas mercedes con mucha salud, paz y contento de esta casa, para que lo den a los pobres.»

Sea afable, sea agradecido, sea lisonjero...

Y un día, en un pajar de tal venta de Sierra Morena o mesón de la Mancha, entrega su alma a Dios el buen ex galeote...

Fuentes:

FRANCISCO LÓPEZ DE UBEDA (o sea FRAY ANDRÉ PÉREZ). *La Pícara Justina.*

GÓNGORA. *Cartas y poesías inéditas.* (Granada, 1892.)

LUNA. Obra citada.

MANUEL RODRÍGUEZ LUSITANO. *Summa de casos de consciencia.* (Salamanca, 1569.)

MATEO ALEMÁN. *El pícaro Guzmán de Alfarache.*

QUEVEDO. *El buscón don Pablos.*

FRANCISCO VICTORIA. *De arte mágico,* en *Relectiones theológicae.* (Lyon, 1586.)

VII

La Inquisición

Luis de Páramo, Llorente, Puigblanch, Adolfo de Castro en su *Historia de los judíos en España*, han contado, detalle por detalle, el origen y vicicisitudes del Santo Oficio. ¿Quién no los conoce?

Se crea en 1478 y lo crean los Reyes Católicos a instancia de los frailes dominicos de Sevilla. El Expurgo comienza en este arzobispado; en 1481 los sanitarios de la Fe bajan a la hermosa ciudad andaluza. El espanto se apodera de sus moradores; la naturaleza misma se estremece: desbórdase el Guadalquivir y arrasa aldeas y lugares de la vega; propágase asoladora peste y fenecen quince mil personas...

El quemadero es construído en Tablada; seis personas son reducidas a pavesas. Las gentes huyen aterrorizadas de Sevilla; los inquisidores ponen pena de muerte al que huya. El tribunal ha inaugurado sus tareas...

Más tarde, Felipe II reorganiza el Santo Oficio. Dispone que ejerzan cincuenta familiares en Sevilla, Toledo, Granada; cuarenta en Valladolid, Cuenca, Córdoba; veinticinco en Llerena y Calahorra; diez en los pueblos de 3.000 vecinos; seis en los de 1.000; dos en los de 500. Se crea un inquisidor general y un Consejo en Madrid; tribunales locales en provincias.

La leña santa crepita; las víctimas, entre el humazo, aullan amarradas al poste: el terror cunde por toda España. En las negras mazmorras se trituran y desgarran las carnes; se distienden los músculos; se dislocan los miembros; crujen los huesos; chirrían la carruchas; borbolla el agua hirviente; retumban los martillazos; carlean de fatiga los verdugos... No bastan los tormentos conocidos; invéntanse otros nuevos y refinados; impórtanse del extranjero los últimos adelantos. Existe un tormento español llamado *del sueño;* pero existe

una variante italiana, y esa variante, dice Suárez de Paz en su *Fraxis eclesiástica et sæcularis,* «es muy mejor y por muy mejor estilo que el español».

Suárez de Paz la describe:

«Tiene hecha la Justicia cierto ingenio a manera de reloj de arena, de estatura de un hombre poco más, que tiene nueve o diez vergicas, todo redondo, y por todo él sembrados muchos clavos, las puntas para dentro, del largo de un geme, y las puntas muy agudas; y al que han de atormentar le desnudan en carnes, salvo unos paños menores, y le meten dentro del dicho tormento, el cual es tan angosto, que no cabe más de solo el atormentado, y viene tan justo con las puntas de los clavos, que tocan con las carnes algún tanto, y tiene atadas las manos atrás; y son tantos los clavos que el artificio tiene, que puede haber de uno a otro cuatro a cinco dedos; y de esta manera le tienen metido allí el tiempo que al juez le parece; y como está en pie, que no se puede sentar ni arrimar de una parte a otra sin meterse los clavos en el cuerpo, el juez le está preguntando de rato en rato si quiere decir verdad, y en ninguna manera no

puede dormir; sino antes da voces y gritos, porque es tormento bravo y muy cruel.»

Declarados los crímenes, azotan a los reos públicamente, los destierran, los queman. En las plazas públicas la hoguera arde. En 1691 quemaron tres personas en Mallorca; un testigo presencial, citado por Castro, da cuenta del espectáculo. Eran las víctimas dos hombres y una mujer. «Al ver estos de cerca la llama comenzaron a mostrar furor forcejeando a toda rabia por desprenderse de la argolla, lo que al fin consiguió el Terongí, aunque ya sin poderse tener, y cayó de lado sobre el fuego. La Catalina al lamerla las llamas, gritó repetidas veces que la sacaran de allí, aunque siempre pertinaz en no invocar a Jesús. Valls al llegarle la llama se defendió, se cubrió y forcejó como pudo hasta que no pudo más. Estaba gordo, y encendióse en lo interior, de manera que, aun cuando no llegaban las llamas, ardían sus carnes como un tizón, y, rebentando por medio, se le cayeron las entrañas.»

Otras veces el espectáculo es menos repugnante, más artístico.

...Un día el rey—Carlos II, si os place—se levanta con deseos de contemplar una piadosa quemazón. El rey comunica su inefable ansia al Excmo. Sr. D. Diego Sarmiento de Valladares, obispo de Oviedo y de Plasencia, presidente del Consejo de Castilla, inquisidor general de la monarquía católica. El señor Sarmiento besa la mano al rey por tanto honor; besa la mano a la reina consorte; besa la mano a la reina madre.

El señor Sarmiento nombra del seno del Consejo de la Inquisición las inevitables comisiones: comisión para la construcción del «teatro» en que se ha de celebrar la fiesta; comisión de los estandartes y las arquillas de las sentencias; comisión de los familiares que han de acompañar al Consejo, y del dosel, sillas y bufetes; comisión de la publicación del auto, colgaduras, adornos y asientos del teatro, procesión de las cruces blanca y verde, nombramiento de los ministros para el gobierno de las procesiones, repartimiento de bastones y velas, guarda del teatro y dirección de la soldadesca, cuestiones de precedencia; comisión que determine lo que toca hacer a las congregaciones de San Pedro Mártir; comisión

para ayudar al despacho de las causas y disponer los alojamientos y vestuario de los reos, hábitos penitenciales y estatuas, velas y varillas para la absolución; comisión del ritual para las abjuraciones de los reos y fórmula del juramento de S. M.; comisión, en fin, del refresco para ministros y servidores.

El señor Sarmiento, ayudado del secretario del Consejo, trabaja incansablemente, infatigablemente; invita al marqués de Malpica, para que, «según estilo y blasón de su casa», vaya acompañando al tribunal el día del auto; despacha órdenes a distintos tribunales, a fin de que remitan los reos a la corte; manda venir a la fiesta a los inquisidores de Toledo, Valencia, Valladolid, Avila, Segovia...

Preparado todo, dispónese la publicación del auto. El día de la Ascensión, a las tres de la tarde, se coloca solemnemente en el balcón principal del Inquisidor general el rico estandarte del Santo Oficio. La fachada está lujosamente vestida con soberbias colgaduras de damasco carmesí; suenan clarines en los balcones inmediatos; redoblan timbales en la calle. Van llegando poco a poco los invitados. A las cinco sale la cabalgata. Marchan delante

el alguacil mayor y un familiar con las varas levantadas; rodean el estandarte ministros a caballo, notarios, comisarios, secretarios de Corte, regidores, recetores, contadores de resultas, secretarios de S. M., ilustres caballeros... La comitiva detiénese un momento en la plazuela de Doña María de Aragón. Inmensa muchedumbre llena la plaza, se apiña en los portales, se extiende por las calles inmediatas; y en el centro, cercada por el marco parduzco de las plebeyas ropas, destácase, fuerte y poderosa, la severa mancha del cortejo. Ondulan los airones de los sombreros; refulgen sobre el negro terciopelo de las ropillas las gruesas cadenas de oro; brillan las veneras de diamantes. El concurso enmudece; el pregonero clama:

Sepan todos los vecinos y moradores de esta villa de Madrid, corte de S. M., estantes y habitantes en ella, como el Santo Oficio de la Inquisición de la ciudad y reino de Toledo celebra auto público de fe, en la Plaza Mayor de esta corte, el domingo treinta de Junio de este presente año, y que se les conceden las gracias e indulgencias por los Sumos Pontífices dadas a todos los que acompañaren y ayudaren a dicho

auto. Mándase publicar, para que venga a noticia de todos.

La multitud grita fervorosamente: *¡Viva la fe de Cristo!*, y la comitiva se pone en marcha. Pasa por delante de Palacio, donde los reyes, detrás de las vidrieras, contemplan el espectáculo; y dáse en este lugar el segundo pregón. Pasa por delante de la residencia de la reina madre, en la plazuela de Santa María, y se clama el tercer pregón. Recorre luego una larga vuelta; llega a Antón Martín por la calle Mayor, Puerta del Sol, Carrera de San Jerónimo, Cuatro Calles, Príncipe, Prado, León; vuelve a casa del inquisidor general por Atocha, Santa Cruz, Plaza Mayor, Amargura, Bordadores, San Ginés, Descalzas, Angeles, Santo Domingo, Ancha, Convento del Rosario y Casas del Almirante. Torna a reposar el estandarte; márchanse a descansar los caballeros.

El día 28, antevíspera del auto, una compañía de 250 soldados llégase hasta la Puerta de Alcalá. El alcalde había prevenido allí gran cantidad de haces de leña. Toma un haz el capitán y lo coloca en la rodela; toma cada soldado un haz y lo pone en la pica. Luego

marchan a Palacio. El capitán entrega su gavilla al duque de Pastrana; el duque de Pastrana se lo entrega al rey; el rey, «por su propia mano», se lo entrega a su esposa. Después torna el haz a manos del duque, y el duque se lo entrega al capitán, diciéndole cómo le ha encargado S. M. «que lo llevase en su nombre y fuese el primero que se echase en el fuego». Cumple el regio encargo el capitán, y el haz es depositado en el «brasero».

Al día siguiente se celebra la famosa procesión de las cruces verde y blanca. Sale de la Iglesia del Colegio de doña María de Aragón. Van delante familiares con sus bastones de ébano y plata; vienen después soldados, niños de la doctrina, el estandarte, llevado por el duque de Medinaceli, el rico estandarte con encajes y grandes borlones de plata, bordada la cruz verde en campo negro, a la derecha el ramo de oliva, a la izquierda la espada, armas y blasón del temido tribunal... Pasan inquisidores, notarios, grandes de España, frailes de todas las Ordenes; capuchinos, recoletos, mercenarios, agustinos, trinitarios, carmelitas, franciscanos, dominicos; un turbión enorme

de clérigos, con sus pintorescas estameñas pardas, blancas, negras, que rodea las cruces y avanza, mientras la arcabucería hace salvas, cantando el *Miserere,* seguido de gentiles caballeros, escoltado por cincuenta alabarderos vestidos de raso negro con cabos de plata, plumas blancas y negras en los sombreros, lucientes alabardas en las manos; avanza lentamente por las calles de la corte, entre los resplandores últimos del sol que muere y los resplandores inciertos de los hachones, hasta depositar la verde cruz en el teatro del auto, la cruz blanca en el brasero de la quema.

El momento ha llegado. La sentencia va a ser leída a los reos. A las diez de esta misma noche, grave inquisidor y adyacente secretario se personan en la morada de los reos y léenles el siguiente confortativo documento:

Hermanos, vuestra causa se ha visto y comunicado con personas muy doctas y de grandes letras y ciencia, y vuestros delitos son tan graves y de tan mala calidad, que para castigo y ejemplo de ellos se ha hallado y juzgado que mañana habéis de morir. Prevenios y apercibios; y para que lo podáis hacer como conviene, quedan ahí dos religiosos.

Leído lo cual, y habiéndoles «explicado» *(sic)* a cada uno dichas palabras, se retiran majestuosamente los señores y comienzan los clérigos sus tareas.

A las tres de la madrugada principia el fúnebre habillamiento. Pónenles a unos corozas y capotillos de llamas; a otros hopalandas con dragones. Dánles a todos de almorzar a las cinco. Ciento veinte reos han de ser justiciados; veintiuno *solamente* reducidos a pavesas. A las siete, la herética comitiva abandona la cárcel.

Y llegados a este punto, preciso es relatar la más portentosa hazaña, el más estupendo ejemplo que vieron pasados tiempos ni esperan ver los venideros. Aconteció que, como hiciese falta un cerrajero para franquear las prisiones, fué el propio Excmo. Sr. D. Gregorio de Silva, él, personalmente, a buscar un profesor de este arte... «La gloria de esta acción—escribe el benemérito y sesudísimo cronista—la gloria de esta acción es justo que quede en la memoria para admiración de los siglos, y que se pondere en todos tiempos que el Excmo. Sr. D. Gregorio de Silva Sandoval y Mendoza de la Cerda de la Vega y

Luna, conde de Saldaña, heredero del Infantado, duque de Pastrana, príncipe de Mélito, señor de la villa de Estremera y la Zarza y las de Valdaracete, Albalate y Zurita de los Canes, Escamilla, y de la de Barciense y su heredamiento, y del lugar de Sayatón; de las baronías de la Roca, Anguitola, Franchiza y Caridad, y de la tierra del Pozo, en el reino de Nápoles, provincia de Calabria; ultra-señor de la casa de Silva, alcaide del castillo y fortaleza de Zurita de los Canes, y capitán de las Guardias Viejas de Castilla, comendador mayor de Castilla, Orden y Caballería de Santiago, gentilhombre de la Cámara de S. M. y su montero mayor, duque de Funcavila, marqués de Argecilla y de la Puebla de Almenara y embajador extraordinario al rey cristianísimo; añade a la grandeza de tantos títulos el blasón de heroico familiar del Santo Oficio y dignísimo ministro del más santo tribunal.»

Llegan los reos al teatro. Y, ¿cómo pintar y ponderar el maravilloso aparato de su fábrica? Ciento noventa pies tiene de largo; ciento de ancho. Diecinueve mil pies ocupa en total su planta. Se han hecho amplias gradas, espaciosos corredores, elegantes palcos para la

nobleza y ministros, apartamientos—que hoy llamaríamos *restaurants* — para reponer de cuando en cuando las fuerzas con refrescos y viandas. Grandes toldos resguardan del sol al público; soberbias alfombras ocultan el suelo. Cubren las barandillas rojos damascos, paños morados las cátedras, tapices los bancos del tribunal. Y en el centro, en el altar, cubierta de negros crespones, alumbrada por doce grandes candelabros de plata, levántase amenazadora y terrible la cruz verde...

Llega, montado en gallardo caballo bayo, el obispo-inquisidor; llega con morada muceta y mantelete, chaperonado con sombrero de grandes borlas y cordones... Ya el rey está en su dorado balcón; y el obispo, hecha oración ante la cruz, revestido de los arreos pontificales, seguido de numeroso cortejo que lleva solemnemente soberbia cruz de pórfido guarnecida de oro, se adelanta a tomar a S. M. juramento. Jura el rey; jura el pueblo de Madrid, por boca del alcalde, en largo y patético discurso; y el divino sacrificio de la misa comienza, y tras el divino sacrificio viene el sacrificio humano.

El presidente agita la campanilla; comienza

la lectura de las sentencias; aparecen los reos, la tosca soga de esparto al cuello, las apagadas amarillas velas en las manos. ¡Desdichada gente! Ya es un platero que se juzga posesor del espíritu de un santo; ya un sastre señalador de tesoros; ya un alguacil dos veces matrimoniado (y véase la redundancia del castigo); ya un chusco que confesara sin ser clérigo... Hay también mujeres, y son en su mayoría lozanas. No son muchas las que pasan de los cuarenta; hay niñas de catorce, de quince, de dieciséis, de diecisiete, de dieciocho años...

El fiscal lee las sentencias: van unos a galeras perpetuas, reciben otros azotes, confiscan a casi todos sus bienes.

Las horas pasan, tristes, monótonas, desesperantes; llega el mediodía, llega la tarde, llega la noche. Y entre las sombras, terminada la fiesta, fatigados del aburrimiento de las causas, rendidos de la pesadez de las prácticas religiosas, se retira el rey, se retira el inquisidor, en su litera de felpa morada, rodeado de doce lacayos con blandones, convoyado por tres coches con pajes y capellanes; se retira, piadoso y satisfecho, el pueblo.

Al día siguiente, en el camino de Fuencarral, el brasero arde. Los veintiún reos son edificantemente socarrados. Los hubo que confesaron humildemente sus culpas; los hubo que se negaron a toda rectificación. Los primeros fueron antes ahorcados; los segundos fueron quemados vivos. Y fué tal su entereza, que ellos mismos se arrojaron a las llamas...

Las condiciones sociales cambian; las Cortes de Cádiz discuten la abolición del Santo Oficio. En volumen separado del *Diario* se ha publicado tan memorable debate. Son interesantes el dictamen de la comisión, la concienzuda impugnación de D. Francisco Riesco, los escritos de Ruiz Padrón y Villanueva, los discursos de Argüelles y Mejía.

El 22 de Febrero de 1813 se decreta la abolición. En los tomos XVII y XVIII del *Diario de Cortes* pueden verse las numerosas felicitaciones que el Congreso recibió de toda España, discretas unas, ridículas otras: la de la guarnición de Granada, en que se dice que el Tribunal de la Fe «eclipsa las glorias de las armas españolas»; la de los buenos ciudadanos

de Cádiz, entre los cuales firman Manuel José Quintana, Francisco Martínez de la Rosa y otros de menor vuelo, como Eugenio de Tapia, Sánchez Barbero y Teodoro de la Calle; la del cura de Horcajo, quien confiesa que el decreto de abolición debe esculpirse en letras de oro», y que le causó a él tanto placer, que «para desahogarse recurrió al templo con sus ovejas a dar gracias a Dios por su providencia adorable»; la del obispo de Canarias, en fin, que expresa el «sincero agrado» con que en toda la diócesis han sido recibidas «tan sabias disposiciones».

En 1814 el tribunal es restablecido. Pero en 1820 (9 de Marzo) el pueblo se amotina y saquea las cárceles del Santo Oficio. «¡Ah, si yo fuera capaz de decir algo de lo que mis ojos vieron aquel día, que fué el último de la Inquisición en España!», exclama Salustiano de Olózaga. La muchedumbre invade los subterráneos; hace saltar en astillas los aparatos del tormento; rompe las puertas de los calabozos; pasea triunfalmente por frente de Palacio los presos...

La Inquisición ha terminado.

Fuentes:

ADOLFO DE CASTRO. *Historia de los judíos en España.* (Cádiz, 1847.)

Novísima recopilación.

GONZALO SUÁREZ DE PAZ. *Praxis ecclesiastica et sæcularis.* (Madrid, 1790.) (La primera edición es de 1583.)

JOSÉ DEL OLMO. *Relación histórica del auto general de fe que se celebró en Madrid este año de 1680.* (Madrid, 1680.)

Discusión del proyecto de decreto sobre el tribunal de la Inquisición. (Cádiz, 1813.)

Diario de las discusiones y actas de las Cortes; tomos XVII y XVIII. (Cádiz, 1813.)

SALUSTIANO DE OLÓZAGA. *Recuerdos de la historia política del presente siglo,* en el *Almanaque de* Las Novedades *para 1860.*

VIII

El teatro

Después de comer, ¿dónde mejor ha de ir el hidalgo que al teatro? La función principia a las dos. Echan una comedia en tres jornadas; en los entreactos, un sainete; al final, un baile. Es la comedia de Lope o de Montalbán, de Moreto o de Calderón. Es el baile una frenética zarabanda o una arriscada chacona. Titúlase la comedia *La bella mal maridada* o *el Mariscal de Birón; El postrer duelo de España* o *El desdén con el desdén.* Titúlase el bailecete *Déjome deseo que me bamboleo,* o *Carricoche quiero; La boticaria mía* o *Guarda el palilo, Minguillo.* Grandes aplausos alcanzan los versos del maestro Lope de Vega; «moverán a un

muerto», según piadosos autores, los meneos de la danzante.

El teatro está lleno: es un gran corral entoldado. Las ventanas de las casas medianeras son los palcos; al pie de las paredes, las gradas; delante, el patio, donde la gente bullanguera presencia de pie el espectáculo; en el fondo, el escenario, desprovisto de telón.

La orquesta toca en las mismas tablas del escenario. La representación comienza; salen reyes, príncipes, valerosos capitanes, nobles caballeros, princesas, damas enamoradas, pastores, graciosos, estudiantes. De una isla desierta salta la fábula a un palacio, de un palacio a un monte, de un monte a una calle, de una calle a una playa. Un gallardísimo caballero, erguida la figura, vehemente el habla, declama ahora:

Ese ejército que vés,
vago al cielo y al calor,
la república mejor
y más política es
del mundo, a que nadie espere,
que ser preferido pueda,

por la nobleza que hereda,
sino por la que él adquiere.
Porque aquí a la sangre excede
el lugar que uno se hace,
y sin mirar cómo nace,
se mira cómo procede;
aquí la necesidad
no es infamia, y si es honrado,
pobre y desnudo un soldado,
tiene mayor calidad
que el más galán y lucido;
porque aquí, a lo que sospecho,
no adorna el vestido al pecho,
que al pecho adorna el vestido;
y así, de modestia llenos,
a los más viejos verás
tratando de serlo más
y de parecerlo menos;
aquí la más principal
hazaña es obedecer,
y el modo como ha de ser,
es ni pedir ni rehusar;
aquí, en fin, la cortesía,
el buen trato, la verdad,
la fineza, la lealtad,
el honor, la bizarría,
el crédito, la opinión,
la constancia, la paciencia,
la humildad y la obediencia,
fama, honor y vida son

caudal de pobres soldados,
que en buena o mala fortuna,
la milicia no es más que una
religión de hombres honrados.

Y el buen pueblo de soldados vencedores en cien batallas, entusiasmado, delirante, frenético, aplaude.

Otro galán habla:

Mira cómo el breve nácar
de su boca, al viento manso,
cuanto en alientos le bebe,
respira en ámbares castos.

Y contesta el gracioso:

Eso llamo yo roncar,
aunque mejor explicado.

Y el público ríe; y entre aplausos y risas continúa la comedia y llega el baile.

Mas no siempre la mosquetería está de buenas; no todos son triunfos para el poeta y los cómicos. Murmura el público a veces de la pobreza de los conceptos; de la ñoñez de un actor; de la fealdad de una actriz. Los mosque-

teros vocean; las llaves silban; llueven verduras sobre la escena; andan azoradas de un lado para otro las justicias. Otras veces, malas artes de rivales o despechados hacen que fracase la obra. «La comedia—escribe Góngora en una de sus cartas—digo, *El Antecristo*, de don Juan de Alarcón, se estrenó el miércoles pasado; echáronselo a perder aquel día con cierta redomilla que enterraron en medio el patio, de olor tan infernal, que desmayó a muchos de los que no pudieron salir tan aprisa. Don Miguel de Cárdenas hizo diligencias, y a voces envió un recado al vicario, para que prendiese a Lope de Vega y a Mira de Mescua»...

Los estrenos se suceden rápidamente; Lope, Montalbán, Tirso, Alarcón, acaparan el cartel y dan abasto a las más famosas compañías. ¡Pobres poetas jóvenes! «Era este autor—dice Castillo Solórzano, hablando de un director en su *Garduña de Sevilla*—era este autor diferente que otros, que en llegándoles cualquier poeta a dar una comedia, *huyen del tal (si no es de los clásicos) y aun no quieren oirla*, como si Dios, que dió ingenios a aquellos que están acreditados con ellos, limitara su poder y no

le diera a otros muchos con mucha más claridad.»

Errantes de pueblo en pueblo, de lugar en lugar, van los cómicos, unos en copiosas compañías, otros en número de dos, de tres, de cuatro. *El viaje entretenido,* de Agustín de Rojas, es la historia más pintoresca de estas peregrinaciones artísticas. Ríos y Solano—dos de los amigos de Rojas—recorren España entera representando farsas en ventas y mesones; Solano, «en cuerpo y sin ropilla (que la había dejado empeñada en una venta)»; Ríos, «en piernas y sin camisa, con un sombrero grande de paja, con mucha ventanería, y vuelta la copa a la falda; unos calzones sucios de lienzo y un coletillo muy roto y acuchillado». Caminan descalzos, «no por lodos, sino por no tener zapatos»; ayudan a cargar a los arrieros; dan agua a los mulos; se alimentan de los hongos que cogen por el camino; pasan acaso «más de cuatro días con nabos».

Pero viven la vida intensa del arte y de la naturaleza, ocúrrenles extraordinarias aventuras, gozan de la voluptuosidad de los grandes azares, se mueven, se agitan, respiran en ple-

no campo, tratan a cada momento gentes nuevas, reposan en pueblos extraños; conocen, en fin, todas las formas del sufrimiento y del placer. «Yo—dice Rojas—fuí cuatro años estudiante, fuí paje, fuí soldado, fuí pícaro, estuve cautivo, tiré la jabega, anduve al remo, fuí mercader, fuí caballero, fuí escribiente y vine a ser representante»...

En las compañías numerosas, la vida es más alegre. Van en ellas mujeres del partido, delincuentes fugitivos, frailes y clérigos apóstatas, pícaros, estudiantes, soldados, ¡toda la bohemia! Llegan a un pueblo; simpatizan con la gente moza; toléranlos las justicias a cambio de favores de las damas. La comedia se anuncia; en un anchuroso corral todo el pueblo está reunido. No falta el alcalde; no falta tampoco el cura, gran teólogo, amigo de las comedias de santos. Los actores declaman ardientemente; las actrices entusiasman a los mozos...

¿Quién contará los desmanes y averías de estos ínclitos artistas, sus apuros, sus ocurrencias?

Representaba un día Panarra a Sansón en una danza de filisteos—cuenta Jerónimo de

Alcalá—; traía en la mano la quijada con que hería a los danzantes y después de la batalla la alzaba y de una fuente que tenía dentro bebía, no agua, sino vino tinto. Escandalizóse el cura, que estaba presente, meritísimo escriturario, y dijo: «Parece que es herética la danza, porque de la quijada del animal no salió vino, sino agua; que el vino no lo bebió Sansón nunca.» Sonrióse Panarra y mirando al cura respondió: «No se meta en eso, pues sabe poco y no echa de ver la providencia del Señor que da a cada Sansón lo que ha menester: a mí el vino y al otro el agua.»

A otro día los carros en que van los comediantes se alejan del pueblo. A lo largo de los caminos, en las fragosidades de las sierras o en las tristes llanuras manchegas, resuenan las carcajadas y algazara de los sempiternos bohemios...

Fuentes:

SCHACK. *Historia de la literatura y del arte dramático en España.* (Madrid, 1885-87.)

CALDERÓN. *Para vencer amor, querer vencerle.*

GÓNGORA. Obra citada.

CASTILLO SOLÓRZANO. *La garduña de Sevilla.*

ALCALÁ. Obra citada.

AGUSTÍN DE ROJAS. *El viaje entretenido.* (Madrid, 1603.)

IX

Los conventos

Las almas más enérgicas, más grandes, más españolas de los siglos pasados están en los conventos. Lecciones provechosas, fecundas lecciones de fe y entusiasmo puede tomar el artista en las vidas de Teresa de Jesús, Juan de la Cruz, Juan de Avila, Alvaro de Córdoba, Luis de Granada.

Todo el genio de la raza está aquí. No es inactivo, silencioso y absorto en los grandes claustros solitarios el misticismo español; es religión batalladora, inquieta, andariega, proselitista; peregrinea en largos viajes, predica en campos y ciudades, funda monasterios, reforma Ordenes, combate la herejía, mantie-

ne perpetua batalla contra las pompas y lacerías del mundo.

¿Hay espíritu español más enérgico e indomable que el de la mujer de Avila? Admira la obra por ella realizada. Pobre, achacosa, desamparada de todos, combatida por el dolor, recorre España entera, de Salamanca a Toledo, de Toledo a Sevilla, de Sevilla a Valladolid. Cierto, más caridad había entonces, más viva fe ardía en los pechos; pero, ¡cuán más ruda y feroz la vida, qué de peligros en los caminos, y desapacibilidad en las posadas, y lentitud en el comercio social! Estableció Teresa de Jesús, personalmente, diez y seis monasterios; tal era su ansia que, apenas llegada a un pueblo, fundaba en cualquier mezquina casa, y se apresuraba, para dar por definitiva la fundación, a manifestar el Santísimo, trastocando el zaguán en iglesia. Ni ella ni sus compañeras contaban con medios de fortuna ni tenían valiosas influencias. Hubo, por el contrario, que vencer formidables obstáculos y desvanecer pertinaces persecuciones, como la de las monjas de la Encarnación en Avila. Veíanse también a cada paso obligadas a disipar las suspicacias que sus míseras personas

inspiraban a los dueños de las casas que trataban de alquilar. Vuelcos, nieves, aguaceros, penalidades de todo género sufrieron en sus peregrinaciones. Una madrugada, en Medina del Campo, estuvieron a punto de ser topadas de unos toros que entraban para correr: «Fué harta misericordia del Señor—escribe Teresa—que aquella hora encerraban toros, para correr otro día, no nos topase alguno. *Con el embebecimiento que llevábamos, no había acuerdo de nada.*» A pique estuvieron de anegarse en un río, cerca de Burgos, al vadearlo; delicioso es el relato de un grande espanto que tuvieron posando una noche (noche de Animas) en un destartalado caserón de Salamanca. Parece que el continuo batallar acrece el subido temple de este portentoso espíritu. Acaso a sus mismas hermanas inspira su energía algo más que respeto. Abundan los pasajes que autorizan la certeza. Escribiendo a la priora de Sevilla, le dice que sentía que, amándola como hija, no gustase mucho de estar siempre con su madre. Manifiesta claramente, en otra carta al P. Gracian, que *hánla comenzado a tomar miedo.*

Tan admirable como en vida fué en muer-

te. Extenuada de inanición y de cansancio, llega un día a Alba de Tormes. Pónese en cama; pero a la mañana siguiente, a pesar de todo, se levanta y comulga, y practica todos los actos de comunidad durante nueve días. Por fin no puede más y cae abatida. A las cinco de la tarde, víspera de San Francisco—dice una de sus compañeras—, pidió el Santísimo Sacramento. Estaba tan postrada que no se podía mover; dos religiosas la ayudaban, y mientras llegaba el Viático les dijo a todas: «Hijas mías y señoras mías: por amor a Dios las pido tengan gran cuenta con la guarda de la regla y constituciones, que, si las guardan con la puntualidad que deben, no es menester otro milagro para canonizarlas; ni miren el mal ejemplo que esta mala monja las dió y ha dado, y perdónenme.»

El Viático llega; Teresa de Jesús, «con estar tan rendida», arrodíllase en la cama y aun intenta arrojarse de ella, «y poniéndosele el rostro con grande hermosura y resplandor, e inflamada en el divino amor, con gran demostración de espíritu y alegría, dijo al Señor cosas tan altas y divinas, que a todas ponía gran devoción». Al otro día expira. *Fué a go-*

zar de Dios como una paloma, dice la venerable Ana de San Bartolomé...

¿Cómo pintar en breves páginas cuánto de admirable presenta en este sentido el alma española? Esforzado espíritu es también el de Fray Luis de Granada. No es sólo Granada un místico; es un gran orador y un gran prosista. El llamado abate José Marchena, sujeto nada lerdo en cuestiones de estilo, siquiera en otras cosas desbarrase de firme, decía de los libros de Granada que su meditación y lectura «son acaso el estudio más provechoso para los que quisieran escribir dignamente el castellano». Maestro de Fray Luis fué Juan de Ávila. «Más debo yo a vuesa mermed y a sus consejos que a muchos años de estudio», decíale en cierta ocasión el autor de la *Guía de pecadores.* «El verdadero maestro es Dios, a quien se debe toda honra y gloria», contestó humildemente el santo varón. Pero mientras Avila era fogoso, desarreglado, improvisador en sus discursos; Granada era ordenado, metódico, fiel observante de las reglas de la retórica. Cuenta Martín Ruíz de Mesa, biógrafo de Juan de Avila, que, comiendo los dos religiosos juntos un día que Avila

predicó un elocuentísimo sermón, díjole Fray Luis: «Cierto, Padre maestro, que no ha dejado hoy vuestra Reverencia piedra en la retórica que no haya movido». Y respondió Fray Juan: «No me cuido de eso en verdad.» Y pidiéndole el P. Fray Luis el sermón para copiarle, sacó del seno una dobladura de una carta, donde en pocos renglones estaban los puntos reducidos.

No enturbió la fama la modestia de Fray Luis. Tan grandes como su virtud y doctrina eran sus penitencias. Renunció modestamente los honores con que intentaban distinguirle reyes y magnates; renunció, con verdadero tesón, el arzobispado de Braga. Levantábase ordiarinamente a las cuatro; ocupábase en su ministerio hasta las ocho; de las ocho hasta el mediodía, trabajaba, bien escribiendo de su mano, bien dictando a un escribiente, «con tanta prontitud como si delante de los ojos tuviera escrito lo que iba diciendo»; dedicaba la tarde, parte a obras de caridad y oración, parte al trabajo literario. Su comida era fragilísima; dura su cama; la camisa de estameña gruesa y áspera; raidísimos y desabrigados sus hábitos aun en lo más recio del invierno.

«El desabrigo de un hombre anciano y tolerancia porfiada de los fríos y otras inclemencias—dice su biógrafo Luis Muñoz—es una mortificación muy molesta, de poco ruido, pero de gran mérito.» Murió a los ochenta y cuatro años. Perseveró en sus trabajos literarios hasta su última enfermedad. «La muerte le quitó la pluma de la mano.»

Esta fortaleza de ánimo e impasibilidad a los rigores del sufrimiento no es sólo patrimonio de estos grandes varones; es, por el contrario, generalísima en todas las órdenes religiosas. Un día, por ejemplo, el prior de un monasterio de Granada llama a uno de los religiosos y le ordena que se ponga de rodillas (actitud en que los religiosos reciben la imposición de obediencia), y ya en esta forma le manda que vaya a Tierra Santa, a la casa que allí posee la Orden. El religioso sale de Granada el 11 de Julio de 1626; marcha *a pie* a Alicante; no encuentra allí las galeras en que ha de embarcarse y pasa a Valencia; no halla tampoco proporción aquí, y pasa a Vinaroz, y de Vinaroz vése también obligado a salir para Barcelona, a donde llega el 23 de Agosto. Sus arreos de viaje no pueden ser

más sencillos. «No llevaba—dice—más que un hábito, túnica y manto y una alforjilla en que llevaba unos paños menores, dos pañuelos, hilo, pedernal, eslabón y yesca y otras cosillas necesarias para el camino.» ¿Creerá el lector que esto es una fantasía? Pues tal es el viaje (uno de tantos viajes) que realizó el franciscano Fray Antonio del Castillo, según lo cuenta en su libro *El devoto peregrino,* una de las obras más leídas en el siglo XVII.

A pie y descalza viajó también de Granada a Roma la venerable María de Jesús cuando fué a pedir licencia al Papa para reformar la Orden del Carmen, antes de que en ello pensase la mística de Avila...

Afables, sonrientes, con la apacibilidad de la virtud sincera, los buenos religiosos batallan en los claustros, o corren a la ventura, predicando la Fe, el mundo...

Fuentes:

TERESA DE JESÚS. *Libro de las fundaciones, Vida, Cartas.*

LUIS MUÑOZ. *Vida y virtudes del venerable varón el Padre Maestro Fr. Luis de Granada.* (Madrid, 1782.)

X

El misticismo

De regreso de Italia, apenas llegado a Madrid galardonado y victorioso el noble caballero, murió en sus brazos su adorada. Y el golpe fué aterrador; todo su sér se conmovió. Por ella había marchado a la campaña; por ella había peleado; por ella volvía satisfecho. ¡Ah, el tremendo desconsuelo! ¿Para qué quería vivir más el valiente soldado? ¿Para qué sus galardones de valor, de discreción, de prudencia, de serenidad en los trances más apretados de la guerra? ¡Toda su vida truncada, todas sus ilusiones marchitas, todo su porvenir deshecho! Y en sus horas de profunda amargura, el buen hidalgo paseábase apartado

de las gentes, permanecía embriagado en su dolor en cualquier solitaria iglesia... Su alma ansiaba consuelo, sosiego su espíritu, agitado, paleado y zarandeado por aquella impensada catástrofe. Y, ¿dónde encontrar mejor descanso que en una Orden religiosa?

Pero, ¿estaba preparada a tan grave paso su alma? ¿Estaba dispuesto a ser todo, enteramente todo, de Dios? En ese caso, su propósito de abrazar la vida monástica, en busca de consuelo y descanso, era un grandísimo yerro. A Dios hemos de buscarlo y amarlo con entero desinterés, sin el señuelo del premio, sin el miedo del castigo. «A Dios—dice gallardamente Fray Antonio Arbiol en sus *Desengaños místicos*—se ha de amar con todo el entendimiento, sin engaño; con toda la voluntad, sin dolo; con toda la mente, sin olvido; con todas las fuerzas, sin remisión, sin tibieza, sin negligencia.»

¿Llegaría el noble caballero a este punto? ¿Llegaríase a inflamar su alma de este amor, que por lo raro y purísimo ha sido comparado por el maestro Fonseca, en su *Tratado del amor de Dios*, a un «cuervo blanco»?

El hidalgo entró en Religión; su hábito fué

el de los amados hijos de San Francisco, los humildes capuchinos. Y, así como entró, acometióle un vehementísimo deseo de abrasar el mundo en puro amor divino. Sentía fervientes ansias de convertir a los pecadores; desveláblanle las ajenas abominaciones.

Es tentación de gente nueva en la virtud—dice Teresa de Jesús—querer aprovechar a otros antes de ser ellos aprovechados, y juzgar fácilmente de las faltas ajenas antes de haber quitado ni aun conocido las suyas. Pues estas tentaciones acosaban y mortificaban al novicio; y a estos atropellados deseos, que le hacían extenuarse en penitencias, sucedían, enfriado el ardor místico, hondísimos desconsuelos y grandes desconfianzas de sí mismo. ¿Cómo era posible que él, un miserable pecador, aspirase a convertir el mundo? ¿Cómo era posible compararse a los santos varones que habían pasado por toda una vida de dolor y penitencias? No; él era el más insignificante y ruín de los mortales; él no llegaría nunca a la perfección a que los grandes santos habían llegado. Y en su desconsuelo, acontecíale olvidar sus oraciones y desoir las advertencias de su prelado. ¿Para qué orar, ni

para qué obedecer, si el esfuerzo era inútil? «Estas almas—dice el P. Arbiol—se han de curar como los enfermos, que se les hace comer, aunque ellos digan que no les ha de aprovechar.»

Sucedía otras veces, que, recordando su pasado, venido a su memoria el dulce recuerdo de la muerta, caía en una silenciosa y feroz desesperación de la vida. La memoria de la mujer amada, de sus gestos, de su manera de andar, de su modo de decir ciertas frases, de su sonrisa, de su mirada, triste unas veces, otras alegre, con aleteos misteriosos en la luz de sus pupilas, de todo lo que es el encanto, la personalidad, el *algo* indefinible que se adora en una mujer; la remembranza tenaz e insacudible de todo esto, le punzaba el alma, se la desgarraba, se la trituraba, le hacía estar, en fin, jadeante, oprimido el pecho, como si a una áspera y empinadísima montaña subiera... ¡El amor desvanecido! ¿Habrá mayor y más tremenda pena que ésta? El demonio—dice el profundo analista Fray Diego Murillo en su admirable libro *Instrucción para enseñar la virtud a los principiantes*—el demonio inquieta a los religiosos mozos, «representándo-

les en la imaginación la persona a quien amaban, dándoles a entender que tiene particular sentimiento de ver que la han querido dejar y que ha sido ingratitud y crueldad el dejarla. Tráeles a la memoria el sentimiento que hizo a la despedida y los buenos ratos que pasaron con ella; y con esto viene a enternecellos de tal manera y a despertar en su corazón tales ansias por vella y por consolalla, que casi se hallan como forzados; y les parece que se les arranca el corazón y se les va a la tal persona y que el cuerpo no puede resistir aquel ímpetu, sino que forzosamente ha de ir tras el corazón. Todo esto he visto yo verificado en algún novicio, con el cual apenas podían ruegos y persuasiones para quietalle; aunque al fin se quietó, añadiendo a las otras diligencias el encomendarle a Dios con instancia». ¡Qué honda tragedia no se adivina en el alma de ese novicio, conmovido por la memoria de su amada!...

Pasan los días, los meses, los años; el tiempo lamina y pulimenta poco a poco el alma pecadora. Desaparecen las escorias de la impureza, la ambición, la envidia, la soberbia, el egoísmo. ¿Llegará el alma del hidalgo a la

perfecta unión con Dios? Estrecho y peligroso es el camino de la perfección; el más estrecho y peligroso de todos. «Apenas ven a una persona que tiene un rato de oración mental—escribe el P. Arbiol—luego comienzan a recelar y temer si perderá el juicio o parará en la Santa Inquisición, y afrentará a su linaje.» Innumerables son las imposturas de los engañados del demonio, y justas y naturales las prevenciones del mundo. Infestada está España de falsas devociones. El inquisidor general don Andrés Pacheco, en edicto dirigido a sus subordinados de Sevilla, en 9 de Mayo de 1623, advierte y descubre todas las malas artes de quietistas y alumbrados. Dicen unos que «los tocamientos y movimientos deshonestos, que tienen con las mujeres, los obra Dios»; otros, «que, abrazando a las mujeres, les comunican el espíritu, y con sólo esto se les queda pegado por aquella participación»; hay confesores «que, después de haber comulgado, a las hijas de confesión, las vahean con la boca en la suya dellas, diciéndoles que reciban el amor de Dios»; reúnense, finalmente, hombres y mujeres en casas particulares y allí comen y cenan, y en acabando se juntan car-

nalmente, y dicen que en ello no pecan, porque no lo buscan ellos». La audacia y temeridad de estos desalmados es tan grande, que, según el inquisidor Pacheco, se visten en hábito de beatas de diversas Ordenes y Religiones y «se juntan y hacen conventículos de día y de noche».

El alma del hidalgo está purificada: ni aun siente el rescoldo de sus arrestos pasados, de su entereza y energía de soldado.

El trabajo de su espíritu ha sido colosal. No se disculpa siquiera, si por acaso le corrigen; no se justifica, si es condenado injustamente. El sabio dice que más preciosa es la pequeña estulticia que la sabiduría y gloria. «Más vale—escribe el P. Arbiol—que alguna vez nos tengan por simples viendo que no nos defendemos, que por soberbios viendo que con inmortificación nos disculpamos. La caridad verdadera—añade—es benigna, paciente, afable, sin emulación ni desprecio de nadie; todo lo sufre; todo lo disimula; no busca su interés propio, y en todo atiende a la edificación y provecho del prójimo.»

Y a este estado de candor infantil, de ingenuo contento, de fortaleza y apacibilidad en el

sufrimiento—características del misticismo—ha llegado ya plenamente el capitán de antaño, el santo religioso de ahora. La comunidad le venera; el pueblo le reverencia y le sigue...

¿Cómo exponer la interesante psicología de los conventos, de los conventos femeninos sobre todo, tal como la expone el estupendo psicólogo Fray Antonio Arbiol en *La religiosa instruída*, maravilla de análisis sutilísimo y penetrante? ¿Quién será capaz de describir punto por punto en un libro frívolo y ligero como éste toda la refinada, sabia y complicada técnica del misticismo? Hácelo don Pedro Zapata y Coronel en su inestimable *Manual mystico*, obra sin precio para los devotos y curiosos. Habla de la oración mental, la contemplación, la oración de quietud, la oración de unión no consumada, la oración de unión perfecta, la herida de amor, el arrobamiento o éxtasis, el arrebatamiento, el vuelo del espíritu, el ímpetu del espíritu, las palabras y locuciones interiores sobrenaturales (que se dividen en sucesivas, formales y substanciales), las revelaciones, los sueños, las visiones... La herida de amor «es una manera de herida

que parece verdaderamente al alma como si la metieran una saeta por el corazón»; la unión se diferencia del arrobamiento en que en éste «goza el alma más de Dios»; el arrebatamiento del arrobamiento en que «en él va poco a poco muriéndose a estas cosas exteriores, perdiendo los sentidos y viviendo a Dios»; el vuelo es algo indefinible, «que sube de lo más íntimo del alma» y que sólo a una gran llamarada de fuego puede ser comparado; el ímpetu es un sentimiento análogo al que se experimenta «cuando a uno le dicen de repente alguna cosa de pesar que no sabía, que le causa sobresalto y le quita el discurso al pensamiento para consolarse, quedándose como absorto»... Tres son las vías espirituales porque el alma ha de caminar a su perfección: *purgativa, iluminativa* y *unitiva;* y las tres corresponden a otros tantos estados de personas: *principiantes*, *proficientes* y *aprovechados*. La purgativa purifica el alma con cilicios y penitencias; la iluminativa la ilustra con la frecuente consideración de los beneficios divinos; llégase por la unitiva al más supremo estado, a la unión perfecta con Dios.

Menester sería un grueso volumen para ex-

poner en forma emocional y artística este aspecto trascendentalísimo y fecundo del alma española; para analizar por menudo la intensa y sólida mística de España, «mística de piedra de sillería», según la pintoresca frase de uno de los aprobantes de la obra de Zapata.

Sobre las duras tablas de la cama, yace, extenuado, exangüe, marfileo el semblante, larga la blanca barba, grandes y luminosos los ojos, el santo religioso. Se muere: acábase aquella hermosa vida como lámpara sin aceite, como llama que parpadea en sus estertores. Toda la comunidad le rodea; el pueblo, enfervorizado, entusiasta de su bienhechor, acude en inmensa muchedumbre al convento. Imposible contener aquel poderoso lurte de carne humana que se agolpa a las puertas, invade los claustros, se pierde en las espaciosas cuadras, llena la diminuta celda.

El santo religioso expira dulcemente: grandes de España, damas ilustres, soldados, obreros, hacen astillas los muebles del pobrísimo menaje, arrebatan los libros y papeles, arrancan los clavos de las paredes, desgarran retazos de la túnica del enfermo, le sangran y empapan lienzos con su sangre, determínase

alguno en su avasalladora pasión hasta cortarle un dedo. Y el santo, tranquilo, sosegado, los ojos muy abiertos, abstraído, parece entrar en cuerpo mortal en la gloria que, ultratumba, le espera.

Imposible contener la muchedumbre. ¡Grande y hermosa fe! La comunidad reza: *Proficiscere anima christiana de hoc mundo*...; la ola humana fluye y refluye en la minúscula celda; claman los impacientes; se atropellan los retardados; se ahogan, se amontonan, resoplan y carlean, se yerguen y estiran los cuellos, se alargan y amoratan las caras...

Un momento reina un aterrador silencio; callan los que rodean el lecho, callan luego en los largos claustros, calla toda la multitud. El santo ha cerrado dulcemente los ojos y tras un suavísimo suspiro, ha entregado su alma al Hacedor. Y entonces, como un inmenso alarido, como válvula a las enormes energías comprimidas en esos breves momentos de silencio, la muchedumbre estalla en un largo clamoreo, en un estruendoso grito de dolor, en un formidable sollozo, que repercute en las bóvedas de los claustros, y en los patios, y en las anchurosas salas; y sale a la

calle y se extiende por las plazas, por los arrabales, por los monasterios, por los palacios, por los tugurios, por toda la ciudad creyente y fervorosa.

Ha muerto el varón justo. Ha muerto. Las campanas doblan. La comunidad, triste, cabizbaja, se reune en la sacristía; y de la sacristía, las apagadas velas en las manos, la cruz delante entre dos ceroferarios, detrás el oficiante con alba y estola negra, acompañado de los acólitos con el caldero y el hisopo, con el incensario y la naveta, sale, por su antigüedad, de dos en dos, cantando el *Miserere*, camino de la celda.

Las campanas doblan. Los religiosos encienden los cirios; el oficiante asperja el muerto y reza: *Si iniquitates observaveris, Domine: Domine, quis sustinebit?* El coro clama: *De profundis clamavi ad te, Domine: Domine, exaudi vocem meam.* Los salmos continúan; cantan los de un lado, contestan los del otro, y al final, en instancia larga y plañidera, que entra en los huesos y da frío, salmodian todos: *Si iniquitates observaveris, Domine: Domine, quis sustinebit?*

Cuatro religiosos cargan con el difunto. Va el difunto tendido en la pobre cama, sobre las tablas, la cabeza reposante en un madero, las manos juntas. La comunidad entona otra vez el *Miserere;* las voces chillonas, finas y quebradizas de los acólitos saltan y rebotan por encima de las graves, sonorosas y bombardantes de los frailes. Todo el convento se atruena de los cánticos, del rastreo de los pies, del ruido y moscardoneo de la muchedumbre, que precede, sigue, rodea el féretro, y se agolpa en las puertas de las celdas, en las escaleras, en las encrucijadas de los claustros.

El cadáver es colocado en medio de la ancha nave de la iglesia: la cabeza hacia el altar mayor; a los pies, la cruz de las procesiones, en las esquinas, cuatro cirios. Y mientras la comunidad reza el Responsorio y los Nocturnos y los Laudes, revístese en la sacristía el oficiante y se dispone a celebrar la misa de difuntos.

La misa ha terminado: el sacerdote, dejados el manípulo y la casulla sobre el altar, el *Ritual* en las manos, se dirige al difunto; la comunidad le rodea; los cantos recomienzan: *Libera me*, *Domine*, *de morte æterna*—chillan

las voces agudas de los acólitos—. *In die illa tremenda*—contestan los frailes—*quando cæli movendi sunt et terra: dum veneris judicare sæculum per ignem...*

Luego, asperjado, incensado el difunto, llévanlo a la capilla donde son las sepulturas. Quédase la comunidad a la puerta; entran sólo los precisos para el entierro. Enterrado, regresan todos a la iglesia. El oficiante canta: *Requiem æternam dona eis, Domine.* Y el coro, atronador, formidable, contesta: *Et lux perpetua luceat eis.* Vuelve el oficiante: *Requiescant in pace.* Y todos, como murmullo tempestuoso: *Amén...*

Fuentes:

Fr. Antonio Arbiol. *Desengaños místicos a las almas detenidas o engañadas en el camino de la perfección.* (Sexta edición; Zaragoza, 1729.)

El mismo. *La religiosa instruída con doctrina de la Sagrada Escritura y Santos Padres de la Iglesia Católica, para todas las operaciones de su*

vida regular, desde que recibe el hábito santo hasta la hora de su muerte. (Madrid, 1791.)

Fr. Diego Murillo. *Instrucción para enseñar la virtud a los principiantes y escala espiritual para la perfección evangélica.* (Tomo I; Zaragoza, 1598.)

Don Andrés Pacheco... Papel suelto con el edicto de 9 de Mayo de 1623.

Pedro Zapata y Coronel. *Manual mystico para confesores.* (Madrid, 1747.)

Andrés de Mendoza. *Memorial de la prodigiosa vida y muerte del P. M. Fr. Simón de Rojas, confesor de la Reina nuestra señora...* (Sin data.)

Fr. Hortensio Félix Paravicino. *Oración fúnebre que a la memoria del muy venerable Padre y reverendísimo Maestro Fr. Simón Rojas hizo...* (Madrid, 1624.)

Collectanea sacra, celebriorum actuum, ac rituum quos S. Romana ecclesia egregia celebrat religione. Destinata usui fratrum minorum S. P. N. Francisci Capuccinorum, almæ Provinciæ Incarnationis utriusque Castellæ. (Madrid, 1658.)

XI

Los literatos

...Una preciosa y avispada gitanica entra, en Madrid, en casa de un señor teniente de la villa, y canta, y bailotea, y ejercita sus adivinatorios artificios. La dueña de la casa echa mano a su faltriquera para obsequiarla, y con ser señora de un alcalde, halla que no tiene blanca. Pídele un cuarto a sus criadas; sus criadas no tienen un cuarto. Pídeselo a la vecina; no lo tiene la vecina tampoco. «Vos, señor Contreras—pregunta por fin apurada a su escudero—vos, señor Contreras, ¿no tendréis ningún real de a cuatro?» Y el escudero tiene efectivamente el ansiado y suspirado real... pero tiénelo «empeñado»—dice—en veintidós

maravedís que cené anoche.» Llega después el señor teniente, y tras de sacudir, rascar y espulgar sus bolsillos, confiesa que está igualmente horro de metales.

Pues lo que en esta casa sucedía, sucedía en casi todas las casas españolas del siglo XVII. Nadie tenía dinero. Y si ni los alcaldes lo alcanzaban, ¿cómo lo habían de alcanzar los literatos? Poeta vale tanto como pobre; Santos habla de poetas que «empeñan una jornada de una comedia por un panecillo y dos cuartos de queso en una tienda de aceite y vinagre»; y dice de un ingenio de los más lucidos de la corte, según lo pregonan sus obras, que «para traer ayer una libra de vaca, vendió dos libros que valían treinta reales por precio de diez.»

«Esto del hambre—escribe Cervantes con cierto dejo de amargura, como de quien pasó por tan apretados trances—; esto del hambre tal vez hace arrojar los ingenios a cosas que no están en el mapa.» Los grandes poetas sirven a los señores de pajes o capellanes; los medianos trafican con los ciegos rezadores vendiéndoles a ocho reales el romance. Pasan unos a Flandes; vegetan otros en los claus-

tros; sufren todos rigurosa estrechez y embates de la fortuna. A Lope de Vega, con ser fénix y monstruo del Parnaso, no le produjeron sus numerosas obras, junto con los regalos de los grandes, más allá de 250.000 pesetas, según cuentas que se tienen por galanas. Cervantes fué recaudor de contribuciones. Agustín de Rojas, creador del más admirable libro picaresco que tenemos, vivió algún tiempo de limosna: y faltándome ésta—dice—no sé si quité capas, destruía las viñas y asolaba las huertas.» «Yo, amigo—dice don Antonio de Solís, en una carta—estoy en estado de salir en coche, porque tengo muchos acreedores que harán reparo en mí si me ven con zapatos nuevos.» Don Luis de Góngora escribía en pleno Agosto: «Yo ando que es vergüenza de vestido, con la misma ropa que el invierno, que diera calor a no estar rota»; y en otra parte: «Estoy para echarme a un pozo según me fatigan acreedores»; y en otra: «Ha sido menester vender un contador de ébano para comer estas dos semanas...»

Pasan trabajos; se ven acosados de la miseria, rotos, hambrientos; andan despeados por los caminos; sufren calamidades en la guerra

pero dan cima y remate a colosales obras con facilidad estupenda. Pasma su energía cerebral. Lope, Montalbán, Calderón, escriben una comedia de tres jornadas en dos días o acaso en menos. Hablando de una de Lope dice festivamente Moratín: «Es una de aquellas comedias que escribía Lope después de decir misa, mientras le calentaban el almuerzo.»

Aventureros, soldados, navegantes, hombres de acción, en suma, llevan a la literatura la acción, y eso explica el florecimiento extraordinario del teatro. No ven la poesía íntima de la Naturaleza, ni perciben las misteriosas relaciones de las cosas. La vida es acción, y tanto más admirable será la obra de arte cuanto más rápida complicada y peregrina sea la acción. En vano buscaremos en el teatro sencillez y verdad. Hay comedia que acaece en Lisboa, Santa Fe, Granada, Barcelona, Guanahani, en medio del mar y en el aire; en otras dura la fábula doscientos años; en otras una damisela disfrazada de escudero sirve a su galán desleal, sin ser conocida de él, o un vasallo parecidísimo a su rey le sucede en sus funciones, sin que lo noten los cortesanos. Lo que importa es que los personajes se

muevan, que ocurran acontecimientos maravillosos, que las aventuras sucedan a las aventuras. Aún en las églogas de Garcilaso, cuando parece que el autor va a mostrarnos la profunda majestad del campo, asistimos a los debates de dos pastores que lamentan pertinazmente sus desdichas amorosas. Es más; nótase que el único poeta que verdaderamente siente el misterio de la Naturaleza y la infinita tristeza de la vida vive en completo alejamiento del mundo, en el siglo XVI como pudiera en la XIX centuria, a solas con sus ideas en su callado huerto, atormentado por perpetuas ansias de conocer

> lo que es y lo que ha sido,
> y su principio propio y escondido.

El mismo impulso de la acción lleva a nuestros antiguos poetas al culteranismo. Causa aparente del culteranismo es el afán exagerado de elegancia en el estilo; causa interna y verdadera es la necesidad de movimiento. Aguzar el ingenio es vencer obstáculos; desenvolver inacabable serie de imágenes y conceptos, ejercitar la fuerza y la destreza. El cul-

teranismo es la más alta expresión del movimiento en el lenguaje.

No apelemos al viejo recurso de la coacción religiosa para explicar el carácter y evolución de nuestra literatura: una cosa es la técnica literaria y otra cosa es el condimento filosófico. Con toda la libertad del mundo, las unidades hubieran igualmente perecido a los golpes de Lope; con toda la libertad del mundo, quizás no hubieran sido más subidas las licencias que Naharro y Rojas y Boscan y Tirso se permiten. Preciso es que la vida se haga más consciente y tranquila, para que la literatura se haga más exacta y profunda. A fines del siglo XVIII la evolución se ha realizado. La idea domina a la acción irreflexiva. Se escribe menos. El artista es más incapaz del esfuerzo: la voluntad es paralizada por el espíritu de análisis. Estudian las ciencias naturales el Universo: aprendemos que el hombre no es el «centro» de lo creado: cede el individuo ante la sociedad.

La era de las aventuras se acaba; España pierde su hegemonía en Europa; se hace más difícil la explotación de América, son más fáciles y frecuentes las relaciones de pueblo a

pueblo; mejóranse los caminos; es más escrupulosa la Justicia. La gran bohemia muere. La energía de hazañas y fechorías, heroicidades y apreturas—propio pasto de novelas y comedias—se transforma en investigación laboriosa en archivos y bibliotecas, en clínicas y laboratorios. Al poeta y al aventurero reemplaza el erudito; se trata sencillamente de una transformación de fuerzas, motivada por las nuevas condiciones sociales en que se vive. Florecen la medicina, las matemáticas, la historia, la arqueología. He ahí los esforzados investigadores: Feijóo, Mayans, Rodríguez, Solano, Velázquez, Hervás. He ahí el gran Sarmiento...

Fuentes:

CERVANTES. *La Gitanilla.*
SANTOS. Obra citada.
GÓNGORA. Obra citada.

XII

La prosa castellana

Para formar idea aproximada de un escritor, había que hacer un largo, prolijo, minucioso examen de su personalidad literaria. Afirmar no es criticar. La afirmación será el resultado de la crítica; no es la crítica misma. Sería necesario, ante todo, descomponer su estilo, como descomponemos la luz a través del prisma, desmenuzarlo, compararlo con otros análogos; estudiar sus orígenes; qué antecesores o contemporáneos han ejercido más influencia en el criticado; su léxico peculiar; sus recursos peculiares para vencer una dificultad: su manera de pasar de uno a otro tema en una misma página; hasta qué punto, en

fin, permanece idéntico a la tradición y en qué consisten sus innovaciones.

He dicho antes «idea aproximada», y tratándose de literaturas antiguas, es cierto. Hay siempre en una obra literaria algo de actual y contingente, de efectista y pasajero, que escapa a toda otra generación que aquella para quien fué escrita. ¿Quién puede decir las sensaciones que el estilo de nuestro Castelar despertará dentro de doscientos años? Pues, ¿acaso el estilo de la *Guía de pecadores* despierta en nosotros el mismo mundo de imágenes, de sentimientos, de reflexiones que en los días de Granada, cuando las palabras eran nuevas, audaces los giros, brillantes las metáforas, no gastado el léxico ni enmohecido por el tiempo? (1).

---

(1) De intento hemos citado el nombre de Fray Luis de Granada, porque el ilustre dominico es uno de los más fecundos renovadores de la lengua castellana. Su biógrafo el licenciado Luis Muñoz dice entre otras cosas, hablando de su estilo, que «el arreo de toda la oración está retocado de lumbres y matices que despiden un resplandor «antes nunca visto». («Vida y virtudes del venerable varón el Padre Maestro Fray Luis de Granada», pág. 196. Madrid, 1782).

Los antiguos son grandes artistas, porque son grandes escritores, y son grandes escritores, porque son grandes retóricos. Los hay claros y sencillos, como Mariana; retorcidos y alambicados, como Mendoza; elocuentes y pletóricos, como Granada. Son todos originales en la frase, exactos en el epíteto, osados en la importación de la voz que necesitan. La pureza de los antiguos es un tópico. Fueron propios, sí; no fueron nunca puros. Del latín, del francés, del italiano hacen arsenales para su léxico. «Se han introducido muchos, de poco tiempo a esta parte, y se van introduciendo», decía en 1596 López Pinciano, hablando de los vocablos forasteros.

Vicente Espinel marca la perfección en la prosa castellana. Maestro de la juventud, querido de los bisoños y respetado por los viejos, sería fecundamente instructivo que la crítica mostrase cómo la indiscutible autoridad del gran prosista ha influído en las ideas de sus contemporáneos y sucesores. En Quevedo hay notables reminiscencias de Espinel; las hay también en el más amado discípulo del maestro: Lope de Vega.

Toda la prudencia de aquellos viejos caba-

lleros, mostrados a las fatigas y experimentados en los trabajos, está compendiada en el *Escudero Marcos*. Espinel es grave y sentencioso; predomina en él el aplomo, la cautela, la discreción. «Verdades que pueden escandalizar y alborotar los pechos—escribe—cuando no es necesario, no se han de decir.» Enseña a los coléricos la paciencia, a los ambiciosos el sosiego, la caridad al maldiciente. Es un moralista que toma las mudanzas de la fortuna como pretexto a sus lecciones. Los hechos sólo tienen valor a sus ojos como símbolos de moralidad y sabiduría; no valen por lo que son en sí, valen por la doctrina que podemos sacar de ellos. Hombre reflexivo, traspasa la superficie de las cosas. No le supera en lo que dice del honor uno de los más penetrantes filósofos alemanes de estos tiempos. «La honra o infamia de los hombres—escribe Espinel—no consiste en lo que ellos saben de sí propios, sino en lo que el vulgo sabe y dice...»

Quevedo, en cambio, es el tipo más cabal de lo que hoy llamamos un *dilettante*. Ingenio de vastísima cultura, versado en varias lenguas, cambia de personalidad psicológica con

facilidad estupenda: enérgico, poderoso, vibrante de pasión en *Marco Bruto;* ingenuo, delicado, tierno en sus escritos místicos; cáustico, agresivo, burlón en sus *Sueños.* «El cortar las superfluidades mundanas—escribe en la *Introducción a la vida devota*—es necesario a cualquiera que quiera vivir piadosamente, y principalmente a la verdadera viuda; la cual, como una casta tórtola, no acaba de llorar y gemir y lamentar la pérdida de su marido.

Cuando Noemí volvió de Moab a Belén, las mujeres de la villa, que la habían conocido al principio de su casamiento, decían unas a otras: *¿No es ésta Noemí?* A que respondió ella: *No me llaméis Noemí, os ruego, porque Noemí quiere decir graciosa y hermosa; llamadme antes Mara, porque el Señor ha henchido mi alma de amargura*»... «Pueblo romano—dice Bruto, hablando por su pluma—Julio César es el muerto; yo soy el matador; la vida que le quité es la propia que él había quitado a vuestra libertad; si en él fue delito tiranizar la república, en mí ha de ser hazaña el restituirla. En el Senado le di muerte, porque no diese muerte al Senado. A manos de los senadores

acabó; las leyes armadas le hirieron; sentencia fué, no conjuración»...

Quevedo es el espíritu menos metafísico de su tiempo. Espinel, Saavedra Fajardo, Cervantes, acaso lleguen en ocasiones a los términos de la abstracción; Quevedo necesita siempre una figura, una imagen, algo de bulto y relieve con que expresar su pensamiento. Asocia las ideas prodigiosamente; ve los más opuestos y violentos contrastes; se expresa continuamente por antítesis. Hablando de las mujeres, dice en *Marco Bruto:* «Si las tratan bien, algunas son malas. Si las tratan mal, muchas son peores.» «El hombre en la dicha no se conoce; en la desdicha ninguno le conoce», escribe en la *Providencia de Dios.*

La prosa castellana languidece. Consagradas las energías intelectuales durante el siglo XVIII a los trabajos de erudición, pierde su energía y brillantez el lenguaje literario. No las recobra hasta que una gran revolución se realiza en la centuria siguiente.

Hasta aquí, prosa y verso son radical y esencialmente distintos. Tiene sus reglas la poesía; tiene sus reglas la prosa. López Pinciano, en su *Filosofía antigua poética* (capítulo

Del poético lenguaje), establece las diferencias y dice, entre otras cosas interesantes, que el mucho uso de los adjetivos «sería vicioso a la oratoria, y a la poética es ornato».

Don Antonio de Solís, grande autoridad en la materia, al clasificar los diferentes estilos, dice de ellos lo siguiente, en el prólogo de su *Conquista:* «El humilde o familiar (que se usa en las cartas o en la conversación) pertenece a la narración de los sucesos; el moderado (que se prescribe a los oradores) se debe seguir en los razonamientos que algunas veces se introducen, para dar a entender el fundamento de las resoluciones *y el sublime o más elevado (que sólo es peculiar a los poetas)* se puede introducir, con la debida moderación, en las descripciones, que son como unas pinturas o dibujos de las provincias o lugares donde sucedió lo que se refiere y necesitan algunos colores para la información de los ojos.»

Más recientemente, a principios de siglo, la tradición aristotélica subsiste. Hermosilla la mantiene en su *Arte de hablar* (tomo II, capítulo titulado *Diferencias entre el lenguaje y estilo de la prosa y el verso)*, y dice, por ejemplo,

después de citar algunas *inversiones*, que «no son permitidas en prosa» (1).

Pues bien; los oradores, y en especial alguno eminentísimo, realizan la fecunda innovación. Las diferencias de los estilos han terminado. Las inversiones, las perífrasis, las prosopopeyas, los tropos atrevidos, todas las licencias, en fin, que antes no osaba nadie sacar de la poesía, son ahora de uso natural y corriente en la prosa. Para apreciar toda la transcendencia de la reforma, basta comparar el más oratorio de los estilos clásicos (el de Fray Luis de Granada, v. gr.), con el de cualquiera de los oradores contemporáneos.

El idioma todo parece renovado. Por otra parte, la sensibilidad del hombre moderno es mayor, y créanse, por consiguiente, giros, ex-

---

(1) El mismo criterio mantiene Luzán en su «Poética» (pág. 241, tomo I, edición Sancha), sin embargo de que algo más tolerante, al parecer, declara que también puede servirse la prosa de las metáforas, las hipérboles y las alegorías, «pero con más moderación que la poesía». De cómo entiende Luzán la moderación, puede verse un ejemplo dos páginas más adelante, al censurar una imagen usada por Solís en su «Conquista de Méjico».

presiones, modos de decir no usados de los antiguos. Acrécese la sensación, y acrece paralelamente la forma en que la sensación ha de ser traducida. Hay en el lenguaje actual matices, delicadezas, cambiantes desconocidos de las generaciones pasadas. Nada acusa tan notablemente el progreso de la humanidad como los medios de exteriorización. Acaso los hombres del siglo XVI no entendieran una novela analítica de estos tiempos. Y acaso nos veríamos precisados a emplear prolijas explicaciones para comunicarles estados psicológicos que hoy cambiamos entre nosotros sin palabras...

Fuentes:

Las citadas en el texto.

SIGLO XVIII

I

La opinión

...Influye Descartes poderosamente en la filosofía francesa; influye en la española. Viva ansia de conocer se apodera de los espíritus. Cartesianos, maignanistas, gassendistas, todos batallan por la «filosofía moderna». Citan las damiselas a Descartes; hojean los petimetres los libros extranjeros. «Nuestras señoritas, y aún las más jóvenes—se lee en *El tocador o el libro a la moda*—hacen vanidad a veces de nombrar a Newton y de citar a Descartes.» «Nuestros petimetres—añade el autor—forman algunas veces una especie de muralla en su tocador con una porción de libros, la mayor parte extranjeros.»

Propugnan las nuevas ideas aristócratas y literatos. Novador es el marqués de Villena, «que sabe con la mayor perfección y pureza que cabe la filosofía moderna»; novador Alvarez de Toledo, Primer Bibliotecario del Rey, en su famosa *Historia de la iglesia y del mundo;* novador el Dr. Diego Mateo Zapata, presidente de la Sociedad Médica de Sevilla; novador Fray Juan de Nájera, el más ferviente defensor del atomismo; novadores, en fin, los contertulios del duque de Montellano, Presidente de Castilla, «en cuya presencia se conferían los sistemas filosóficos de Cartesio y Maignan, en que todos los doctos que asistían discurrían».

La polémica propaga las ideas. Defienden unos el viejo peripato; exaltan otros el atomismo. Célebres son las contiendas entre el obispo Palanco y el P. Nájera. De Nájera es una obra casi desconocida, los *Diálogos philosóphicos*, publicada con el nombre de *Alejandro de Avendaño.* Es interesante este libro para la historia de nuestra filosofía; es interesante, más que por el libro mismo, por la aprobación del Dr. Zapata, prolija y entusiasta defensa del «siempre grande Renato Descartes.»

Propágase la prensa. Corren por España las revistas extranjeras: las *Memorias de Trevoux*, las *Memorias de la Academia de París*, las *Actas* de Menkenio. Se habla y se discute de todo; se investigan pacientemente las leyes naturales; se examinan los más extraños casos para descubrir otras nuevas y desconocidas. Se escribe largamente de una «pluma nacida en la cabeza de un niño»; de una piedra que muda de color como el camaleón; de una joven «a quien nacieron cuernos por todo el cuerpo»; de una señora que amaneció reducida a pavesas; de unas llamas flotantes que un señor de Huete vió en la cama al acostarse... Se discute apasionadamente sobre las mutaciones del barómetro, sobre «la patria del rayo», sobre la aurora boreal del 37. El cisterciense Rodríguez escribe disertaciones «físico-matemáticas» sobre la respiración; Solano descubre el pulso; Sarmiento hace la historia de las bubas; Vicente Pérez, *el médico del agua*, propaga la hidroterapia; Francisco Fernández Navarrete, en interesante estudio sobre los españoles, se adelanta a Montesquieu y establece que las causas del carácter de los pueblos «se encuentran en el suelo y cielo de un

país»; hasta el *Mercurio literario* dedica la sección de «Novedades literarias» de uno de sus números, el 2.º, a hablar de la preparación de unos polvos, píldoras y jarabe «contra el mal de piedra».

El espíritu de observación y realidad propágase de las ciencias a la política. Acláranse las relaciones entre la Iglesia y el Estado; robustécese más que nunca el regalismo; hace progresos la idea republicana entre altos burócratas y escritores. «En Mayo del 97—dice un papel de la época—reinaba entre nuestros sabidillos mucha pasión de republicanismo.» Alcalá Galiano habla en sus *Memorias* de dos deudos suyos, uno Consejero de Hacienda, otro alcalde de Casa y Corte, que eran «republicanos acérrimos y duros»...

La tolerancia religiosa se abre paso. Demostró Feijóo, en uno de sus discursos, la compatibilidad del ateísmo con la hombría de bien; escribe años más tarde, en 1784, un exjesuíta, Juan Andrés, lo siguiente: «Veo que puede un filósofo estar abandonado de Dios según los deseos de su corazón y tener, sin embargo, sutil ingenio y fino discernimiento y pensar justa y verdaderamente en las materias literarias.»

Franceses de todas cataduras recorren la Península haciendo propaganda hablada; vienen unos en busca de pinturas o en requisición de caballos; venden otros estatuas de yeso o abren suscripciones a colecciones de estampas. «Donde se cometen más delitos de blasfemia es entre la tropa», decía Macanaz en sus *Auxilios*. ¡Qué copiosa siembra de impiedad no debieron de dejar en España los ejércitos que durante todo el siglo la recorrieron! «En Enero del 98—escribe el P. Vélez—vine embarcado desde Sevilla a Sanlúcar con un capitán francés y otros cuatro de su nación. En dos días que duró la navegación, no hablaron más que de nuestra religión y de nuestros reyes; publicaban cuantos defectos sabían del gobierno, reina, Godoy, etc. Se empeñó el uno en probarme que no era lícito el voto de castidad que hacen los regulares; me negó la existencia de la otra vida y sostuvo otros errores.»

Aumenta la libertad en las ideas y en las costumbres; aumenta al propio tiempo en los gobernantes la opresión. Todo se reglamenta, se inspecciona, se prohibe. Se prohibe juntarse discípulos varones y discípulos hembras

en casa de los maestros de danzar; se prohibe bailar de noche en el Prado o en otro cualquier paseo, o «en las eras en el campo»; no se permite hablar de política en fondas y cafés, ni jugar a los naipes, ni leer gacetas u «otros papeles públicos», ni «tampoco fumar»; oblígase en algunas partes a los vecinos a encerrarse en sus casas a la hora de *la queda;* en otras a no salir a la calle sin luz, a no pararse en las esquinas, a no juntarse en corrillos...

«Se dirá que todo se sufre—añade el prudente Jovellanos—, todo se sufre, pero se sufre de mala gana; todo se sufre, pero, ¿quién no temerá las consecuencias de tan largo y forzado sufrimiento?»

Las consecuencias llegan; el conflicto estalla. La monarquía absoluta pasa a la historia...

Fuentes:

Dr. Diego Mateo Zapata. *Aprobación* en los *Diálogos philosóphicos en defensa del atomismo*, de Alejandro de Avendaño o sea Fr. Juan de Nájera (Madrid, 1716.)

Periódicos y papeles de la época.

Francisco Fernández Navarrete. *Disertación sobre el carácter de los españoles*, en los *Fastos de la Academia de la Historia,* tomo I. (Madrid, 1739.)

Feijóo. *Apología de algunos personajes famosos en la historia,* en el *Teatro crítico*, tomo VI, discurso II. (Madrid, 1734.)

Juan Andrés. *Origen, progresos y estado actual de toda la literatura,* tomo II. (Madrid, 1784.)

Rafael Vélez. *Preservativo contra la irreligión.* (Valencia, 1813.)

Novísima Recopilación.

Jovellanos. *Memoria sobre la policía de los espectáculos y diversiones públicas, y su origen en España.*

II

La moral

...Cuanto mayor es el desenfreno de las costumbres, es mayor la rigidez de la moral. Moral rígida, meticulosa, nimia, detallista, es la del siglo. No hay más que hojear los preceptistas y escritores ascéticos.

El matrimonio es uno de los estados que más detenimiento y reflexión requieren en el hombre; principiaremos por el matrimonio.

Antes de dar tan grave paso, ha de celebrar el neófito muchas comuniones y ha de preguntar al Señor cuál es estado que quiere que tome. Lo cual preguntado, se detendrá esperando la respuesta, «suponiendo que no será por inspiración». Rezará asimismo copiosas

oraciones, siendo las más seguras las que se dirijan a los ángeles. Hízolo así Tobías, y por eso fué San Rafael su casamentero; cosa que agradeció de tal modo el mancebo, que las tres primeras noches de la boda convirtieron él y su esposa el aposento nupcial en oratorio, permutando el amor por el rezo.

Peligrosísimo es el uso de los sentidos. Deben las personas virtuosas reportar el uso de los sentidos no sólo en las cosas ilícitas, sino en las permitidas. Si vas por la calle y ves un hermoso caballo, una hermosa pintura, una flor, un jardín, procura y vencerte refrenar tu apetito; aparta al instante tu vista. No oigas cuentos ni novelerías; no oigas tampoco leer gacetas. Cuando comas, imagínate que tienes delante al niño Jesús y aparta el mejor bocadito para él.

Comedias, no se han de ver. Son las comedias un semillero de culpas y una red del demonio para cazar almas. ¿A cuántos no habrán arrastrado hacia el abismo del pecado? Si por grande necesidad te hallares alguna vez en ellas, procura acordarte de Dios, «dirigiendo a Su Majestad en tu interior algunas palabras y actos de aspectos amorosos». Guárdense las

doncellas de verlas; porque en el teatro sólo se ven acciones torpes, trajes fastuosos, diálogos amatorios, etc., que incitan al pecado y espantan cuando menos la inocencia. Y aunque se disculpe con que es comedia de santos, habrá muchos que más que, a la virtud que se trata de glorificar, atiendan a los chistes y equívocos del bufón.

Graves son los deberes de una madre de familia. Deben las madres tener siempre vigilados todos los caminos y sendas de las casas por donde pueden comerciar criados con criadas e hijas con vecinos. Los caminos son aquellos pasos comunes como escalera, puerta principal, ventanas a la calle; las sendas «son unos atajos secretos que suele haber, unas escalas que no se suelen usar, unas puertas escusadas, unas ventanas que no miran a la calle, sino al jardín o al corral». Tendrán especial cuidado en redoblar la vigilancia de noche. Siendo San Francisco de Borja virrey de Cataluña, iba a media noche con un farolillo reconociendo las oficinas ds su casa y los más apartados aposentos de sus lacayos, por si en ellos se cometían ofensas a Dios.

Falte la madre de familia lo menos posible

de su casa. Si con faltar sólo una hora se expone a infinitos peligros, ¿a cuántos no se expondrán las que «faltan muchas horas de todos los días, volviendo a su casa a las diez de la noche?» El venerable Palafox dice que andar fuera de su casa una casada es andar descasada...

Cuiden las madres sobre todo de las hijas. Las hijas se han de guardar escrupulosamente de todos; se han de guardar «del doméstico, del pariente, del vecino, del anciano y, en una palabra, de todo hombre viviente, aunque sea tan santo que actualmente obre milagros.» Aun del más cercano deudo se ha de cautelar a la hija. Dejar una mujer sola con un hombre, sea el que fuere, vale tanto como entregar un papel al fuego para que lo conserve. Un mozo y una doncella solos son como un lobo y una simple oveja. Viendo San Felipe de Neri que un niño de doce años jugaba con una hermanilla suya de la misma edad, le reprendió y le mandó que no lo hiciese y se apartase de las mujeres. Respondió el muchacho: *¿Qué importa, Padre, que aunque es mujer es mi hermana?* A lo que el santo replicó discretamente: *Mira, hijo, el demonio*

es grande lógico y así te volverá esa proposición al revés diciéndote: aunque es hermana es mujer.

No permitan las madres amistades de las hijas con las criadas, tanto por evitar rivalidades y envidias de otras criadas, cuanto «porque esta parcialidad es muy sospechosa».

No deberán saber las hijas las habilidades de danzar, cantar, tañer y otras semejantes. Aprobamos que sepan leer las doncellas; de ningún modo escribir. Los libros malos pueden desterrarse y ponerse otros buenos en su lugar; «pero en qué una doncellita sepa escribir, no hallo ni este ni otros bienes, sino muchos riesgos».

Cuando hablaren con cualquier hombre, sea seglar o eclesiástico, amigo o criado, estén apartadas de él obra de «dos varas». Si tuvieren que dar o recibir algo, que sea sin tocarse las manos. Póngase el objeto que se haya de dar o tomar en cualquier paraje para de allí recogerlo.

Cuando el señor o la señora salgan de casa, ciérrense las puertas y ventanas. No las abran hasta que tornen. Y si estando las doncellas a la ventana, «por algua ocasión necesaria»,

vieren pasar algún conocido que las mirase, se quitarán prestamente de ella y la cerrarán. Si las saludasen en la calle, disimulen bajando los ojos y no vuelvan el saludo.

No tengan vestidos de colores claros, vistosos, «ni agradables a alguno sino a Dios». Perfumes y baños no los usen; ni tampoco se enrizarán o encresparán el cabello.

Punto gravísimo es el referente a cómo deben estar en la cama. Estarán en la cama con muy buena composición, «poniéndose en la figura que deben estar cuando sean muertas en la sepultura.» Reflexionen sobre este trance; recen un *avemaría* por su alma. Recojan cuidadosamente el cuerpo; y «y si durmieren dos o tres juntas, procurarán no tocarse las carnes las unas con las otras, poco ni mucho».

Cuando se levanten o estén acostadas, procurarán no ser vistas, no sólo de varón, pero ni de las mujeres que duerman con ellas. Lleven a este efecto las camisas largas hasta los tobillos; llévenlas por arriba bien cerradas y atadas. Tengan asimismo cuidado cuando se desnudaren o vistieren, de que estén bien cerradas las puertas y ventanas. «Y si acaso alguna vez querrán reconocer las pulgas de la

camisa, reconocerán primero bien todos los agujeros que pueda haber, hasta el de la llave o cerradura; y no se pongan en derecho de alguna puerta o ventana, por bien cerrada que sea. Y mejor sería no hiciesen ese ejercicio en esa forma, sino cuando muden de camisa; entonces espulguen las que dejaren; porque siempre corren peligro de ser vistas y codiciadas.»

Otros más interesantes detalles añaden graves y sesudos escritores. Deber del moralistas es exponerlos; deber del narrador velarlos discretamente para que los sencillos corazones no se escandalicen y alboroten.

Fuentes:

Fr. Manuel de Jaén. *Obras.* (Dos volúmenes; Madrid, 1794.)

Antonio Ossorio de la Cadena. *La virtud en el estrado.* (Madrid, 1764.)

José Boneta. *Gritos del infierno para despertar al mundo.* (Barcelona, sin año; 1796.)

Fr. Miguel Agustín. *Libro de los secretos de agricultura, casa de campo y pastoril.* (Barcelona, 1722.)

III

El amor

... El amor es diligente. A las ocho ya está en su tocador, asistido del peluquero, perfilándose el amante. Viste capa colorada, chupa blanca bordada al realce con sedas de colores, chorrera con siete listones de encaje de Bruselas, corbata de olán, casaca de piqué de seda, brilladores los botones de plata, finísimos los pajizos encajes de las mangas. Son las medias de seda, con sutiles calados, y los zapatos azules ribeteados de blanco, con hebillones de oro; es el minúsculo espadín de acero con cabos y labores de marfil...

Está el galán elegantísimo. Dos horas ha pasado en afeitarse. De su casa marcha a la

casa de su dama a tomar el chocolate. La señora está aún acostada. El galán pasa a la alcoba. Para el amor no hay secretos. El perfecto cortejo consiste en que

> ... cada uno
> elija, allá en su concepto,
> una dama a quien rendido
> le sacrifique su afecto,
> y esto con tal servidumbre,
> que en la casa, en el paseo,
> en la cama, en la tertulia,
> y, en fin, en todos los puestos,
> siempre le asista a su lado,
> a su voluntad sujeto.

En la alcoba platican los amantes larga y prolijamente. «Lo que allí pasa en este tiempo, no lo sé», declara modestamente Clavijo Fajardo. Es de suponer que resuelvan arduos y trascendentales problemas de la vida...

Termina la conferencia. La señora se viste. Un criado sirve el chocolate. Y, o bien lo toman los amantes en una misma jícara, o bien cambian las ligeras porcelanas cuando han apurado la mitad del ardiente soconusco. El peluquero llega. Principia el tocado. Válo

inspeccionando menudamente el galán: hace una observación oportuna, corrige un detalle, informa sobre la última moda llegada de París.

Es la hora de las visitas. Pero las visitas no estorban a los mutuos obsequios de los dos enamorados. El cortejo requiere

> ... que se hable
> cualesquier cosa en secreto,
> delante de los maridos,
> padres, parientes o deudos,
> sin que por eso se enojen
> ni demuestren sentimiento,
> antes bien, a lo contrario,
> lo han de tener por desprecio.

Mientras hablan los tertulianos y el señor marido hace los honores de la casa, la dama departe en un rincón con su galán. Cuchichean misteriosamente detrás del abanico; riñen para gustar después la voluptuosidad de la reconciliación; murmuran de las amigas; hablan de modas.

A las dos, comen. «Se despide a los criados acabada la comida—escribe Clavijo—, pasan al gabinete los señores cortejos; ciérranse

puertas y ventanas (porque, en fin, no todos se acomodan a dormir con luz) y se recogen a reposar en un mismo canapé la comida.»

Pasan la tarde en el Prado o en el teatro; hacen algunas visitas. Cenan, charlan, o juegan una partida de mediator; y a media noche, gallardo y desenvuelto, retírase el solícito galán a su morada.

«La galantería de este tiempo—escribe el marqués de Valdeflores—es el arte de hacer a la hermosura todos los homenajes imaginables, a excepción hecha de aquel sólo de que ella es digna; esto es, el del corazón.»

El amor es un deporte. Se ama por moda, por bien parecer, por lujo. La cabeza domina al corazón. «Ten entendido—aconseja una madre a su hija en los *Viajes de Wanton*—que, en aceptando a cualquiera no pienses en entregarle tu corazón, porque así te verías perdida y sin remedio; éste viva sólo contigo, porque cuando te parezca puedas tomar otro mejor partido, si te lo depara la suerte.» «Una coqueta que promete que siempre querrá—escribe Valdeflores—sólo quiere dar a entender que querrá en tanto que el cortejante sea re-

lativamente a ella bastantemente frívolo para serle amable.»

Los maridos no son celosos, por no parecer ridículos; sus mujeres faltarían a las prescripciones de la moda si no tuvieran un amante que las acompañara en todas partes, en casa, en el paseo, en las tiendas, en el teatro, en las visitas, en la alcoba. «Parece que el cortejo—dice Clavijo Fajardo—es la sombra de la dama; y yo no he podido jamás entender cómo las mujeres pueden acostumbrarse a tener continuamente a su lado una espía de sus acciones.»

Se alega que el cortejo es honesto pasatiempo. Pero observa un coplero de la época:

Una mujer todo el día
solita con su cortejo,
metida en su gabinete,
consultándose al espejo,
¿estarán los dos rezando,
o tratando de su entierro?

«No es lo menos que se galanteen dos en quienes les está prohibido el maridaje—escribe Alberto Antonio Soler en su *Theatro críti-*

co—y para disimular ambos su llama y no dar que decir a quienes extrañan sus extremos, recíprocamente, como adagio, usan la frase: *La quiero mucho, pero es querer por sólo querer.*»

Tienen cortejo las niñas y las ancianas, las solteras y las casadas. Tienen cortejo los graves religiosos, y obsequian espléndidamente a sus damas con cuelgas de cintas, abanillos, tumbagas, pozuelos y chocolate. El cortejo es una complicada ciencia; tres son sus partes esenciales: *pretensión, posesión* y *rompimiento.* Hay pretendientes incansables, que pasan el día escudriñando celosías, tornos, paseos, calles, terreros, sin perdonar a mujer alguna, ni a la humilde, ni a la rica, ni a la noble, ni a la plebeya; que marcan ingenuamente la sonrisa por rendimiento y el saludo por caída. Los hay que sólo requieren a señoras de alta alcurnia, y son tan cansados, bascosos y moledores, que no hay momento que no le paseen la calle y le atisben las ventanas, y si por chanza les corresponden alguna vez, hacen grande desvanecimiento, gloriándose de que les favorece la condesa, la duquesa o la princesa. Los hay, en fin, de los callados y

sigilosos, que aparentan con medias palabras y evasivas grandes fortunas...

Todo arte tiene su privativo tecnicismo; lo tiene también el cortejo. *El mueble,* es el galán que corteja; *hacer la rueda,* pretender; *formarse el corazón,* irse adiestrando en los lances del amor; *hacer el grupo*, juntarse estrechamente los amantes; *seguir los pasos*, indagar cautelosamente la vida del galán; *estar en el locutorio*, cuchichear en un rincón del palco o del estrado.

Conquistada la dama, *el mueble* es el dueño de la casa. Ni dejará un momento a su amada, ni se hará nada sin su gusto.

«¿Y el marido?», preguntará acaso el lector.

¡Oh, el marido! En *El tocador o el libro a la moda*, catecismo de buen gusto, el autor finge una conversación entre dos damas: cortesana refinada la una, candorosa provinciana la otra. La primera invita a la segunda a ocupar su *vis a vis* y dar un paseo. «Gracias, mi coche me aguarda; voy a pasear con mi marido», contesta la provinciana. Y la madrileña, atónita, asombrada, estupefacta, exclama: «¡Con su marido! Es menester reir a boca llena. ¡Qué gentes! ¡Qué palabras!...»

Fuentes:

José Clavijo Fajardo. *El Pensador.* tomo I. (Madrid, 1762.)

Definición del cortejo; carta métrica escrita por don Benigno Natural. (Málaga, sin año.)

Luis de Valdeflores. *Colección de diferentes escritos relativos al cortejo.* (Madrid, 1762.) El autor es don Luis José Velázquez, marqués de Valdeflores.

José Haro de San Clemente. *El chichisveo impugnado.* (Sevilla, 1729.)

Abad Cenicero. *Impugnación cathólica y fundada de la escandalosa moda del chichisveo.* (Madrid, 1737.) Es plagio literal del anterior, excepto las páginas 2 y 3.

Alberto Antonio Soler. *Theatro crítico particular para destierro de errores universales.* (Madrid, 1734.)

Joaquín de Guzmán y Manrique. *Viajes de Enrique Wanton.* tomo I. (Alcalá, 1769.)

El tocador o el libro a la moda. (Madrid, 1796.)

IV

La moda

...Son las doce. La señora está en su *apartamento* componiéndose la *toaleta*. Presencia el femenino aliño su rendido cortejo. Monsieur Leblané oficia de peluquero: arregla el tinón, pone los postizos, hace los papillotes y, por fin, listo ya el complicadísimo tocado, apresta sus tres bolsones de polvos—polvos blancos, polvos negros, polvos amarillos—y, con el fuelle, espolvorea la peinada cabeza con los polvos que a la señora más le agradan.

Se retira el peluquero. Madama continúa su habillamiento. Hay en su tocador variadísimas salseras con variadísimos afeites; hay carmines, vinagrillos, agua de bergamota, agua de

cerezas, agua de *lavanda*, agua de *champarell*... Rasguéase los ojos; píntase las mejillas; lústrase los pechos y las manos. Se viste: pónese medias de seda de encendidos colores; encierra sus diminutos pies en escotados zapatitos de pintorescas picaduras y valiosas hebillas de brillantes; colócase luego sobre los blancos y randados briales una basquiña de melania verde; aprisiona su talle en la angosta cotilla; pónese, en fin, sobre la cotilla una escotada polonesa.

La elección del abanico y de las preseas es delicada. Hay abanicos de *los volatines*, de *la giganta*, de mil caprichos y sucesos de actualidad; hay también copiosa variedad de joyas: *disciplinas* o hermosas sartas de corales, que simulan sobre el blanco seno rojas gotas de sangre; manillas o pulseras de oro; arracadas; espadillas para el pelo... Delicada es también la elección de sombreros; hay cofias para salir de la cama y hay sombreros para visitas y paseos. Las cofias son de *la dormilona*, del *perro durmiendo*, del *gato a la izquierda*, de *la friolera*, de *¿a dónde estás?* y mil otros pintorescos nombres; los sombreros los hay guarnecidos de hilos de perlas, engalanados con

plumas, arreados con listones de colores; los hay que figuran una diadema; los hay que fingen una navecilla navegando en un proceloso mar de gasas; los hay que figuran unos calzones varoniles, «con tan torpes, infames señales, que evidentemente manifiestan la brutalidad de la invención»; adorno, en fin, tan extraño, que un autor de la época—Clavijo Fajardo—desea que ningún futuro historiador lo notifique en sus libros, «porque, transcendiendo de generación en generación, la infamia presente cedería en oprobio de la nación española...»

El tocado ha comenzado a las diez; ha terminado a la una. La señora está vestida.

Crece la liviandad en las costumbres: crece el lujo. Si hubo un tiempo en que sólo había diez coches en Madrid, ahora no hay señora que no lo tenga. «Hay madama—escribe en 1739 Benegassi—que, a trueque de salir en coche, se le da poquísimo, así de cercenar el plato (aun lo preciso), como de que a su pobre marido le acosen los acreedores.» En un curiosísimo libro titulado *Laberinto de casados; diario pasado y presente de gastos para mantener*

una casa en Madrid, se hace un examen minucioso de lo que antes se gastaba y de lo que ahora se gasta. Necesitaba antes una modesta familia de doce personas 6.655 reales anuales para los diarios comestibles; necesita ahora 9.575; gastábase antes en indumentaria, salarios y casa, 2.906; gástase ahora 3.594. Y no se cuentan los gastos extraordinarios de partos, entierros, viajes y fiestas; ni se ha de echar en olvido—observa el autor—que con tal modestia y cerramiento ha de vivir esta familia, que pueda decirse de ella, según frase conocida, que si viste no ha de comer, y si come no ha de vestir...

Todo el antiguo recato ha perecido. Llevábanse antaño los mantos amplios, largos, flotantes; se han cortado ahora tanto, que las damas lucen desenfadadamente en la calle su gentileza de españolas. Largos eran también antaño los guardainfantes y tontillos; tan medrados son ahora, que quedan al descubierto los escotados zapatos y los vivos colorines de las medias. Se llevan enteramente descubiertos los pechos, o ligeramente velados, cuando mucho, por finísimos encajes de la camisa. Moralistas de la época refieren escandalizados

que, cuando las damas suben o bajan de los coches, dejan ver, como al descuido, la incitante escultura de sus piernas. «No sé cómo diablos mueven aquellos pies, embeleso de lascivas atenciones—escribe López Salcedo—que parece que van (aun por las calles) danzando la pavana.»

A medida que avanza el siglo, aumenta la influencia francesa. Todo es francés; son franceses, en las casas aristocráticas, el portero, los criados, los muebles, el coche; se comen *fricandós, fricasés,* sopas *al uñon* y *a la rén,* huevos a *la uboneta;* adornan las mesas *surtús* de flores; sustituye al legendario veedor o maestresala el correcto *maitre d'hotel.*

Las señoras hacer venir las modas de París dos veces al mes. La juventud se educa en Tolosa, Montpellier o París. «Nuestros niños aún no sabían el catecismo, y ya hablaban el francés», dice el P. Vélez. No es elegante quien no ha tomado café en el *Palais-Royal,* paseado por las Tullerías y visto un par de tragedias. La peluca impera. «Todos los días son Miércoles de Ceniza», escribe cierto autor. Y, ¡oh, abominación!, hasta los graves religiosos llevan, «por decencia», cerquillos postizos...

Fuentes:

Anales de cinco días en el *Semanario erudito,* tomo XVI. (Madrid, 1789. (El autor es José Cadalso.)

José Clavijo Fajardo. *El tribunal de las damas.* (Madrid, sin año.) (1755.)

Joaquín de Paz y Monroy. *El no se opone de muchos y residencia de ingenios.* (Madrid, 1739.) (El autor es don José Joaquín de Benegassi y Lujan.)

J. C. *Laberinto de casados; diario pasado y presente de gastos para mantener una casa en Madrid.* (Madrid, 1792.)

José Clavijo Fajardo. *Pragmática del celo y desagravio de las damas.* (Madrid, 1755.)

Francisco López Salcedo. *Despertador a la moda y soñolienta idea de capricho dormido.* (Madrid, sin año.)

Gómez Arias. *Recetas morales, políticas y precisas para vivir en la Corte.* (Madrid, 1734.)

José Moraleja. *El Entretenido.* (Madrid, 1741.)

Felipe Argenti Leis. *Discursos políticos y económicos sobre el estado actual de España.* (Madrid, 1777.)

Felipe Rojo de Flores. *Invectiva contra el lujo.* (Madrid, 1794.)

Rafael Vélez, obra citada.

V

Los literatos.

...En el silencio de la celda, en la tranquilidad de las covachuelas, el erudito labora pacientemente. Hay eruditos como el padre Ponce—quien no publicó obra alguna—que oyendo leer el griego o el hebreo, lo traducen de corrido al latín o al castellano; los hay como el abate Hervás, que crean la filología comparada; los hay como el P. Flórez, que reconstruyen la España sagrada; los hay como el padre Martín Sarmiento, que escriben de todo lo humano y divino con erudición pasmosa...

El P. Sarmiento—la figura más vigorosa de su tiempo—no sale de la celda. «Mejor quiero estar solo que bien acompañado—dice—.

Los hermanos—añade —serían más hermanos si, cuando llegasen a conocerse, los separasen en distintas y distantes casas.» El P. Sarmiento no escribe cartas; no abre las que recibe. «Ojalá no hubiese recibido ni respondido a tantas—exclama—y tendría más dinero para libros, más tiempo para leerlos y más quietud interior para meditarlos!» De las cartas de parientes dice: «Todo viene a parar en pedir.» De las noticias de salud escribe: «No hay cosa ni carta más supérflua; debo suponer que todos viven, mientras no viene la noticia de su muerte.» Detesta las academias, las juntas, las comisiones. Le mandan en una ocasión el título de académico honorario. «No se lo devuelvo a ustedes—contesta—por evitar gastos de correo.» No visita a nadie; no admite invitaciones para comer; no baja a la portería o a la iglesia cuando le llaman las devotas. Le fastidian los cumplidos, los saludos, las visitas, las despedidas, las cartas, los elogios, las enhorabuenas, las recomendaciones, todo el enojoso y diario sobo social; le fastidia, en fin, la *urbanidad*. «Creo que habrá en Madrid dos mil personas», escribe. No son pocas. Y si por acaso alguna de las tales tiene la fortuna de

hablar con el adusto benedictino, habla seguramente con el hombre más sencillo, ameno y bondadoso de la corte. «Los que vienen a favorecerme a la celda—dice—dirán que están las tres y las cuatro horas seguidas, ya conversando, ya hablando de libros o de *diversis. Y sé que algunos dicen que todo el dicho tiempo se les ha hecho un instante.*»

El P. Sarmiento trabaja incansablemente, tenazmente, ferozmente, encerrado en su celda, Su juicio es vivo y penetrante; su estilo, *más hablado que escrito,* como pedía el filósofo. El mismo dice: «muy claro en la conversación, vivo en las expresiones, muy intrépido en el hablar.» Sabe de todo y escribe de todo. «Su fuerte—dice Casafonda—son las antigüedades y sabe mucho de la disciplina militar y triunfos de los romanos; de sus armas, escudos, sellos, vestidos y calzado, convites, baños, juegos, granjas, edificios, calzadas, acueductos y cloacas, ferias, ceremonias y fiestas de su falsa religión, votos, sacrificios, oráculos, inscripciones sepulcrales y otras cosas de este jaez, especialmente las que tocan en asuntos raros y extravagantes, sobre que ha hecho algunas disertaciones. Una estaba tra-

bajando, cuando yo salí de Madrid, sobre el origen de la enfermedad de las bubas, y otra compuso el año pasado sobre un sátiro que unos alemanes trajeron a enseñar a España.» Su *Discurso sobre el método que debía guardarse en la educación de la primera juventud* es una de las más geniales obras de nuestra literatura. Proclama en él las *lecciones de cosas;* abomina del imperio del libro y de los métodos nemotécnicos; expone, en fin, con frase viva y diserta mil observaciones originales. «Todas las enfermedades—escribe—proceden de infinidad de insectos...»

Sarmiento, Feijoó, Antonio José Rodríguez, Andrés Piquer, Martín Martínez, trabajan en la observación de la realidad, en la exactitud de la experiencia, en la comprobación de las leyes naturales. La observación transciende de la ciencia al arte. El teatro antiguo parece inverosímil. Indignan las supercherías de los viejos dramaturgos; indigna la torpeza de los actores. Habla Nicolás Moratín de los graciosos que interrumpen con bufonadas los llantos y congojas de sus señores, y pregunta: «Si a usted le sucediera tal cosa con un criado, ¿no le arrojaría por un balcón?» «En la

comedia *Esopo el fabulador*—escribe Clavijo Fajardo—he visto yo a una dama defenderse de cuatro o seis barbados, todos con espadas, sin que la tocasen al pelo de la ropa, porque las puntas estaban mirando a las estrellas.» «El muchacho que quema la pez y las estopas—escribe el mismo—está las más veces a vista, ciencia y paciencia de todos, como si dijese: *No tengan ustedes miedo, que todo es chanza.*»

Exaltan los preceptistas la verosimilitud escénica; añade Luzán—siguiendo a Cascales—una nueva unidad a las tres de espacio, tiempo y acción: la unidad de especie. De universal, hácese urbano el teatro. Enciérrasele entre las cuatro paredes de una estancia; mídense los diálogos; estúdiase la propiedad de la frase.

El nuevo siglo llega. Con los disturbios políticos enciéndense las pasiones. Conmueve la guerra todos los espíritus. Créanse juntas de gobierno en todas las provincias. Huye de Sevilla la Central; busca el pueblo, «para degollarlos», a sus individuos. Se les trata de ladrones, se les abren sus equipajes en la Isla de León de orden del gobierno. Apellídase

traidores a los que esperan en los pueblos la invasión francesa. Acúsase en las Cortes al obispo de Oviedo por no haber abandonado su Silla; llama el *Redactor general* «reo de alta traición» al de Córdoba y pide su muerte en patíbulo porque, invadida la ciudad andaluza, va el prelado a unirse a sus diocesanos en cumplimiento de su misión evangélica. Son patriotas los que abandonan archivos, secretarías, fábricas, conventos. Se destruye y se arruina todo. «Si España no consigue ser libre, quede hecha *al menos* un inmenso desierto, un vasto sepulcro», dice el gobierno en un manifiesto. Gentes maleantes aprovechan la coyuntura de hurtar el cuerpo a la «ejcución por deudas» o al «castigo por delitos» y échanse al campo en defensa de la patria. «Los pueblos temblaban a la presencia feroz de esas turbas de inhumanos, que arrancaban el oro y la vida de sus habitantas, y celebraron con júbilo que cayesen en manos de los enemigos.» Las Cortes decretan la cesantía de cuantos empleados han permanecido fieles en sus destinos durante la invasión...

La personalidad humana excitada se exalta. Todos hablan, todos escriben. Se publican

millares de folletos, de manifiestos, de proclamas, de comunicados. Escriben los diputados. los jefes políticos, los empleados, los concejales, los ciudadanos de todas ideas y partidos. justifican unos su conducta política o aclaran cuentas sospechosas; explican otros sus dimisiones o sus palabras en las Cortes; lanzan los exaltados furibundas soflamas a los españoles «enemigos acérrimos de la arbitrariedad y del despotismo con que hemos estado estrujados en los reinados anteriores». Se llama «genio del patriotismo» a un desdichado vegestorio que al remate de su vida sienta plaza de granadero. Se publica su retrato; se le consagra el indispensable folleto. «¡Patriota insigne!—le grita el autor—recibe este homenaje de quien te aprecia y te venera sin pretender adularte y sabe que nuestra voz es la tierna expresión de todos los hombres libres, que ven en ti el enemigo de los tiranos y el más valiente defensor de las públicas libertades.»

Las plumas no bastan; las razones se remiten a los puños. Gallardo «anduvo escondido gran porción de tiempo por evitar la gloria que iba a traerle su inmortal *Diccionario*». Al «célebre» Daza le obligaron varias veces a correr

«con los anteojos desmontados». Los redactores de *El Conciso* sufrieron con una paciencia heroica las varias medidas que algunos oficiales de tropa les tomaron de las costillas».

Ved llegado el momento. Todo este ardor, todo este entusiasmo candoroso, toda esta energía avasalladora va a pasar del club y de la prensa a la literatura. El romanticismo cristaliza. Juntad a la pasión política cierto vago y lacrimatorio sentimentalismo, que ya apunta en Meléndez y en Cienfuegos llega hasta el ridículo, y tendréis completo el cuadro. El romanticismo cristaliza. He ahí las críticas de Larra, los poemas de Espronceda, *La conjuración de Venecia.*

Fuentes:

MANUEL LANZ DE CASAFONDA. *Del estado presente de la literatura en España,* en el *Semanario erudito,* tomo XXVIII. (Madrid, 1790.)

MARTÍN SARMIENTO. *El porque sí y el porque no,* en el *Semanario erudito,* tomo VI. (Madrid, 1787.)

IDEM. *Discurso sobre el método que debía guardarse en la educación de la primera juventud,* en el *Semanario erudito,* tomo XIX. (Madrid, 1789.)

NICOLÁS FERNÁNDEZ DE MORATÍN. *Desengaños al teatro español.* (Madrid, 1762.)

CLAVIJO. *El pensador.*

Examen de los delitos de infidelidad a la patria. (Segunda edición); Burdeos, 1828. (El autor es el poeta D. Félix José Reinoso.) Hay una edición «española», hecha en Madrid en 1842.

FR. FRANCISCO ALVARADO. *Cartas críticas,* tomo IV. (Madrid, 1825.)

Proclamas y manifiestos de principios del siglo XIX.

VI

La crítica

En el siglo XVII nace el periodismo: publícase la *Gazeta,* las *Nuevas singulares,* las *Noticias ordinarias del Norte, Italia y España,* las *Noticias principales y verdaderas,* periódico en castellano, de Bruselas, la edición española de la *Gaceta de Amsterdam;* publícanse innumerables papeles sobre victorias, cometas, terremotos e inundaciones. En el siglo XVIII el periodismo toma carácter profesional. En 1734 habla Francisco Botello, en sus *Cuevas de Salamanca,* de «venales gaceteros». Se refiere el Sr. Botello a los de fuera; no es precisamente España el país donde se puede hablar de tal pecado. Pobres somos los periodistas españo-

les, *pero* honrados. Honrados, no sé si por fortuna... o por desgracia.

«Una larga experiencia me ha hecho conocer—escribe más tarde, en 1789, el abate Hervás, y hay que darle ahora la razón al abate—que en tales gacetas se pone la crítica que a los anónimos envían los autores, sus amigos o sus contrarios; el interés de partido y la utilidad pecuniaria de los anónimos y de los libreros son los polos en que estriba la noticia y crítica de los libros.»

Mayans se pasó la vida escribiendo hiperbólicos elogios de sí propio; consiguió que, a cambio de ciertos servicios, le elogiasen Heineccio y Voltaire. Sabio era Mayans; no lo era tanto como él decía. Meléndez Valdés era tenido en su tiempo por «el restaurador de la poesía española»; se escribe que con sus poesías ha levantado «a nuestra lengua y a su gloria un monumento inmortal»; se le iguala «a todos los mayores poetas de España y de Italia». Poeta agradable, a ratos, es Meléndez; no ha restaurado, sin embargo, nada; no son sus versos modelo de propiedad y de pureza; no puede comparársele a Herrera o a Fray Luis... A Montiano, ¿quién le conoce? Sólo ve

en su siglo Luis Velázquez dos poetas: uno de ellos es Montiano. «Es el padre y protector de todos los literatos», dice Casafonda. A Esquilo le compara el jesuíta Isla... ¿Quién conoce hoy a Montiano?

La popularidad no es indicio de mérito. El elogio de los contemporáneos es una letra de cambio sobre la posteridad. La posteridad suele protestar la letra.

Es falaz la crítica; es falaz la historia. La historia es arte de nigromántico. Toda historia *puede ser* de diferente manera de como *es*. Los *pequeños hechos* tienen eso: que se prestan a todo. Son como las diminutas piezas de los mosaicos: se puede formar con ellos mil combinaciones y figuras. En España, por ejemplo, podría demostrarse que la literatura del *siglo de oro* decayó por la Inquisición; que esa misma literatura floreció por la Inquisición y que la Inquisición no tuvo nada que ver con la literatura... Los *pequeños hechos* por sí no dicen nada; el arte está en escogerlos, agruparlos, generalizarlos, agrandarlos, hacerles decir lo que el historiador quiere que digan. He aquí la nigromancia.

Grandes historiadores, grandes críticos no

los hay en el siglo XVIII. No importa tampoco que haya o no grandes críticos; lo que importa es observar la evolución de la crítica.

De Luzán se ha dicho—y lo ha dicho el autor de estas páginas—que era un nuevo aderezador de la estética de Aristóteles. Nada más injusto. Propugna López Pinciano, por ejemplo, las reglas, porque así lo profesó el «grande y divino maestro» Aristóteles; las propugna Luzán—y véase el progreso—no porque las recomiende Aristóteles, sino en tanto que las cree ajustadas a la «verosimilitud» y a la «razón». Apenas escribe una página López Pinciano sin invocar la doctrina de «el Filósofo»; se rebela Luzán contra él en estas notables palabras: «Por lo que toca a la autoridad de Aristóteles, que yo venero mucho en punto de poética, diré, con paz de tan gran maestro y de los que se apoyan en su autoridad, *que esta sola no me hace fuerza, cuando hay una razón clara en contrario.*»

Luzán llega en ocasiones a entrever la esencia del arte; no acaba de percibirla por completo. La poética—dice—es una misma en todas partes; sería «empeño irregular y extravagante» querer buscar una para cada nación.

«Bien es verdad—añade—que en ciertas circunstancias accidentales puede hallarse, y se halla, en efecto, *alguna diferencia. El clima, las costumbres, los estudios, los genios, influyen de ordinario hasta en los escritos y diversifican las obras y el estilo de los de otra.*» «Las musas—escribe en otra parte—son libres y aborrecen las estrechas prisiones de las escuelas. Todo lo que sabe a puerilidad escolástica ofende el genio brioso de la poesía y estorba sus libres pasos, quitándola al mismo tiempo gran parte de su airoso despejo.» «El poeta—afirma también—es preciso que busque siempre lo nuevo, lo inopinado, lo extraordinario, que es lo que más despierta nuestra admiración.»

Luzán funda, pues, las reglas, no en la autoridad de un legislador, sino en la razón y la verdad. Entre él y sus antecesores media un gran paso; otro trascendentalísimo va a darse.

Bien está que las reglas se funden en la verdad. Pero, ¿cuál es la verdad? ¿Cómo alcanzarla? ¿Cómo asegurarnos de ella? Andrés Piquer, sagacísimo y penetrante espíritu, habla de todas estas cuestiones y sienta las ba-

ses de la verdadera doctrina crítica. Piquer, en las páginas admirables de su *Lógica,* publicada en 1771, principia por reclamar la relatividad del conocimiento de los sentidos. «Los sentidos—escribe—sólo nos informan de las cosas, según la proporción o improporción (algunos la llaman *relación)* que éstas tienen con nuestro cuerpo, y no según son ellas en sí mismas, porque el Criador los ha concedido para la conservación del cuerpo y no para alcanzar el fondo de las cosas; y si se hace un poco de reflexión, cualquiera conocerá que la vista no ve otro que los colores de los objetos, mas no la substancia de ellos. El oído percibe el sonido, que no es esencial a los objetos sonoros; el tacto distingue lo frío, caliente, duro, blando, áspero, igual o desigual de las cosas, y no el verdadero sér de ellas, porque para nuestra conservación basta esto, y no es necesario lo demás. Por medio de todas estas afecciones de los objetos externos aplicados a nuestros sentidos, podemos bastantemente percibir lo que sea útil o dañoso, proporcionado o improporcionado respecto de nosotros. Mas, para mostrarlo mejor, figurémonos que Dios hubiese hecho el mundo no más que

de la grandeza de una naranja y que hubiera colocado en él a los hombres tan pequeños, que tuviesen como aquel mundo la misma proporción que hoy tenemos con este que habitamos; en tal caso, es cierto que el mundo que aquellos hombres habitarían les parecería tan grande como nos parece a nosotros el nuestro, y lo sería si se considerase según la proporción que tenía con ellos, pero no en la realidad».

¿Cómo no afirmar después de esto la relatividad de la belleza? Piquer la afirma; pero téngase en cuenta que ya Feijóo de cierta manera había hecho lo mismo en su discurso *Razón del gusto* (1734); y que otro tanto había hecho don Juan de Iriarte, al proclamar en el *Diario de los literatos* (1737) que «muchas de las máximas que los críticos establecieron por leyes generales de la razón, en punto de dramática, no son más que fueros particulares del genio y gusto de cada siglo y cada nación». El terreno estaba, pues, excelentemente preparado. Y en tanto que Feijóo hablaba sin darse cuenta de toda la trascendencia de la idea, y don Juan de Iriarte apunta incidentalmente la idea; Piquer llega a ella fa-

talmente, forzosamente, lógicamente, tras fornido razonamiento filosófico.

«Yo pienso—escribe Piquer—que lo que llamamos hermosura en las cosas sensibles es cierto orden y proporción que tienen entre sí las partes que las componen. Este orden es relativo a nuestros sentidos, porque a unos parece hermoso lo que a otros feo; y tanta variedad como se encuentra en estas cosas nace de la impresión diversa que un mismo objeto ocasiona en distintos hombres y del diferente modo con que excita los sentidos en cada uno. Sucede, pues, en esto lo mismo que en todas las otras percepciones de los sentidos, que sólo nos ofrecen las cosas con proporción a nuestro cuerpo; y así se ve que si se muda con el tiempo o de otro cualquier modo el orden de partes en el objeto o en los órganos de los sentidos, se pierde o se muda la hermosura»...

La belleza es relativa. Hay bellezas en las literaturas extranjeras, que acaso no comprendamos; las hay en las literaturas pasadas; no por eso dejan de ser bellas. Y si la belleza es relativa; si depende de la raza, de la religión, de las costumbres, del medio, ¿cómo estable-

cer leyes inmutables en el tiempo y en el espacio? ¿En qué fundar las reglas? La consecuencia del pensamiento de Piquer es lógica. El arte es grande, fecundo, renovador incesante de las ideas; rejuvenece lo pasado; reviste nuevas y maravillosas formas. Su poder no tiene límites; lo más repulsivo en la naturaleza puede ser bello, transformado por el arte.

Esta es la doctrina de Arteaga. Arteaga completa a Luzán y a Piquer.

No se ha de imitar—escribía Luzán, y los estéticos modernos no han dicho más—, no se ha de imitar «lo común y vulgar», «los hombres y sus acciones como son en sí»; se ha de imitar la realidad idealizada; la realidad idealizada en cuanto a las «acciones humanas, cuya bondad o malicia, perfección o imperfección, penden de nuestro albedrío», nunca las «demás cosas del mundo material o intelectual, que no está en mano del poeta el mejorarlas o empeorarlas». Arteaga agranda la idea. No hay nada que no pueda ser imitado—observa—; lo feo en la naturaleza puede ser hermoso en el arte. Se entiende «por bello en las artes de imitación, no precisa e individualmente lo que es tal en la naturaleza, sino

lo que, representado por ellas, es capaz de excitar más o menos vivamente la imagen, idea o afecto que cada una se propone» (1).

La naturaleza toda, fecunda, viva, sincera, torna a entrar en el arte. El paso está dado. Llegan los disturbios políticos del final del siglo. Las pasiones enardecen los ánimos. Se discute acaloradamente; se exalta a Condillac; se propugna a Jansenio; se proponen y publican mil planes de gobierno y de reformas sociales. El Gobierno llega a alarmarse; en 1798 una Real orden dispone que «no se permitan en las librerías disputas y conversaciones que tiendan a subvertir la constitución política». Movida por la pasión, corre la pluma

---

(1) En esto precisamente consiste la originalidad de Arteaga. («Investigaciones sobre la belleza ideal.») En lo demás de su libro, que es casi todo, o sea en la parte dedicada a la imitación, no hace más que explanar la doctrina de Luzán (en ocasiones sin entenderla; véase el capítulo XII). Él mismo no puede menos de reconocerlo, al consignar que el italiano Cesaroti y Luzán han tratado tan magistralmente el asunto, «que han quitado la esperanza a todo otro escritor de poderse distinguir retocando de nuevo la materia».

libremente en obras de polémica y propaganda filosófica. La retórica espontánea y natural sustituye a la escrita y meditada. El estilo toma vuelos, se ensancha, crece, se renueva. La revolución romántica se acerca. Hervás, en 1794, la presiente. «Aparece en el horizonte de la literatura—escribe—una nueva elocuencia, que se llama estilo filosófico... En el más breve discurso, se amontonan y confunden pensamientos de objetos físicos y metafísicos, naturales y teológicos, civiles y morales, simples y alegóricos, *sin conexión dialéctica, retórica, ni verbal.* El estilo filosófico consiste en vomitar tumultuariamente *pensamientos de toda clase* con concisión de palabras; es como una tempestad que arroja granizos de todos tamaños y colores.»

Los hombres de principios del siglo XIX completan la obra. El arte recobra su antigua libertad. La vieja preceptiva se transforma en crítica amplia, tolerante, artística. Aparece Mariano José de Larra...

Fuentes:

FRANCISCO BOTELLO. *Historia de las cuevas de Salamanca.* (León de Francia, 1734.)

LORENZO HERVÁS Y PANDURO. *Historia de la vida del hombre*, tomo II, parte I. (Madrid, 1789.) Tomo III, parte II. (Madrid, 1794.)

IGNACIO DE LUZÁN. *La Poética.* Segunda edición en dos volúmenes. (Madrid, 1789.)

ANDRÉS PIQUER. *Lógica.* (Madrid, 1771.)

ESTEBAN DE ARTEAGA. *Investigaciones filosóficas sobre la belleza ideal, considerada como objeto de todas las artes de imitación.* (Madrid, 1789.)

VII

Conclusión

... El día 24 de Septiembre de 1810, se reunieron en la Isla de León, en la casa habibitada por la Regencia del Reino, varios distinguidos caballeros. De allí van a la iglesia del pueblo y oyen devotamente misa. Predica el regente, obispo de Orense, don Pedro Quevedo; toma juramento a los señores el ministro de Gracia y Justicia; se canta el *Te Deum*.

De la iglesia, graves, severos, majestuosos, pasan al teatro... Selecto público llena la sala: en los palcos del piso principal, a la derecha, los embajadores y cuerpo diplomático; en el centro, los grandes de España y oficiales generales del ejército; a la izquierda, ilustres da-

mas de la nobleza. Y en las demás galerías, inmensa mechedumbre, que se pone de pie cuando el cortejo aparece, y da frenéticos vivas a la nación...

Los tres regentes y los ministros han ocupado ya la mesa presidencial.

Se levanta el presidente; se levanta y pronuncia un breve y enérgico discurso, en que pinta las desdichas de la patria y expresa su esperanza de que tengan pronto y feliz remate.

Después, la regencia y el ministerio se retiran.

Los señores congregados eligen presidente y secretario. Se lee la dimisión de los regentes: quedan enterados los distinguidos caballeros.

El momento solemne llega; el público se recoge, anhelante, ansioso, emocionado.

Y «en seguida tomó la palabra el señor diputado don Diego Muñoz Torrero y expuso cuán conveniente sería decretar que las Cortes generales y extraordinarias estaban legítimamente instaladas: *que en ellas reside la soberanía*»...

Al día siguiente la *Gazeta de la Regencia de España e Indias* decía:

«Cádiz, 24 de Septiembre.—Hoy por la mañana, en la Real Isla de León, se ha dado principio a la celebración de las Cortes extraordinarias de todos los reinos y dominios de España. La salva general de los buques de guerra de la bahía y de los baluartes de la plaza ha solemnizado este plausible acontecimiento, que promete las más felices consecuencias para la victoria de la causa de la nación y sólido establecimiento de su independencia y prosperidad.»

Una nueva era se abre en España. Acábanse los reyes por derecho divino; nacen las Constituciones. La humanidad avanza...

Fuentes:

Diario de las discusiones y actas de las Cortes, tomo I. (Cádiz, 1811.)

Gazeta de la Regencia de España e Indias, publicada en Cádiz; número del martes 25 de Septiembre de 1810.

INDICE

Págs.

PRÓLOGO. 9

SIGLO VXII

I.—La Hacienda. 15
II.—La casa. 23
III.—La vida doméstica. 27
IV.—El amor. 43
V.—La moda. 59
VI.—La vida picaresca. 75
VII.—La Inquisición. 95
VIII.—El teatro. 113
IX.—Los conventos. 123
X.—El misticismo. 133
XI.—Los literatos. 149
XII.—La prosa castellana. 157

SIGLO VXIII

I.—La opinión. 169

Págs.

II.—La moral. 177
III.—El amor. 185
IV.—La moda. 193
V.—Los literatos. 199
VI.—La crítica. 209
VII.—Conclusión. 221

Rafael Caro Raggio: Editor.-Ventura Rodríguez, 18.

OBRAS DE PIO BAROJA

PUBLICADAS POR ESTA CASA

Paradox, Rey.
La feria de los discretos.
Nuevo tablado de Arlequín.
La busca.
Mala hierba.
Aurora roja.
Juventud, egolatría.
Las horas solitarias.
El árbol de la ciencia.
La veleta de Gastizar.
Los caudillos de 1830.
La Isabelina.
Idilios y fantasías.
Momentum Catastrophicum.
El cura Santa Cruz (folleto).

BIBLIOTECA «ERASMO»

CUENTOS DE PÍO BAROJA
COLECCIÓN ILUSTRADA

TOMO I.
TOMO II.
TOMO III.
TOMO IV.

COLECCION SELECTA

VOLÚMENES PUBLICADOS

JULIO VALLÉS.—**El Niño.** (Vida de Jaime Vigntras).
ENRIQUE BARBUSSE.—**El fuego en las trincheras.**
» » —**Claridad.**
CARLOS RIVET.—**El último Romanof.** (Historia del Tsar de Rusia y su corte).
STENDHAL.—I. **Un oficial enamorado.** (Luciano Leuwen).
» —II. **Un oficial enamorado.** (Luciano Leuwen).
HENRY KISTEMAECKERS.—**El relevo galante.** (Novela).
RUDYARD KIPLING.—**Capitanes valientes.**
JOSÉ MARÍA SALAVERRÍA.—**Los conquistadores.** (El origen heroico de América).
» » » —**En la Vorágine.**
JUAN GUALBERTO NESSI.—**Aventuras del submarino alemán U...**
» » » —**De tobillera a "cocotte".**
ABEL BOTELHO.— I. **El libro de Alda.**
» » —II. **El libro de Alda.**
PUCHKÍN.—**El bandido Dubrovsky.**
ABEL HERMANT.—**Los amores de Fanfán.**
A. GUILMAIN.—**La condesa busca un amante.**

BRIGHAM YOUNG UNIVERSITY
3 1197 21928 5142
F 14 '38
AP 8 '38
SEP 01 2010